



 fundación sm

Centro
Reina Sofía
sobre adolescencia
y juventud

fad

Protagonistas y espectadores.
Los discursos
de los jóvenes españoles

Protagonistas y espectadores.

Los discursos de los jóvenes españoles

Ignacio Megías Quirós



fundación sm

Centro
Reina Sofía
sobre adolescencia
y juventud

| **fad**

© Fundación SM, 2019

Edita:

Fundación SM
Impresores, 2 – Parque empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
<http://www.fundación-sm.org/>
<http://www.observatoriodelajuventud.org>

Coordinación del estudio:

Paloma Fontcuberta (Observatorio de la Juventud – Fundación SM)
Anna Sanmartín Ortí (Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud – Fad)

Análisis e informe:

Ignacio Megías Quirós (Sociológica Tres)

Trabajo de campo:

Sociológica Tres

Maquetación:

Ediciones Digitales 64

ISBN:

978-84-17027-24-7

Los jóvenes son fruto de su tiempo y en buena medida del contexto social e histórico en el que viven, un contexto que hemos ido moldeando los adultos, pero en el que los jóvenes también tienen la capacidad de influir a través de sus diferentes formas de pensar, actuar o relacionarse. El título que hemos escogido para estos dos volúmenes, **Protagonistas y espectadores**, refleja esta dinámica y también una perspectiva de trabajo e investigación compartida por nuestras dos instituciones.

Si a esta perspectiva le sumamos que desde Fad y la Fundación SM consideramos que la investigación social es una herramienta de primera magnitud para ayudar en la toma de decisiones y en la mejora de las condiciones sociales existentes, resulta más que pertinente nuestro esfuerzo conjunto para fomentar la investigación en juventud, respetando los diferentes espacios y ámbitos de actuación de cada una. **Protagonistas y espectadores** tiene pues el valor añadido de reunir el conocimiento y experiencia de dos instituciones que hasta la fecha habían caminado en paralelo en lo que respecta a la investigación sobre jóvenes en España.

Fad cuenta con una amplia trayectoria de investigación y, en especial, de investigación sociológica de la juventud desde el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud. Abordamos desde diferentes temáticas y perspectivas los procesos de socialización juvenil, con el objetivo de conocer los retos que se han de afrontar para la adquisición de autonomía y para una integración social plena. Al igual que Fad, la Fundación SM también cuenta con una trayectoria de más de 30 años de investigación en juventud, al tiempo que en 2017 la Fundación SM inició una nueva etapa con la creación del Observatorio de la Juventud, una plataforma de investigación, conocimiento y difusión abierta a la colaboración de investigadores y profesionales de la educación y las culturas juveniles en la región iberoamericana.

Protagonistas y espectadores representa de manera extraordinaria el tipo de trabajos que ambas Fundaciones desarrollamos para aportar información, conocimiento y reflexión relevante que permita a maestros, educadores, profesionales relacionados con la juventud y personas e instituciones con

responsabilidad pública conocer mejor cómo piensan, actúan o sienten los jóvenes para poder modificar acciones y políticas desde cada uno de sus roles.

En el primer volumen, ***Protagonistas y espectadores. Una mirada longitudinal sobre la juventud española*** el lector reconocerá un esfuerzo colectivo de revisión y puesta al día de los estudios e investigaciones de juventud. Los investigadores han tratado de hallar un discurso común que representa, en términos generales, cómo los jóvenes han ido respondiendo a una serie de procesos sociales, definidos aquí como hitos históricos (la transición democrática, la burbuja del bienestar, la revolución tecnológica o la crisis financiera de 2008) y cómo lo han hecho, además, desde las diferentes dimensiones que configuran la condición juvenil, como pueden ser los valores, la participación política, la cultura digital, el ocio y tiempo libre o las transiciones a la vida adulta.

En el segundo volumen ***Protagonistas y espectadores. Los discursos de los jóvenes españoles*** el foco se encuentra en el momento presente y en el discurso de los propios jóvenes resultante de la aplicación de métodos y técnicas de investigación cualitativa. Hemos preguntado a jóvenes españoles de entre 15 y 29 años sobre diferentes cuestiones que atienden a sus valores, actitudes, modelos de vida, posturas morales y expectativas, tratando nuevamente de hallar un discurso común con el que poder renovar la fotografía generacional, analizar los cambios e indagar sobre algunas cuestiones emergentes como la resignificación de la intimidad que se produce con el uso de las redes sociales, el escenario vital de incertidumbre, las nuevas banderas de la juventud (el ecologismo, el feminismo y la defensa de diversidad) o las nuevas necesidades educativas.

Como directores de estas dos instituciones nos gustaría reconocer y agradecer el trabajo del equipo de investigadores: Juan Carlos Ballesteros, Ignacio Megías Quirós, Elena Rodríguez San Julián, Almudena Moreno Mínguez, Javier Elzo, Juan M. González-Anleo, Estela Aguirre Sánchez-Beato, Ana M^a Rubio Castillo y Eusebio Megías Valenzuela. Así como el de las coordinadoras de la publicación Anna Sanmartín (Fad) y Paloma Fontcuberta (Fundación SM) que no sólo tuvieron la primera inspiración para reunir la experiencia y buen hacer de nuestras dos instituciones, sino también la constancia de acompañar el trabajo de este extenso equipo hasta la publicación del primer y segundo volumen de ***Protagonistas y espectadores***.

Esperamos y deseamos que los análisis y reflexiones que contienen estas páginas contribuyan a **mejorar la comprensión de lo que supone ser una persona joven en España**, con sus conflictos, contradicciones, barreras y potencialidades. Como apunta Eusebio Megías Valenzuela en su epílogo, "escribir la historia de cómo han

ido cambiando los y las jóvenes en España es una tarea enormemente compleja y ambiciosa”, en buena medida porque no existe una juventud en tanto que realidad homogénea sino una multiplicidad de personas que piensan, sienten, se manifiestan e interactúan de manera diversa frente a la realidad o realidades que les ha tocado vivir. Ojalá sirvan nuestros esfuerzos para que la voz de estos jóvenes, con nombres propios y diversos, sean escuchadas por la sociedad adulta que les acoge y que su transición hacia una ciudadanía global pueda reescribir una historia de un mundo en continua mejoría.

Beatriz Martín Padura
Directora General FAD

Javier Palop Sancho
Director General Fundación SM

Presentación.....	4
1. Punto de partida	9
2. Metodología	11
2.1. Grupos de discusión	11
2.2. Grupos – talleres	12
2.3. Grupos triangulares	13
3. Lo que permanece	15
3.1. Los pilares: familia y amistad	15
3.2. Consumismo, individualismo, hedonismo	28
3.3. La proyección en clave de pérdida	40
4. "Lo social" como aspiración	46
4.1. Responsabilidad y participación	46
4.2. Solidaridad y tolerancia	56
5. Desde el contexto tecnológico	64
5.1. Nuevos patrones, nuevos conflictos, nuevas necesidades educativas	64
5.2. Imagen, intimidad ampliada, y una nueva mirada a la libertad	73
6. Otros signos de nuestro tiempo	86
6.1. La incertidumbre	86
6.2. Nuevas banderas: feminismo, ecologismo y diversidad	88
6.3. Un nuevo lugar común: el miedo al compromiso	95
7. Camino asfaltado y futuro incierto	103
7.1. Presentismo obligatorio (pragmatismo)	103
7.2. El "manual"	108
7.3. Derecho a equivocarse	118

8. Cosas que incomodan	126
8.1. Reflexión y pensamiento crítico	126
8.2. El mundo de las emociones y los afectos	136
9. Conclusiones	140
Bibliografía	151
Anexos	154
1. Guía para los grupos de discusión	155
2. Dinámicas y recursos para los talleres	158
3. Guía para los cursos triangulares	162

1. PUNTO DE PARTIDA

En el marco de la colaboración entre la Fundación Santa María (Fundación SM) y el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud (CRS), se plantea continuar y profundizar en las líneas de análisis sobre valores, actitudes, modelos de vida, posturas morales, expectativas, etc. de los y las jóvenes. El objetivo general es poner al día y renovar la fotografía generacional, analizar los cambios e indagar sobre las cuestiones emergentes, pero también estar en mejor disposición para optimizar la eficacia y eficiencia de las encuestas de la Fundación SM.

Tanto la Fundación SM como el CRS cuentan con amplia y contrastada experiencia en el estudio de valores sociales, muy especialmente en torno a la población juvenil, y constituyen referentes nacionales en el abordaje de estos temas. Las últimas publicaciones en este campo, que por ello suponen puntos de partida esenciales para el presente estudio, son el informe de 2017 *Jóvenes españoles entre dos siglos. 1984-2017* (González-Anleo y López-Ruiz; Fundación SM / Observatorio de la Juventud en Iberoamérica), y los informes de 2014 *Jóvenes y valores I. Un ensayo de tipología* (Elzo y Megías; CRS/FAD) y *Jóvenes y valores II. Los discursos* (Megías; CRS/FAD). Acercamientos tanto cuantitativos como cualitativos, que en este momento pueden ser puestos en perspectiva, profundizando en las cuestiones clave que ya se apuntaban entonces, o haciendo hincapié en nuevos elementos y características desde el presente. Siempre con la pretensión de entender mejor a los y las jóvenes, y la manera en que están y entienden la vida en sociedad.

Cabe señalar que los cambios sociales y de valores suponen procesos largos y de calado, y que en periodos inferiores a un lustro no es previsible asistir a cambios de paradigma o grandes rupturas o transformaciones; a pesar de lo cual el hecho de que se profundice o se acentúen determinadas cuestiones que antes se apuntaban, es algo que ofrece mucha y muy útil información para entender mejor la sociedad en la que vivimos.

No cabe duda de que la crisis ha tenido enormes consecuencias en la manera en que actualmente se establecen muchas expectativas y percepciones, y ello tiene influencia en los valores y principios que rigen la vida en sociedad. Siendo ello algo que ya se analizaba hace pocos años, ahora se evidencian algunas de sus consecuencias. De igual forma, la tecnología sigue marcando y caracterizando el

modo en que los y las jóvenes (también las personas adultas) interaccionan, y con ello parte de los valores que se ponen en juego en esas relaciones, que ya no se pueden entender sin asumir la complementariedad de lo *online* con lo *offline*. Por otro lado, asistimos también a fenómenos que pasan de ser emergentes a constituirse en realidades de este tiempo, como el feminismo o el ecologismo, que además de constituir valores en sí mismos, ponen en juego determinadas formas de entender el mundo. Cuestiones como éstas caracterizan parte del marco en el que se mueve el presente estudio.

Partiendo de estas consideraciones, se pueden señalar algunos objetivos específicos previos al análisis:

- Analizar, revisar y vertebrar el sistema de valores de los y las jóvenes.
- Profundizar en todo lo referido a sus actitudes y percepciones sociales.
- Acercarse a los nuevos valores, valores operativos, valores deseables.
- Analizar su percepción general sobre las cosas que "importan".
- Adentrarse en las cosas que motivan, ilusionan y "mueven".
- Valorar si el escenario tecnológico provoca cambios en los valores, percepciones y/o expectativas.
- Valorar si existen espacios y/o circunstancias en los que se produce una quiebra en sus aspiraciones vitales.
- Calibrar sus expectativas vitales y sus ideas de futuro.

2. METODOLOGÍA

La investigación emplea una metodología cualitativa, como manera adecuada para adentrarse en los discursos de los y las jóvenes, y para analizar los matices que pueden quedar ocultos desde un acercamiento cuantitativo. Además, como complemento ideal para contrastar y profundizar sobre los datos disponibles, y como elemento clave para estar en mejor disposición para diseñar futuros cuestionarios sobre jóvenes y valores. Para ello se combinan tres formas distintas de acercamiento: dos para analizar los discursos y argumentos de adolescentes y jóvenes (grupos de discusión y talleres), y una para obtener también la perspectiva de personas adultas, o de jóvenes de mayor edad, que están en contacto con la realidad juvenil, desde el ámbito profesional y la experiencia con temas de juventud (grupos triangulares).

2.1. GRUPOS DE DISCUSIÓN

Las dinámicas grupales que suponen los grupos de discusión se constituyen en la metodología ideal para analizar y adentrarse en los discursos, las percepciones, las expectativas, y todas las cuestiones latentes desde las interacciones colectivas. Cuestiones, por tanto, que van más allá de las opiniones individuales, y que nos adentran en la manera en que la vida en sociedad, las peculiaridades culturales, las representaciones sociales, y las circunstancias vitales que afectan a las personas que componen el grupo, influyen precisamente en las opiniones particulares de colectivos concretos.

Se realizaron cuatro grupos, cada uno de los cuales estuvo compuesto por ocho personas que no se conocían previamente (cuatro hombres y cuatro mujeres en los grupos mixtos).

Para el diseño de los grupos se consideraron las siguientes variables:

- Edad (18-22 años, 25-29 años).
- Sexo (mixtos, mujeres, hombres).
- Localidad (Madrid, Valencia, Bilbao).
- Clase social (clases medias amplias, clase media-baja, clase media-alta).
- Estudios (universitarios/as, no universitarios/as).

Siendo la edad y el género las principales variables de clasificación, por implicar diferentes momentos vitales y condiciones, el resto de variables pretenden considerar posibles matices discursivos en base a circunstancias personales diversas, relacionadas con los estudios o la condición socioeconómica.

De forma previa a la realización de los grupos se elaboró una guía de temas y posibles preguntas, que sería utilizada por el moderador en caso de necesidad, y como manera de estructurar contenidos (se puede consultar en el Anexo 1).

En cualquier caso, la moderación fue lo menos directiva posible, para con ello permitir que afloraran de forma espontánea los referentes y las representaciones sociales que determinan y condicionan los argumentos. Por ello, cada dinámica grupal marcó el hilo y el orden de los argumentos, siempre bajo la supervisión y guía del moderador, con el objetivo de aprovechar al máximo el contenido que generaba la interacción grupal.

Los grupos de discusión fueron grabados en audio y posteriormente transcritos, para mayor riqueza del análisis y posterior informe, que es ilustrado con fragmentos literales de los mismos.

Los cuatro grupos transcurrieron sin problemas y funcionaron adecuadamente y de forma provechosa para los objetivos planteados.

2.2. GRUPOS – TALLERES

Se realizaron dos dinámicas grupales de características distintas a las de los grupos de discusión, con el objetivo de acceder a la información de manera distinta, además entre un grupo de población de menor edad (16-17 años), que requiere de otro tipo de acercamiento.

Dinámicas en forma de taller, adecuadas para una franja de edad en la que resulta más complicado trabajar con grupos de discusión al uso, por su más corta experiencia vital, y su más limitada capacidad de abstracción y conceptualización, fundamentalmente cuando se abordan temas tan abstractos como los valores.

Así, los grupos-talleres fueron dinámicas más abiertas, prácticas y creativas. Por un lado por no cumplir con algunos cánones de los grupos de discusión ortodoxos (los/las participantes se conocían, por ejemplo); pero también porque perseguían un desarrollo más experimental, que serviría de complemento y contrapunto al análisis discursivo en torno a valores del resto de grupos. Dinámicas que

fomentaban el juego, la experimentación, y el trabajo en equipo, e introducían otros elementos de reflexión (anécdotas, iconos, etc.). El moderador contaba con una guía para el desarrollo de las mismas, que se puede consultar en el Anexo 2.

Se realizaron dos grupos-talleres:

- El primero en Madrid, en la sede de la Fundación SM, con alumnos y alumnas del Colegio Hermanos Amorós. Grupo compuesto por 15 personas, repartidas equitativamente por sexo. El taller se desarrolló de forma óptima y muy productiva.
- El segundo en Valencia, en un aula del Colegio Nuestra Señora del Pilar, con tres alumnos y dos alumnas de dicho centro. Dado el menor número de participantes, la dinámica y los juegos fueron adaptados convenientemente, para aprovechar al máximo las posibilidades del grupo.

2.3. GRUPOS TRIANGULARES

La técnica de los grupos triangulares persigue profundizar en experiencias personales, susceptibles de ser refrendadas o rebatidas por el resto de participantes (tres en total). Por tanto, se trata de una dinámica que procura un acercamiento que explora la frontera entre lo individual/personal y lo grupal/social.

En este caso, resultaba una metodología ideal para recoger las experiencias y reflexiones de personas adultas (o jóvenes de mayor edad) con contrastada y habitual relación con adolescentes y jóvenes, desde la mediación, la docencia, las actividades de tiempo libre, el asociacionismo, los estudios de juventud o la gestión pública. Es decir, personas que trabajan habitualmente con jóvenes, conocen sus intereses, preocupaciones, discursos, etc., y pueden ofrecer una perspectiva complementaria y reflexiva sobre los principales ejes que recorren los objetivos de la investigación.

Se realizaron dos grupos triangulares, con las siguientes características.

■ GT1 (Valencia):

- Profesor de Secundaria, 35 años.
- Monitora de tiempo libre y mediadora juvenil, profesora de Primaria, 23 años.
- Educadora no formal (educación para el desarrollo, temáticas sociales), 29 años.

■ GT2 (Madrid):

- Docente de la Escuela de Magisterio, 48 años.
- Representante del Consejo de la Juventud, especializado empleo, vivienda y movimientos sociales, 26 años.
- Educadora no formal, monitora en grupo de acompañamiento juvenil, psicóloga, 27 años.

El diseño de las dinámicas grupales fue el siguiente:

DINÁMICAS GRUPALES

		HOMBRES	MUJERES	MIXTO
Talleres	16-17 años			Madrid
				Valencia
Grupos de discusión	18-22 años		Bilbao Clase media	Valencia No universitarios/as Clase media-baja
	25-29 años	Bilbao Clase media		Madrid Univrsitarios/as Clase media-alta
Grupos triangulares	Expertos/as en juventud			Madrid
				Valencia

El trabajo de campo se realizó entre enero y febrero de 2019.

3. LO QUE PERMANECE

3.1. LOS PILARES: FAMILIA Y AMISTAD

La serie histórica de estudios de juventud y valores muestra de forma clara que son dos los elementos que ellas y ellos sitúan en lo alto de sus prioridades, entre las cosas a las que conceden mayor importancia, y entre los valores que permanecen, que siempre están ahí, y que representan tanto sus necesidades como sus aspiraciones: familia (siempre en un destacado primer lugar de valoración) y amistad (siempre en segundo lugar, en pugna con el trabajo). Obviando la salud (cuando se pregunta por ella), que es evidente que se constituye en condición mínima para poder disfrutar del resto, familia y amistad ponen de acuerdo al conjunto de la sociedad, y las subidas y bajadas en las valoraciones no son destacables, toda vez que la manera en que se priorizan ambos elementos es masiva (casi absoluta cuando se habla de la familia). En González-Anleo y López-Ruiz (2017; pág. 17) se señalaba cómo la familia es considerada "muy importante" para el 80,6% de los y las jóvenes de 15 a 24 años, por un 61,6% que lo afirma de los "amigos y conocidos", y un 57% del trabajo. Los porcentajes ascienden, respectivamente, al 97,1%, 94,6% y 95,6%, cuando se considera la suma entre "muy importante" y "bastante importante". Proporciones muy mayoritarias y clarificadoras, en cualquier caso.

En la misma línea, los datos de Elzo y Megías (2014; págs. 25 y 57) indican que los y las jóvenes sitúan en 8,67 la importancia que conceden a "tener buenas relaciones familiares (en una escala de 1 a 10, donde 1 significa ninguna importancia y 10 total importancia), al mismo tiempo que se identifican como "bien integrado/a en la familia/familiar" con un 8,22 (también en función de una escala 1-10). Por otro lado, en González-Anleo y López-Ruiz (pág. 116) también se apunta que el 61,6% de los y las jóvenes señalan que "la familia es el lugar donde se hablan las cosas más importantes", situándose los amigos en segundo lugar, pero a una distancia significativa (48,2%).

La realidad y contundencia de esas valoraciones obtenidas a partir de cuestionarios también se refleja en dinámicas grupales como las realizadas, si bien con matices diversos. Cuando se parte, de forma muy general y abierta, del

“tipo de cosas que consideran más importantes” en la vida, de forma espontánea y explícita son los tres elementos señalados (familia, amigos/as y trabajo) los que copan inmediatamente la conversación. A partir del momento en que el triunvirato se visualiza, se hace evidente y se da por hecho por el conjunto de los y las jóvenes, lo cierto es que las conversaciones tienden a centrarse y explayarse en torno al trabajo, además desde una perspectiva operativa y práctica (expectativas, necesidades, recorridos educativos, aspiraciones, dificultades, contexto socioeconómico...), que aleja la dinámica del análisis de valores que pretende.

No extraña esta circunstancia, en cualquier caso, desde el momento en que estudios y trabajo se constituyen en las principales preocupaciones y ocupaciones de las y los jóvenes, pieza clave en su transición a la vida adulta, y en su inserción y socialización; más aún en una época de precariedad y especial dificultad para la integración laboral. Elemento, además, contrastable, debatible, sobre el que ya se piensa y se ha pensado, frente al complejo y abstracto mundo de los valores, respecto al que puede resultar complicado desenvolverse y teorizar (y más a determinadas edades). Si bien el trabajo (y los estudios) pone en juego e implica valores importantes, como la responsabilidad, el esfuerzo o el compromiso (valores que se abordarán en otros momentos de este informe), el análisis dejará de lado una mayor reflexión sobre las implicaciones del mismo, cuestión que requiere de acercamientos distintos a los que puede ofrecer un estudio sobre valores¹.

Lo cierto es que, siendo la estabilidad una de las principales aspiraciones y expectativas de futuro de los y las jóvenes, la familia y el trabajo se constituyen, a partir de sus argumentos, en los dos pilares sobre los que asentar la misma. Parece claro que los aspectos que tienen que ver con el sustento económico y el equilibrio social marcan la diferencia respecto a las valoraciones en relación a la amistad (que también puede aportar estabilidad, pero se analiza desde otro punto de vista). Ejercicio que de nuevo desenfoca el acercamiento a los valores, salvo desde la perspectiva de que la estabilidad se constituya en un valor en sí mismo, que trascienda el mero sustento, para entrar en juego con cuestiones como la ambición, el esfuerzo, el sacrificio, la seguridad, el éxito, etc. Es decir, que aspirar a la estabilidad, entendida desde la familia y el trabajo, determine la manera de percibir e interpretar esos otros valores, de tal modo que las expectativas vitales dirían mucho de la persona: tener como principal aspiración el lograr un puesto de trabajo y una familia estables, y no otras cosas que

1. Acercamientos que están en Rodríguez y Ballesteros (2013), Megías y Ballesteros (2016), así como en otras monografías específicas del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud.

impliquen un mayor materialismo o un tipo distinto de ambición, por ejemplo. En este sentido, no se puede dejar de señalar la importancia y la huella que han dejado los años de crisis e inestabilidad, que sin duda han reajustado las expectativas de buena parte de la población (Rodríguez y Ballesteros, 2013).

—Creo que también todas queremos, eso creo, formar una familia y en su día tener un trabajo estable.

—Bueno...

—...ni de coña.

—Bueno, pero un trabajo estable y que en un futuro podamos vivir de ello.

—Claro, porque hoy en día, no sé vosotras, yo no estoy acostumbrada a que todo el mundo tenga una vida estable.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—Pues a mí lo que me da la felicidad no es tanto el dinero sino la estabilidad que tengo, tanto en la mente como en todo lo demás. Es como, a mí... Yo voy contenta al trabajo. Y voy contenta...

—Eso es muy importante.

—Eso es... es importantísimo.

—¿Sabes?, no voy diciendo... quiero ganar mil, dos mil... La verdad que me da igual. O sea, voy y digo: "Pff, hago algo que realmente me motiva." Llego a mi casa, se lo comento a mis padres y digo: "He hecho..." Quizá no entienden una puta mierda, pero hacen por...

—Te ven contenta.

—Sí. Y hacen intentar por entenderme.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

En relación a la familia, se parte de la asunción inquebrantable de su importancia, de su universalidad y trascendencia, como institución básica sobre la que se asientan las sociedades. Más allá de la obviedad de que toda persona tiene una familia de origen, que marca de forma esencial su devenir (de igual manera que lo hará la ausencia de la misma), se valoran especialmente dos aspectos que la sitúan en el lugar que ocupa. Por un lado, que encarna el apoyo máximo e incondicional, el lazo inquebrantable, la presencia y la entrega, la comprensión y el acompañamiento. Modelo ideal que encarna "lo que no falla", lo que permanece y se mantiene en el tiempo, y la seguridad. Evidentemente, las circunstancias vitales y familiares de cada persona determinarán la realidad de esas expectativas y ajustarán la manera en que se entablan las relaciones entre sus miembros, que no tienen por qué ser de la manera que determina el tipo ideal. Pero incluso en los casos en los que la familia no responda a lo esperado, o incluso

sea fuente de insatisfacciones, problemas e inseguridades, tal circunstancia se valorará en relación al reflejo en que se constituye la familia como valor eterno, como base incuestionable sobre la que asentar la sociedad, y como aspiración.

—Ya con la edad que tengo, qué es lo que más me interesa... Yo, laboralmente ya me estoy situando, y ya estoy pensando en una familia. Porque no me quiero ir al otro barrio sin... Porque, yo por ejemplo, soy muy familiar. [...] O sea, la que no he... no he podido tener, por así decirlo, vivir. Porque la mía era muy desestructurada, demasiado, por todos los lados. Tener una familia. Eso sí que... Yo le doy mucha importancia a eso, porque tampoco luego quedan muchas más cosas. [...]

—La familia sobre todo, porque el trabajo al final, puedes cambiar, o si te da por emprender puedes tenerlo. Pero los que van a estar siempre ahí, y al final es lo importante, es la familia.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Por otro lado, familia como referente de comportamiento, como base sobre la que comenzar a dar forma a la personalidad y a la identidad, como agente educativo de primer orden, y como pieza esencial a la hora de determinar lo que es cada persona y, por tanto, el tipo de valores que tiene. También desde la perspectiva de quienes adoptan a sus padres o madres (u otros familiares) como referentes negativos, algo que no se escucha demasiado en los grupos, pero que también ocurre en ocasiones (sobre todo en relación a perspectivas y comportamientos machistas).

—Al final es un poco tema de genética y de circunstancias, de las que tú has tenido.

—No sé, de admirar a alguien admiraría a algún educador que haya pasado por mi vida y que me haya abierto más los ojos.

—Yo a mi familia, a mi madre. Porque al final es la que veo todos los días, a la que veo lo que le pasa y donde veo una especie de trayecto, donde ella tiene un problema, lo soluciona y sigue con su vida. Eso yo en la escuela no lo he visto.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—Mucha gente puede decir que tiene como referente a su padre o a su madre, pero como referente de lo que no tiene que hacer. Puedes tener a gente de tu familia como referente de lo que jamás en tu vida quieres acabar siendo.

—A mí me pasa un poco eso, considero que he tenido una educación muy machista pero la cosa está en ir más allá, porque si tú sólo te centras en

lo que has vivido y no vas más allá... Hoy en día hubiese aprendido que mi madre, yo en casa si fuese madre sería la que haría todo y mi padre, mi pareja sería la que no hace nada, cosas así mogollón. Hay gente que tiene esa educación.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

A pesar de la importancia que se concede a la familia, algunas voces (de personas que trabajan con jóvenes, por ejemplo) señalan que se puede estar produciendo un cierto desapego familiar, generado por la necesidad de encontrar una autonomía que tarda mucho más en llegar, dadas las circunstancias socioeconómicas. Es decir, jóvenes que viven en el hogar familiar por necesidad y falta de alternativas, que viven la situación desde la frustración y la resignación, a partir de lazos familiares que sobre-representan la independencia y el desapego, como respuesta a la realidad de su dependencia económica.

—Yo creo que se valora menos a la familia que antes.

—Yo creo que no, que hay una vuelta.

—Pero como refugio [...]

—Los chavales que no tienen ese apoyo lo demandan.

Expertos en juventud, Madrid

Atendiendo a los datos, esa valoración no resulta tan clara, si bien la simple lectura de los mismos resulta más plana: a pesar de que entre 2005 y 2010 bajó del 80% al 71% la proporción de jóvenes que consideraba que la familia es "muy importante", la misma volvió a crecer hasta el 80,6% en 2016, siendo este porcentaje el más alto de los últimos veinte años (González-Anleo y López-Ruiz, 2017; pág. 19). Parece natural que en años de crisis crezca la valoración sobre la importancia de una institución que se ha constituido en el sustento y el equilibrio de muchas y muchos jóvenes, que se enfrentan a un mercado laboral caracterizado por la precariedad y que vislumbran la emancipación casi como una utopía. Así, en 2014 los y las jóvenes se autoidentificaban como "dependientes de la familia" en un 6,93, en una escala de 1 a 10 (donde 1 significa "nada dependiente" y 10 "totalmente dependiente") (Elzo y Megías, 2014; pág. 57).

Desde los discursos, el tono general incide en la sensación de ser "dependientes en lo económico pero independientes en lo demás" (Mixto, 16-17, taller Madrid), aunque tal "independencia" ofrece matices distintos en función de la edad. Los y las jóvenes de menor edad hablan a partir de una sensación de autonomía y libertad, a pesar de la cual no dejan de reconocer cierta "dependencia emocional" (Mixto, 16-17, taller Madrid). En este caso, la expresión evidencia que, a esas edades, por lo general se interpreta que existe cierto clima de libertad en el seno

de la familia, que otorga algunas áreas de autonomía personal a cambio de cumplir con las responsabilidades derivadas de los estudios, que son manejadas por adolescentes y jóvenes aún en construcción, y que todavía ni se plantean la posibilidad de enfrentarse a la vida que tiene lugar lejos de la protección y seguridad que brinda la familia. A pesar de ello, también señalan la necesidad de poder vivir "sin tener encima" a sus padres y madres, y de conseguir progresivas cuotas de independencia sin necesidad de desvincularse de la familia.

En este sentido, las vivencias de los y las jóvenes de mayor edad son o pueden ser bien distintas, desde una percepción de autonomía mucho más desajustada en relación a las expectativas vitales de su edad, y a partir de una concepción de la autonomía más exigente, más próxima a áreas de poder y de decisión cercanas a las cuestiones que determinan el rumbo de su vida, y a la transición a la vida adulta. Así se pueden entender algunas de esas atribuciones relativas al desapego, sobre todo desde ese plano más emocional, que precisamente es el que destacan los y las jóvenes de menor edad como el lazo de unión y dependencia más fuerte.

También desde la convicción de algunos y algunas jóvenes en relación a que dar importancia a la familia no implica necesariamente "ser familiar", y de que las trayectorias vitales y las circunstancias personales provocan vaivenes, desde momentos en que casi se reniega de la familia (entiéndase la expresión desde el estereotipo de los turbulentos años adolescentes) en favor de amigos, amigas y pareja, a otros en que se redescubre la importancia central de la institución.

En cualquier caso, y con independencia de que la trayectoria de cada cual marque estas circunstancias, el discurso general tiende a asumir que con la edad se valoran más las cosas en general, y en ese contexto se dimensiona la importancia real de la familia, si es que en algún momento de la adolescencia y juventud se ha dejado de hacer.

—La familia como pilar fundamental, yo pienso. Luego los que más cercanos estamos son los amigos, yo pienso, no sé. Los que tenemos pareja, pues pareja, pero siempre intentar buscar el equilibrio, aunque dejamos un poco más de lado a la familia. Luego ya los demás, las relaciones que tenéis...

—Yo por ejemplo la familia, cuando era un poco más joven, sí que he dejado un poco más de lado, ahora que tengo 25 y como que he empezado a darle importancia a la familia, he empezado más ahora a valorar a la familia, que esté ahí. En realidad siempre están pero ahora he empezado a valorar más, me doy cuenta. Y a los amigos, igual hay

etapas que estás más a tu bola, los dejas más de lado y ahora mismo, no sé por qué, ha hecho un clic y he empezado a valorar más eso.
—A lo mejor porque la vida es un poco más chungu cuanto más mayor te haces y dices, joder, mis padres, tal.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Frente a la familia, los amigos y amigas ocupan un lugar también muy relevante, pero diferencial en base a dos aspectos, que se constituyen en lugares comunes para el discurso general. Por un lado, por la capacidad de elección de los mismos (en un proceso de criba que se entiende consustancial al desarrollo como persona), frente a una familia que viene dada. Por otro lado, y precisamente por esa diferencia entre lo permanente y lo que no lo es, porque se entiende que el vínculo familiar es eterno e insuperable (siempre puede haber algún ejemplo de familias desintegradas y desestructuradas que contradiga tal axioma), frente a un vínculo de amistad expuesto a cambios, fluctuaciones, e incluso a la desaparición (sin dramas, como parte del proceso de crecimiento).

—Siempre se va a ser más independiente de los amigos porque los eliges, y los lazos de sangre son muy difíciles de superar.

—Ser independiente de la familia es más difícil. Pero a la hora de tomar decisiones pregunto a mis amigos como si fueran mis hermanos.

Mixto, 16-17, taller Valencia

La familia es una institución que se constituye en un valor en sí misma, y en ese sentido opera la amistad, como valorpreciado y, también desde el lugar común, señalado como escaso ("los amigos se cuentan con los dedos de una mano..."). A pesar de que la expectativa en relación a la amistad incluye su valor eterno y casi indestructible, se asume que los amigos y amigas pueden ser diferentes en cada época de la vida, en una paradoja que dota de mayor importancia a las personas que "siempre están ahí" (aunque puede aparecer una persona nueva con la que se establezca un vínculo tan fuerte o mayor), y alimenta el misticismo de la amistad como joya a cuidar. Pero, al mismo tiempo, desde una perspectiva que apunta la necesidad de "gestionar" las amistades, en base a lo que se espera de cada persona, en cada contexto y en cada época².

—Yo me quedaría con los amigos también, a la misma altura que la familia.

—Sí, yo también.

2. En el capítulo 6 dedicado a otros signos de nuestro tiempo o valores emergentes, se abordará la importancia de la capacidad de gestión, como manera de entender algunos valores o principios.

—Amigos. Con mayúsculas.

—Yo los diferencio bastante, amigos y familia son momentos diferentes.

—Prioridades, quiero decir, familia te toca, ya naces con una.

—Sí, claro, eso sí.

—Y los amigos eliges, los gestionas ¿Es mi prioridad? No lo sé.

—Jo, pero a los amigos hay que dedicarles a veces más tiempo que a la familia yo creo, eh. O por lo menos yo... ahora les dedico menos, soy burgalés pero vivo aquí desde hace años, tengo mi cuadrilla en Burgos y yo aquí no me he echado otra cuadrilla porque me supone un tiempo de estar saliendo con ellos y de estar demacrado, por así decirlo. Entonces tienes que repartir un poco el tiempo.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Esa "gestión" de las amistades parte de la necesidad de su cuidado, que requiere de esfuerzo, constancia y dedicación (curiosamente, elementos que no parecen exigirse en las relaciones familiares), y que se establece en torno a pilares como la confianza, la sinceridad, la lealtad y la reciprocidad (en el sentido de que estén equilibradas las expectativas entre ambas personas), sin los cuales no perdurará en el tiempo.

Otro de los elementos destacados y necesarios es la presencia, que plantea aspectos interesantes. En primer lugar, que en tiempos de redes sociales casi se da por hecho que la presencia es constante, y la distancia física ya no es impedimento para crear, mantener y consolidar relaciones de amistad, de muy diversa índole y grado. Por ello, es mucho más probable que los y las jóvenes de ahora no se tengan que enfrentar a la distancia como elemento que pone a prueba el vínculo real de una relación.

A pesar de todo, la presencia sigue siendo un elemento importante para la amistad, ahora extendida al universo *online*, y no sólo al *offline*. Y es que en épocas adolescentes y de primera juventud, en las que parte esencial de la socialización tiene lugar en el grupo de pares y en el tiempo libre, el clásico axioma que dice que "los verdaderos amigos se demuestran en los malos momentos" queda incompleto, pues parece clara la necesidad de compartir también los momentos buenos como paso necesario para consolidar esas relaciones de amistad, acompañando en los descubrimientos, las experimentaciones y los crecimientos personales. Sobre todo teniendo en cuenta que se puede estar en contacto constantemente.

—Yo creo que si comparto los momentos buenos de una persona también voy a estar para los malos. Y es que...

—Pero es que si te pones así, tienes que estar compartiendo buenos y malos momentos con ochenta mil personas... [...]

—Pero tienes que saber cuáles son buenos momentos, porque a lo mejor estás toda la noche de fiesta con él. Para pasarlo bien...

—Claro.

—Pues entonces si has compartido buenos momentos yo creo que son amigos que son amigos... [...]

—...eso se nota con el tiempo. No sólo una vez...

—No, luego a lo mejor estás mal, y hay alguien al lado que no te está ayudando, pero sólo por el hecho de estar, ya es... alguien importante.

—Eso, gente que cuando la necesitas está ahí de verdad. No es: "No, hoy no puedo porque..."; o "No, mañana tampoco, quedamos ya dentro de tres o cuatro semanas."

—Cuando ya se te haya pasado... [...]

—Los que están, están en los malos y están en los buenos. Y he tenido muy buenos momentos.

—Moderador: ¿Tienen que estar en los dos, o a lo mejor si alguien sólo está cuando estáis mal...?

—No, también en los buenos. Esto...

—A ver, pero se a... se agradece. Porque, o sea, si es una persona que sólo está contigo cuando estás mal...

—Hasta en esos momentos.

—Buena persona tiene que ser. O sea, buena persona tiene que ser.

—No, ya ha estado antes en lo bueno, yo creo. O sea, siempre quien te ha visto en lo más malo... Te ha visto en lo más bueno también.

—Claro.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Desde la idea general de que los amigos y amigas están o pueden estar presentes en muy diversas facetas y contextos, buenos o malos, la perspectiva de amistades que aparecen especialmente en los malos momentos, y a las que se recurre en los malos momentos, pone sobre la mesa la concepción más funcional de las relaciones, de nuevo desde esa perspectiva de "gestionar" las mismas.

Así, se afirma que hay personas que por su forma de ser, su capacidad de escucha y su empatía, estarán en las dificultades, y quizás sólo en esos momentos. Son lo que denominan "amigos psicólogos", bandera de valores que destacan, como la mencionada empatía o la sinceridad. Porque el buen amigo o la buena amiga, señalan, es quien es capaz de decir las verdades, y no tiene reparos en afeear conductas ni en señalar equivocaciones, aunque duelan.

—Moderador: *¿Se puede establecer un lazo muy fuerte de amistad con alguien que no está en los buenos momentos? Que no está cuándo os vais de fiesta...*

—Sí.

—Sí.

—No, yo creo que no.

—A los amigos que se les llaman psicólogos...

—Es que sí. Pero es que a ver... Yo creo que es imposible que con la persona que pasas los malos momentos no pases los buenos. [...]

—...que cuando estás mal acudes a él porque sabes que te va a ayudar, y a lo mejor no quedas con él en dos meses...

—Pero también esa persona... O sea, tienes que pasar buenos momentos con ella, porque si no se va a pensar: "La otra persona sólo viene conmigo cuando no está bien", ¿sabes?, no...

—A ver, yo... Yo es que tampoco conozco a nadie que esté sólo en los malos momentos, el que... Jejeje...

—Es que es eso.

—Moderador: *Y, ¿qué tienen que tener esas personas?*

—Empatía.

—Exacto.

—Y conocerte bien, porque son del tipo de personas que te puedan aconsejar... Según cómo eres tú, sí.

—Claro.

—Claro, hay amigos que a lo mejor le cuentas un problema o lo que sea, y a lo mejor te dicen lo típico de: "Venga tía, que ya pasará." Pero el buen... Yo creo que el buen amigo es que es el que en la cara te dice: "Pues mira, tía es que te... has equivocado en esto, esto y esto. Y has sido tonta y no hacer algo que no te guste."

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Precisamente la sinceridad y la capacidad para poder hablar con libertad y confianza con las personas son dos de las cualidades que más se destacan en los amigos y amigas, junto con otra: la lealtad. Valor que sitúan como frontera que diferencia a amigos/as de conocidos/as, y como prueba irrefutable de que la amistad es "verdadera". Lealtad que supone fidelidad, compromiso, presencia y constancia, pero que no tiene por qué anular el sentido crítico constructivo. Pero valor, en cualquier caso, que porpreciado consideran escaso, y por exigente asumen que tiende a desaparecer, provocando una selección natural que incide en la convicción y el estereotipo en relación a la escasez de amigos y amigas (con independencia de que estén constantemente rodeados y rodeadas de personas, ya sea online u offline).

—Hoy en día la gente no es leal...

—Pero importancia tiene.

—Obvio.

—En general, no es leal...

—Enseguida viene algo mejor y todo el mundo se va con algo mejor, ¿sabes lo que quiero decir?...

—Yo no... No lo veo así.

—Por lo general... por lo general sí. Por lo general es lo que demuestra la sociedad, sí. Pero yo por ejemplo, no, tampoco.

—Moderador: Lealtad, ¿con qué por ejemplo?

—Con todo...

—Con los amigos.

—Con la pareja, también.

—Yo le doy más importancia... A ver, más no... También ahora que no tengo pareja, pero... Eh...

—La lealtad de los amigos yo la veo de vital importancia...

—Sí.

—Pero hoy en día en las amistades también hay mucho falso.

—Pero por intereses...

—Sí.

—Claro, pero yo... qué hago...

—Claro, pero eso se ve... Ya con veinte años, yo sé quién está y quién no, ¿sabes?

—Lo ves, claro, de lejos. Gente que te habla tres veces al año, y dices: "¿Para qué me hablas, tío?"

—En realidad hay personas... Hay personas que te hablan tres veces al año y darían más por ti que con los que estás.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Si atendemos a los datos sobre autopercepción, éstos son diversos, como parece natural a tenor de los matices que presenta el valor. Sobre todo cuando la valoración se hace colectivamente o de manera personal. En González-Anleo y López-Ruiz (2017; pág. 173) se señala que el 23,6% de las y los jóvenes considera que los y las jóvenes son "leales en la amistad" (proporción que muestra un descenso desde 1994), mientras que en Elzo y Megías (2014; pág. 57) se autoidentifican como "leales" en un 8,38 (en una escala de 1 a 10, donde 1 significa "nada leales" y 10 "totalmente leales").

Además de la evidente visión más crítica respecto al colectivo, a las otras personas, en relación a uno mismo o una misma, también es necesario hacer hincapié en la manera en que se aborda la lealtad de forma distinta según

contextos y situaciones; y esto es algo que se percibe desde los discursos. Por la importancia que se concede a este valor y lo perfectamente ubicado que se tiene, en contextos de ocio y fiesta, así como en otros que pueden implicar relaciones más laxas (compañeros y compañeras de estudios con los que no hay amistad, por ejemplo) no se espera ni se demanda, también como forma de ajustar el propio comportamiento y liberar responsabilidades: la lealtad debe ser recíproca, así que no se plantea malgastar lealtades cuando la expectativa es que las personas con las que te rodeas en determinados ambientes y ocasiones no lo sean, a pesar de lo cual se aprecian en función de otros valores y otra perspectiva, también necesaria (diversión, desinhibición, ayuda, etc.).

—*Tú ahora mismo tienes cosas, en plan tienes casa, tal... Pero si un día te quedas sin nada, ¿quién crees que realmente estaría ahí? Realmente.*

—*Obviamente la familia va a estar ahí siempre, pero yo... O sea.*

—*No, pero digo de tus amigos, ¿quién crees que estaría ahí?*

—*Cuatro o cinco, más no.*

—*Y seguro que tienes más amigos...*

—*No, no, no, pero a ver, yo cuando hablo de amigos hablo de mis amigos.*

—*Claro.*

—*O sea, los que son de verdad. Mis amigos de verdad...*

—*Los demás son colegas o compañeros...*

—*Claro.*

—*Pero los amigos, yo los amigos pff... cinco, a lo mejor seis. Más no.*

—*Pues yo menos.*

—*Claro, pero se puede conocer a mucha gente y tener... y tener buenas relaciones con la gente. Es que yo por ejemplo... Eso sí, yo a mí me gusta conocer a gente y conozco a...*

—*Pero, es lo que te digo de la lealtad, ¿sabes?*

—*Claro, pero yo hay relaciones que no tengo... Que... que no necesito lealtad porque pues son relaciones de verte, te saludo y ya está...*

—*De salir y ya está.*

—*Claro, yo me voy de fiesta contigo y ya está, ¿sabes? Pero yo, la lealtad se la pido a mis amigos los de verdad, ¿sabes? Que sí que me la tienen, porque es que si no, no serán mis amigos...*

—*Claro, es que tú se la vas a dar también.*

—*Claro, obvio...*

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

El discurso general hace hincapié en las dificultades para que una amistad se mantenga, y es precisamente esa dificultad la que pone en valor su existencia. Para las personas más inseguras y temerosas, con menos habilidades sociales, o

simplemente que han vivido malas experiencias, tal convicción puede conducir a cierto aislamiento; porque cuando alguien traiciona algunos de esos valores considerados puros y esenciales (lealtad, confianza, sinceridad), que en amistad requieren de reciprocidad, puede resultar más complicado volver a sentirlos, o estar reticente a mostrarlos, cuando menos sin antes tomar ciertas precauciones o contrastar al credibilidad de la otra persona. En cualquier caso, temores o precauciones que no impiden que haya acuerdo respecto a la necesidad vital de relacionarse, y de encontrar en otras personas ese tipo de vínculos.

—Yo me he criado en un pueblo, que es muy pequeño, con cuatro personas. Y he convivido con ellas. Y ahora han sido súper falsos, y luego te das cuenta de que has estado todo ese tiempo y se han estado riendo de ti. Yo desde entonces me he hecho muy cerrada, y yo reconozco que yo amigos no tengo, pero porque yo me cierro. Yo no quiero tener relación, porque me han engañado, entonces...

—No confías, ¿no?

—Exacto. Yo prefiero estar en mi casa encerrada sin salir antes que salir... Porque he visto mucho falso.

—Pues no es por nada, pero eso puede que te pase factura en un futuro, ¿eh?

—Y yo lo sé, que a mí... a mí me cuesta mucho relacionarme. Pero porque he visto que hay mucho falso.

—Pero yo creo que hay que saber relacionarse manteniendo ese cuidado, y protegiéndote...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Un valor con tal nivel de exigencia y tan altas expectativas, en constante revisión en épocas de adolescencia y primera juventud, necesariamente es considerado como bien escaso y a cuidar. Tanto, que a quienes demuestran una "verdadera" amistad se les llega a denominar "familia", como forma de escenificar también lo eterno de un vínculo en el que resulta necesario creer, pues encarna buena parte de los valores positivos.

En este sentido, los valores de fondo que sustentan la universalidad y la necesidad de las cosas que encarnan familia y amigos/as (empezando por el apoyo incondicional y el sustento emocional) se proyectan de forma pareja, de tal modo que se pueden observar de manera alterna en uno u otro según épocas vitales, a tenor del desarrollo personal y de las circunstancias, que además se interpreta que presentan características bastante comunes cuando se trata de años de adolescencia y primera juventud: de una total dependencia de la familia, pasando por cierto alejamiento emocional de la misma, y el establecimiento de los amigos

y amigas como referentes esenciales, para posteriormente volver a conceder importancia a la familia (como señalan los y las jóvenes de mayor edad).

—Venimos de una etapa de depender completamente a la familia emocionalmente, a luego estar medio solos y engancharte con los amigos.

Mixto, 16-17, taller Valencia

—Pero ¿la familia tiene que ser de sangre?

—Claro que sí.

—No... no...

—No, ¿por qué?

—Para mí no tiene por qué.

—Para nada, si de hecho, yo creo que tiene... No más importancia, pero yo creo que demuestras más por... por tus amigos que por tu familia. Porque a tus amigos los eliges tú, y a tu familia no.

—Claro.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

3.2. CONSUMISMO, INDIVIDUALISMO, HEDONISMO

Otras cuestiones respecto a las cuales no se perciben excesivos cambios en relación a estudios anteriores son las percepciones y expectativas sobre valores que consideran sintomáticos y definitorios de la época histórica que viven. Valores que se entienden como inevitables y operativos, por encarnar la rueda que hay que seguir para participar en igualdad de condiciones en contextos (de estudios, laborales, relacionales...) competitivos, o simplemente como respuesta natural a la manera en que entienden que se asienta parte de la identidad y personalidad en una sociedad capitalista: consumismo, individualismo, egoísmo, etc.

Todos pertenecientes a la esfera de lo que genéricamente se interpreta como valores "negativos", pero que desde la perspectiva de su "normalidad" y funcionalidad, se perciben como necesarios hasta un cierto nivel (que casi siempre coincide con el propio); y en cualquier caso despojados de cualquier grado de culpabilidad, dada su generalización y naturalización.

También valores "inevitables" en base a la época de desarrollo vital, además reforzada por el contexto social materialista: el hedonismo y el disfrute, como valores propios de años de juventud sin las responsabilidades que predominan en la vida adulta.

—Soy consumista e individualista porque si no, no juego a este juego, y tengo que adaptarme a esos criterios.

Expertos en juventud, Madrid

Dentro de esta serie de valores, el que mayor presencia discursiva tiene es el consumismo, incluso de manera más vehemente y abrumadora de lo que muestran los datos al respecto (en 2016, el 51% de las personas de 15 a 24 años consideraba que los y las jóvenes son consumistas, proporción que crece desde el 47% de 2010)³. Desde los argumentos, el consumismo sería uno de los rasgos definitorios de nuestra sociedad (y no sólo de los y las jóvenes), además desde la más natural asunción de tal cosa: porque "no es ni bueno ni malo" (Mixto, 16-17, taller Valencia), porque "es necesario" en una sociedad que no funciona ni avanza sin él (Mixto, 16-17, taller Madrid), y porque "nos lo han metido en la cabeza" y no se cuestiona (Mixto, 16-17, taller Madrid).

Esa forma de asumir su presencia llega al punto de aceptar que el consumo, a veces, se realiza simplemente porque "llena huecos" en una sociedad ávida de estímulos, y como forma fácil de intentar compensar determinadas carencias, o simplemente para obtener pequeñas y breves satisfacciones. Situación cuyo trasfondo se intuye negativo, o al menos sustentado sobre algunas premisas negativas, pero que, por lo general, se enuncia con la boca pequeña cuando se analizan circunstancias personales, mientras se proyecta con la dureza del juicio de valor sobre otras personas, que encarnan los problemas.

—Yo también tengo un tío que vive solo y tal, pero no está lleno. Yo no lo veo una persona que esté bien, en plan que esté llena. Porque tiene dinero, tiene... No tiene a nadie con quién compartirlo, y ¿qué hace? Se gasta cosas que lo compra y lo deja en casa, y ya no lo utiliza. En plan, lo compra para sentirse lleno en ese momento y... de: "Buah, me compro..." Se compró hace no mucho un banjo, y el banjo... Bueno, hace no mucho, hace un año y pico. Y no lo ha tocado en su vida. O sea, son cosas que con el dinero intenta llenar el hueco. Que es lo que ha dicho él del afecto, de que...

—Claro, no.

—De tener a alguien que te quiera, alguien con quien compartirlo y tal. Y llenan con el dinero esas cosas. [...]

—Pero porque las personas somos muy materialistas. Es lo que dice él, intentamos llenar los huecos con cosas que: "Vale, me gusta esto, me lo compro." Pero eso, ¿esa felicidad me va a durar cuánto?

3. González-Anleo y López-Ruiz, 2017; pág. 173.

—Hasta que lo rompas.

—Hasta que te canses.

—Lo que... lo que lo estrene, ya está...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Aceptando, como hacen, que la sociedad es consumista (y tiene que serlo, pues no se entiende la existencia de una posible alternativa), la connotación negativa deriva del nivel del consumo, en un contexto en el que se considera que se ha pasado "del consumismo al hiperconsumismo" (Mixto, 16-17, taller Madrid). Si "ser muy consumista sí es malo" (Mixto, 16-17, taller Valencia), el dilema será dónde establecer el baremo entre lo "normal" y lo "excesivo". Para ello, por un lado se habla de "dependencia", término que según contextos queda despojado de parte de su sentido, o cuando menos del halo de preocupación que despierta en otros: reconocer que se es dependiente de las drogas o del alcohol, por ejemplo, es algo que resuena trágico, duro, y que no gusta hacer público ni reconocer; mientras que no parece extraño, no preocupa en exceso, que un o una joven afirme depender del uso del teléfono móvil o las redes sociales.

En este sentido, la dependencia respecto al consumo ocupa un lugar similar a la dependencia tecnológica (cuando no se entremezclan), como algo que se interpreta que responde a su tiempo, a determinadas necesidades y utilidades, y porque se considera que sólo afecta a la persona que así se comporta.

Por otro lado, y como respuesta al vacío de significado que muchas veces supone la alusión a la dependencia, el problema se sitúa en consumir por encima de las posibilidades económicas, en un argumento que tiende a poner el acento en la limitación de los recursos, y no tanto en la manera en que se priorizan los gastos y se dota de sentido al consumo (que sería la que realmente ofrecería una medida del consumismo como valor).

Los argumentos centrados en la perspectiva más negativa del consumismo apuntan a la insatisfacción que puede provocar participar de una rueda que difícilmente encuentra fin; pero siempre partiendo de un análisis del contexto histórico y social, que considera que esta circunstancia es uno de los males de nuestro tiempo, y que, por ello, ni se cuestiona ni se combate, porque forma parte de lo que somos.

—La gente antes era mucho más feliz, tú vivías en tu pueblo y veías lo que había en tu pueblo, el más rico era el que más vacas tenía. Pero ahora ves, buah, este tiene un Lamborghini, ese se va de vacaciones a no sé dónde...

—Yo creo que habría problemas de otro tipo, siempre dicen eso. Buah, antes eran más felices, pero yo creo que habría otros problemas. Y en un futuro dirán, qué bien vivían éstos, porque habrá otra cosa.

—Pero antes tú vivías en tu pueblillo y no sabías tampoco que había gente que tenía mucho más dinero que tú y que vivía mucho mejor. En tu pueblo pillabas un resfriado, te morías y era algo muy normal. Pero hoy en día, como sabes que hay gente que tiene más que tú, vas a querer tener más y si no puedes satisfacer esa necesidad nunca vas a ser feliz.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Pero el consumismo trasciende la mera adquisición de bienes y servicios, y se constituye en un ejercicio de posicionamiento social, de gestión de la imagen e incluso de asimilación y recreación de la propia identidad. En ese sentido, se reconoce que el consumismo asimila también vivencias, opiniones, actitudes, incluso otros valores, en un ejercicio de mercantilización que en muchas ocasiones va de la mano de determinadas modas (se pone el ejemplo del ecologismo y el veganismo, o el feminismo; que siendo posturas ideológicas y que tienen que ver con determinados principios, también genera un imaginario susceptible de cierta asimilación comercial).

—Pero al final muchas de estas conductas, lo que has dicho antes, las redes sociales pueden ser muy malas o muy buenas. [...] Yo creo que muchas de mis influencias feministas para cambiar cosas en el mundo, la mayoría son de Instagram.

—Eso por ejemplo, los influencers que están muy de moda.

—No, yo no digo ese tipo.

—Sí, pero al hilo de eso, todo el mundo se fija en la ropa, lo que hace una chica, lo que se lleva. Consumismo.

—Consumir hasta vivencias, muchas veces lo que decimos; ahora soy ecologista, ahora soy feminista, es también para mostrar algo en las redes sociales, que eso también lo he visto.

—O lo del veganismo.

—También, por ejemplo. Que lo respeto mogollón, me parece super guay. Pero cuando ya se convierte en una moda, en algo que es un espectáculo, lo de la sociedad del espectáculo que decía aquel, es todo por vender algo y por consumir algo. Luego nosotras estamos todo el rato queriendo consumir nuevas cosas, eso al final también es verdad. Yo misma me doy cuenta, a mí también me pasa aunque luches con todas tus fuerzas, al final acabas ¡Ay qué fotos tan bonitas!

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Desde algunas personas expertas en juventud, más allá de la perspectiva más mercantilista, se destaca la parte de identidad juvenil que tiene que ver con el consumo, desde las adscripciones, la integración y la identidad grupal. Por ejemplo, el consumo de determinados formatos televisivos y de ocio (los *Talent Shows* serían un claro exponente), que provocan que el joven o la joven no sólo siga los programas en sí (y compre la mercadotecnia y los productos que generan), sino que también participe activamente (mandando mensajes, haciendo circular información en redes sociales, apoyando a personajes...), a partir de adscripciones efímeras, moldeables, que serán sustituidas por otras en la siguiente edición, que ofrecerá otros productos para consumir.

Otra perspectiva es la que aborda el consumo desde el prisma de la búsqueda de experiencias, en un sentido que diferenciaría a esta generación de otras (desde su propia perspectiva). Búsqueda de experiencias que en sí mismas no implican riesgos (dejando a un lado, por tanto, el consumo de drogas u otras sustancias, por ejemplo), y que tienen que ver con el descubrimiento, el conocimiento de uno mismo y la apertura a otras culturas y personas. En este sentido se cita en repetidas ocasiones el gusto por viajar como ejercicio de consumo enriquecedor y positivo (sobre todo se considera como un acto consumista cuando se prioriza sobre otras cosas), que además contribuye a que se asienten valores como la tolerancia.

—*Somos más consumistas.*

—*Lo poco que tenemos, lo somos.*

—*Y más abiertos a experimentar.*

—*[Nuestros padres] eran más cerrados, yo creo.*

—*Más cerrados a la hora de, buah, y si voy allí y me pasa algo. Nosotros nos tiramos directamente a la piscina y luego si nos pasa algo...*

—*Yo creo que ha influido toda la [...] y que se haya globalizado el mundo, lo que estábamos hablando antes de viajar, ya no somos tan...*

—*Cerrados.*

—*Yo no concibo mi vida sin viajar. Pero no por viajar, sino que entendemos el mundo o nos entendemos a nosotros mismos como generación de otra manera.*

—*Sí, sí.*

—*Claro.*

—*Conocemos más. Antes era todo como más local.*

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Algunos y algunas jóvenes glosan la importancia y la presencia del consumismo como valor definitorio de nuestra sociedad a partir de la contraposición del

materialismo con el mundo de lo intangible (ya sea lo espiritual, o ya sea el conjunto de valores deseables que se abordarán en el siguiente apartado), en un ejercicio que destaca el lado más operativo y funcional de los principios. Es decir, que las cosas importantes serán las que se puedan contrastar, las que tengan una utilidad concreta e inmediatamente palpable, y las que propicien una estabilidad que se interpreta como requisito mínimo a partir del cual poder considerar otras cuestiones o prioridades. Claro que, a la hora de considerar qué cosas procuran estabilidad, muchas veces se pasan por alto las cuestiones que tienen que ver con las emociones y los vínculos sentimentales y afectivos (¿se puede tener estabilidad sin sentir afecto, apoyo, amor, respeto...?). Quizás porque se dan por hechas, quizás porque la perspectiva está muy marcada por años de crisis y ruptura de un pacto social que han generado muchas inseguridades, provocan la inquietud de asegurar unos niveles mínimos de subsistencia, y refuerzan las perspectivas sobre la importancia del dinero para ello. Otra cosa, además, será dónde cada cual establece el listón de la estabilidad, pues las dinámicas consumistas e hiperconsumistas que señalan generan necesidades respecto a cosas que no son de mera subsistencia, y ponen de manifiesto maneras de priorizar intereses.

—Muchas veces, quizá, queremos ir más de... mmm... Como de espirituales, de: "No, pero si el dinero..." Al final, no nos engañemos, al final si no hay dinero...

—Exactamente.

—...no puedes emprender proyectos que te gustan. Quizá no puedes eh... viajar, ir a ver a la familia. Quizá no puedes hacerles un regalo. Quizá no puedes curarte si estás enfermo. Entonces, ahí está un poco el tema...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Cuando se habla de consumismo desde la perspectiva más operativa y materialista, los argumentos giran especialmente en torno al icono en que se constituye el dinero, protagonista de buena parte de las conversaciones. En las mismas, se maneja con mucha frecuencia el asentado estereotipo que parte de la idea de que "dinero es poder", no tanto desde la aspiración a ese tipo de poder (cuando menos el discurso mayoritario no lo explicita), como de la ejemplificación de determinados modelos de comportamiento que proyectan sobre las clases dirigentes, la política, el mundo empresarial, y las personas con fama, como síntoma del tipo de valores y referentes que imperan en nuestra sociedad.

—Pues no sé, lo más importante yo creo que es estar saludable, y tener buena compañía. Y tener dinero en la vida, ¿no?, para poder hacer cosas. No es lo más importante el dinero, pero sí que tener, poder mantenerte

y poder mantener a otras personas también. A tus hijos o cosas así.

—Sí, yo estoy de acuerdo con lo que ha dicho. Dinero, salud, familia...

—Sí, yo creo que lo más importante es la familia en primer lugar, y luego ya pues... eso.

—La amistad, el amor... Cosas abstractas. El dinero también es importante, pero...

—Yo creo que el dinero es lo más importante, aunque no lo...

—Aunque digamos que no es lo más importante.

—Lo más importante.

—Pero el dinero se acaba.

—Y el amor también.

—Por eso hay que ahorrar, jejeje.

—Creo que se le da demasiada importancia al dinero en esta sociedad, la verdad.

—Y el que tiene dinero, tiene poder.

—Pero no debería ser así...

—Ya. Pero lo es...

—Porque yo creo que cualquier persona es mucho más importante que cualquier cifra de dinero.

—Sí, sí, si yo estoy de acuerdo, pero... Hacia donde se ha acabado... hacia donde ha acabado yendo la sociedad es que quien tiene dinero manda.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Siendo el discurso general en torno al consumismo bastante sólido, y moviéndose los argumentos en el complicado equilibrio entre la necesidad, la aspiración, la teórica inevitabilidad y la crítica social, no todas las voces resultan tan pesimistas ni perciben una asunción acrítica de lo que la mayoría asume como realidad: algunos expertos señalan que "si se meten caña con el materialismo, a lo mejor es señal de que se lo están planteando" (Expertos en juventud, Madrid).

Junto al consumismo, otros valores que se consideran definitorios de nuestro tiempo (sin constituir ello una novedad discursiva) son el individualismo y el egoísmo. Valores que en la mayoría de las ocasiones se presentan de la mano, con interpretaciones parejas (en el taller de Madrid definieron el egoísmo como la "tendencia al individualismo"), si bien el egoísmo tiende a generar un juicio de valor más cargado de negatividad, pues simbólicamente parece estar situado en el lado opuesto a otros como la solidaridad o la generosidad, mientras el individualismo parte de una concepción más utilitaria y relacionada con cuestiones como la competitividad y la necesidad de situarse adecuadamente en el camino hacia la vida adulta (pensando en los estudios y el trabajo, por ejemplo).

En cualquier caso, cuestión de matices, pues tanto uno como otro generan contradicciones que los sitúan indistintamente a un lado o al otro de lo "aceptable".

El argumento más crítico (si bien es una crítica que dispara con balas de fogeo, desde la aparente asunción de que es inevitable) señala al egoísmo como valor que encarna buena parte de los males de la sociedad, y que se constituye en marca de lo que se entiende es una involución por la pérdida de muchos principios morales. Cuestión que se llega a explicar casi desde lo que se interpreta es el instinto de supervivencia (que conduciría a priorizar el bienestar personal frente a las necesidades de otras personas), ahondando en esa sensación de inevitabilidad que esquiva buena parte de la responsabilidad: es "difícil de cambiar" (Mixto, 16-17, taller Madrid).

—Estamos perdiendo muchos valores y yo me veo la sociedad egoísta al cien por cien. O sea, se salva gente. Pero yo, cada uno, en familia incluso... El padre con su hijo egoísta, incluso envidias entre padres e hijos y demás. Yo no sé, me imagino que habrá sido así toda la vida, pero a mí me da pena que el ser humano sea así. Porque el egoísmo a mí... A mí... a mí lo que me demuestra, es sobre todo, que parece que no evolucionamos...

—Ya.

—Porque los animales, por ejemplo, son muy egoístas, los animales.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Sólo pensamos en nosotros mismos ahora mismo; en si estoy agobiado, si no tengo tiempo; y dejamos de preocuparnos por el resto de la gente.

Mixto, 16-17, taller Valencia

Lo cierto es que los discursos resultan mucho más severos y vehementes (con independencia del calado real del sentido crítico) que lo que los datos de otras investigaciones muestran: en González-Anleo y López-Ruiz (2017; pág. 173) se apunta que el 35,4% afirma que los y las jóvenes son egoístas (proporción que sube progresivamente desde 1999), mientras en Elzo y Megías (2014; pág. 57) la autoidentificación de los y las jóvenes como egoístas es de 3,86 (en una escala de 1 a 10), siendo la más baja de todas las posibles características propuestas. Es decir, que al calor del grupo, y pensando en el comportamiento grupal y social (y no en el personal), la perspectiva es mucho menos benévola, en un ejercicio que parece insinuar que las interacciones grupales y la influencia de los valores que median las relaciones (competitividad, envidia...) corrompen o malogran de alguna manera las buenas voluntades individuales.

Tener una visión tan dura y negativa de la propia generación (y de la sociedad en su conjunto) no resulta tarea fácil de asumir sin algún tipo de argumento que sirva como cierta justificación, más allá de que se entienda inevitable y de que la generalización tienda a normalizar un valor tan negativamente connotado. En este sentido, se manejan algunos argumentos en torno al egoísmo y el individualismo que ofrecen otra perspectiva. De un lado, egoísmo e individualismo como muestra de amor propio, y como germen y motor del afán de superación, así entendido como necesario en una sociedad competitiva que requiere de esfuerzo y lucha (que en ocasiones supondrá pagar el precio de perder otros valores); y desde la asunción de que lo que no haga una persona por sí misma, no lo harán otras personas por ella. A partir de esta perspectiva, se llega a señalar que pueden ser personas individualistas o egoístas, pero que "por lo menos seremos buenos profesionales... aunque eso no signifique ser buenas personas" (Mixto, 16-17, taller Madrid). Egoísmo e individualismo, pues, como valores instrumentales para conseguir objetivos de medio alcance.

—Yo lo reconozco. Me gusta reconocerlo, y es triste. Yo siempre, no sé vosotros... Yo siempre me he... he tenido un sentimiento como de querer cambiar cosas y querer hacer el bien. Y siempre he dicho: "Primero voy a intentar ver si me posiciono yo" que eso es lo más egoísta también que hay. Pero también, porque yo mis circunstancias, pues es que hemos llegado poco al fin de mes. Hemos llegado... Y quizás, yo lo sigo diciendo, el día que supere eso voy a querer ayudar seguramente. Yo tengo un sentimiento de que quiero ayudar, porque sé que puedo hacer algo grande por la gente.

—Sí, pero a lo mejor no es ser egoísta sino amor propio, en cierto modo, ¿no?, porque...

—Sí, no o porque dices es que...

—Porque es que la palabra egoísta muchas veces la tenemos como hipernegativo, ¿no?...

—Hombre, pero también...

—No, pero es como si estamos en una playa, él está convaleciente, y yo para salvarle le tengo que arrastrar, es que yo no puedo ni conmigo mismo. Entonces, eso por ejemplo me pasa económicamente. Cada vez no, cada vez mejor, pero yo no... Primero digo: "Voy a ver si puedo llegar yo primero aquí, y a partir de aquí voy a tener una capacidad de ayuda mejor." Lo pienso, ¿eh? Dentro de que también estoy decepcionado con la gente, tengo un sentimiento de que quiero hacer algo grande.

—Pero bueno, yo creo que en... en ese aspecto tampoco es negativo, porque si tú no piensas por ti también... Es la manera de pensar que yo

tengo: tú tienes que pensar por ti porque nadie más, nadie mejor que tú se va a preocupar por ti. O sea, no sé si me estoy explicando bien...

—Sí.

—Por mucho que tengas una pareja o una familia o lo que sea, al final somos seres individuales, ¿vale? Aunque convivamos en pareja, tú te puede pasar con tu mujer. Al final, tu mujer es tu mujer, ella es un individuo, y tú eres otro. Entonces ella tiene que mirar por sí misma, y tú por ti mismo. Aunque tú pienses en ella y ella piense en ti...

—Sí.

—...Y os podáis ayudar y... Pero por eso te digo, tampoco es... pienso que sea un pensamiento tan negativo el pensar un poco en egoísmo propio, para... para llegar a mejorar y ser... hacer mejor contigo mismo. Y luego ya, pues bueno, ya pensarás en los demás. Eh... sin dejar de lado a los demás también. Pero bueno...

—Quizá el egoísmo... El egoísmo es ya de padre, de la visión de padre de me quito de comer yo para dárselo a mi hijo. Pero... pero es que no lo veo tan... Yo no lo veo negativo, por lo que dices tú al final. Si tú no te pones primero en tu lista...

—Nadie te va a poner.

—Eso es...

—Nadie te va a poner en la suya el primero a ti.

—Eso es a lo que me refiero.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

De otro lado, se maneja el argumento en relación a que no se puede ayudar a nadie, ni estar pendiente de nadie, si no se está bien con uno mismo o una misma. En base a ello se justificaría la necesidad de mirar primero por lo propio, por los intereses y el bienestar personal, desde una visualización de lo colectivo como esfera exterior y supeditada a lo individual.

—Si nos dedicamos a darle mucha importancia a nuestros problemas personales, tendemos a darle menos importancia los problemas globales que tenemos. La gente tiende a mirar por su bien y deja de pensar en los problemas que tenemos como sociedad y lo ven como, eso no lo puedo arreglar, no lo puedo cambiar y hasta que no se cambie esa mentalidad no vamos a salir de donde estamos.

—Ya, pero si tú no estás bien contigo misma o con la gente con la que te relacionas en un círculo pequeño no vas a poder estarlo...

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

En un plano completamente distinto, se habla de otro valor que permanece porque corresponde a su tiempo; pero no al tiempo histórico, sino a su momento vital: el hedonismo. El universo de "lo juvenil", fundamentalmente en contraposición al mundo adulto, está cargado de alusiones a la diversión descomprometida, al disfrute, a la necesidad de experimentar y evadirse, de tal manera que este conjunto de elementos contribuyen a dar forma a lo que se entiende por "ser joven".

Desde algunas personas expertas en juventud se apunta que "muchos jóvenes apuestan más por sus hobbies que por el trabajo" (Expertos en juventud, Madrid), como respuesta a la imposibilidad o inutilidad de poner sus expectativas en algo tan inestable e incierto como el futuro, dada la coyuntura socioeconómica (dificultad para emanciparse, precariedad laboral...). Pero desde el propio colectivo juvenil se realiza un análisis que trasciende la necesidad de evasión y la mera búsqueda de diversión, para entrar en ese terreno de las representaciones sociales que diferencia entre "lo adulto" y "lo joven", entre el tiempo de las responsabilidades y el tiempo del disfrute, diferenciaciones que sienten que genera la sociedad en su conjunto, y que les transmiten las personas adultas (sus propios padres y madres), como parte de lo que interpretan es la transición "normal" de la vida joven a la adulta. En definitiva, que se comportan como socialmente se espera de ellos y ellas; y, cuando no lo hacen, se ven abocados o abocadas a dar más explicaciones de las que querrían.

—Y que muchas veces, como que nos desvían, ¿no?, también el... O la sociedad, o... todo lo que nos rodea, ¿no?, el "pues no, porque ahora hay que disfrutar, y no sé qué..." E incluso yo... Yo me he casado este año pasado, y lo primero que me dicen mis padres es: "Disfruta un poco." Oye, pues déjame, ¿no?, jeje. Pues si me apetece tener un bebé, pues tendré un bebé.

—Claro.

—Moderador: Pero, no... ¿No es compatible?

—Es que se puede disfrutar igual.

—Claro, sí, eso es. Pero... pero... Pero el consejo es como: "no tengáis hijos tan pronto..."

—Para no tener una... una responsabilidad.

—Sí, eso sí es verdad.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Evidentemente, aunque exista un discurso general que asuma esta diferenciación del universo de "lo joven", fundamentalmente porque "es lo que toca", el valor está cargado de estereotipos, y es necesario tener en cuenta al menos dos cuestiones. En primer lugar, que resulta tremendamente reduccionista (ni todas las personas

jóvenes son "fiesteras", ni las adultas rechazan salir y divertirse), a pesar de lo cual las representaciones sociales que genera influyen de manera evidente en los juicios de valor, las percepciones y las expectativas al respecto: lo "normal" será que a los y las jóvenes les guste salir, por lo que quien no lo haga puede ser puesto bajo sospecha, de igual forma que una persona adulta puede ser señalada si está en un ambiente festivo que teóricamente no le corresponde.

—En el periódico aparece los jóvenes son, leí una vez, unos alcohólicos.

—Es que en verdad para la sociedad adulta somos unos fiesteros, alcohólicos, drogadictos. Todo lo malo.

—Pero es que es verdad.

—Pero yo sí que nos considero más allá que fiesta.

—Una cosa no quita la otra.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—Con 18 años al final no ves más que llegue el fin de semana para pillarte una cogorza. Cuando ya tienes 25, casi 30, al final la teoría es otra, yo creo.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

En segundo lugar que, aunque parezca obvio, el hedonismo no excluye valores como la responsabilidad, a pesar de que buena parte de su sentido lo encuentre en la contraposición con las mismas. Y es así porque el tiempo de ocio y de diversión juvenil se entiende como desresponsabilizado, en el sentido en que se contrapone con la semana lectiva o laboral, donde priman las responsabilidades, motivo también por el que, desde el estereotipo, quedaría vedado a las personas adultas que sí tengan que responder ante ciertas responsabilidades propias de su madurez (la familia, principalmente), además de que se tiende a interpretar que la propia madurez desactiva las ganas de salir.

Esa asunción del tiempo de fiesta como espacio desresponsabilizado provoca que, en ocasiones, se produzca una suerte de estado de excepción respecto a determinadas normas o valores, se acepte que puedan producirse y provocarse determinadas molestias (ruido, suciedad), y sean más laxas las interpretaciones de valores como el respeto (por el descanso de los vecinos, por ejemplo). Pequeñas conquistas temporales y efímeras, que derivan en algunos acuerdos sorprendentes ("la diversión juvenil implica cierta molestia", llega a decir algún adolescente en el taller realizado en Madrid), que incluso puede situar en una posición incómoda a la persona joven que no se reconozca en ese rol atribuido a adolescentes y jóvenes en contextos de fiesta o de contraposición a la "seriedad" adulta; por ejemplo, renunciando a afeitar la conducta o reprochar a otros u otras jóvenes por generar molestias, para no ser señalado como el "amargado/a" o el o la "cascarrabias".

—El otro día había unos chavales en el metro, eran muy jóvenes, que estaban con la música alta.

—A todo trapo.

—Pero exagerado.

—Casi nadie decía nada, no estaba el metro a rebosar, estaba con un amigo y no sé si le dije [...] y al final discutiendo un ratillo apagaron la música. Pero nadie decía nada, me pareció una falta de respeto, me parecía surrealista. Me llamó mucho la atención que nadie dijera nada, a todo el mundo le molestaba, yo creo.

—Encima lo políticamente incorrecto es que le digas tú algo. Cuando en realidad sería que todo el mundo les diga, oye quita la puta música.

—A la gente le da miedo esa interacción, porque no sabes cuál va a ser la reacción y hay mucha gente que se siente insegura de interpelar a un grupo de jóvenes, porque no sabes qué van a hacer.

—Y porque hay más de uno que está zumbado.

—Nadie quiere ser el cascarrabias que anda diciendo a los jóvenes...

Hombres, 25-29, media, Bilbao

3.3. LA PROYECCIÓN EN CLAVE DE PÉRDIDA

En torno a los valores también se mantiene un tono discursivo general que hace hincapié en lo que se considera son retrocesos o pérdidas en relación a épocas pasadas, argumentación clásica que en las últimas décadas se emplea respecto a cuestiones muy diversas, que teóricamente serían sintomáticas del tiempo en que vivimos. Por ejemplo, en relación a consumos que pueden ser de riesgo (alcohol o drogas, uso abusivo de tecnología, etc.), en torno a los que, invariablemente, se dibuja un escenario en el que se realizan antes, con menor mesura y con menor control; en ocasiones en contra de lo que indican las estadísticas, a pesar de lo cual se consolidan esas representaciones sociales en clave de pérdida. En relación a los valores, la situación tiende a ser la misma, y se plantea un contexto en el que algunos valores "buenos" (respeto, sacrificio, autoridad, solidaridad...) se estarían perdiendo, generando un clima social que desde algunas posiciones se interpreta como desvalorizado ("no hay valores", o "se han perdido los valores"). Argumentos que, en cualquier caso, presentan no pocas contradicciones, como queda patente en muchos momentos de este informe.

—Afortunadamente hay bondad, pero... Y yo creo que las nuevas tecnologías nos están haciendo peor, más egoístas.

—Sí.

—Nos hemos vuelto muy consumistas, también, muy materialistas. —Uhm.
—Sí, sí, sí, eso también.
—Respeto... Respeto y educación.

Mixto, 25-29, alta, universitarios/as, Madrid

El planteamiento presenta dos características interesantes, también conocidas. Por un lado, que a pesar de que se habla de un clima social de pérdida en conjunto, se proyecta sobre la siguiente "generación" la auténtica encarnación de la pérdida. Concepto generación que no es riguroso, y sí flexible y moldeable, pues quien tiene 30 años hablará de quien tiene 25, éstos de quienes tienen 20, los veinteañeros y veinteañeras de quienes son menores de edad, éstos y éstas de quien tiene 15, y así sucesivamente. Es decir, que prácticamente a cualquier edad existe la posibilidad de proyectar sobre quien tiene algún año menos la carga de la pérdida, en un ejercicio que procura que la visión más catastrofista encuentre un resquicio para no cargar sobre los propios hombros una excesiva responsabilidad: porque interpretan que viven y protagonizan una sociedad que se mueve por valores discutibles, pero no se sienten especialmente responsables; en primer lugar porque el conjunto de la sociedad es así ("nos han educado así"), y después, porque quienes vienen detrás son quienes "verdaderamente" encarnan la pérdida total.

—O sea ¿qué son los valores de antes, que eran mejor que los de ahora? Porque yo creo que en muchos sentidos hemos mejorado como sociedad.

—En algunos sí.

—Depende, yo cuando veo a los chavales de 18 años cómo vienen te digo que la sociedad va a peor, así. Porque los chavales de 18 años hay alguno que es para pegarle un tortazo y espabilarlo que no veas.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

—Yo también entreno fútbol, entreno niños de doce y trece años, y a mí me dan pena. O sea, su única motivación en las navidades era tener la Play, la última, con el último juego para echarle horas, y horas, y horas... al Fortnite... O sea, son niños que están huecos, y ahora ya no juegan al Fortnite porque les aburre, y juegan a otro de matar marcianitos, que están todos metidos en un grupo... Y yo lo que digo es que la sociedad y las generaciones que viene, yo... Me da pena, o sea, lo que siento es pena, e incluso por la nuestra, y por la de más arriba.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Por otro lado, en ocasiones resulta sorprendente como, en esa comparación respecto a los y las jóvenes que tienen menor edad, ellas y ellos emplean

argumentos que trazan escenarios pasados que parece que no les corresponden, y remiten mucho más a la infancia y juventud de sus padres y madres, que a la propia. Es decir, que se apropian de alguna manera de recuerdos ajenos (la infancia de sus padres y madres, o de sus hermanos y hermanas mayores, cuando era más seguro jugar en la calle, no había relaciones mediadas por la tecnología, o no tanto, etc.) y los hacen propios, confrontándolos con el presente de adolescentes que viven en una sociedad que es la que los y las jóvenes viven, y con quienes comparten modelos educativos, escenario tecnológico, así como otras muchas circunstancias sociales. En definitiva, que se llega a emplear un referente ilusorio de unos valores ideales que en teoría han vivido cuando eran niños y niñas, cuando lo cierto es que están mucho más cerca del escenario que señalan que de otros que sus padres/madres o abuelos/abuelas sí pueden haber vivido (con sus cosas buenas y sus cosas malas, no sólo desde la perspectiva de la pérdida).

—A mi padre, si le pegaba el profesor, le llegaba a casa, y mi abuelo le pegaba otra sin preguntar. Ahora mismo, un profesor toca a un alumno...

—Bueno, bueno, y ni eso.

—Bueno, ya no un profesor, ya el mismo padre le pega un tortazo al niño en la calle...

—Bueno, bueno, padre...

—Y va el padre a pegar al profesor.

—El problema es que el padre va a pegar al profesor. Pero ya no es, ya... Ya nos metemos en el tema a lo mejor de...

—De apoyar.

—No hay otra vía.

—No es necesario a lo mejor de usar una regla, ¿no?, el pegar en las manos, ni tener que tirar de la oreja, ni tal, ¿no? Pero, yo por ejemplo tengo tres primos. Tengo dos primas, una de diecisiete, otra de dieciocho, y el niño de diez. Y sólo la forma de contestar a sus padres...

—Ya dice mucho.

—Yo con esa edad... Ya no es que estaba esperando... O sea, si... si decía eso que me pegaran un bofetón, sino a mí no me pasaba por la cabeza el... el contestar a mi padre o mandarle... un poquito lejos. Con diez años...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

En este contexto, el valor que se emplea principalmente para ejemplificar el escenario de pérdida es el de la autoridad, de la mano del respeto. Se alude, sobre todo, a la falta de autoridad de los adultos sobre los y las menores de edad, que propiciaría que adolescentes y jóvenes crezcan con una falta de respeto por las

personas y las cosas. El ejemplo característico es el de la situación de las personas que se dedican a la docencia, que se verían despojadas de una de las armas para generar ese respeto entre adolescentes y jóvenes, además desde el cuestionamiento también de padres y madres sobreprotectores ("nos dan todo hecho", dicen los y las jóvenes del taller realizado en Madrid) que velan por el bienestar de sus hijos e hijas sin cuestionar sus actos, y sin delegar sobre los profesores y profesoras las dosis de autoridad que requieren (además, porque en casa tampoco es tan fácil emplearla). De nuevo, jóvenes que aluden a modelos y épocas que parecen no corresponderles, pues es evidente que en el entorno de los veinte años (y mucho más a edades menores) el sistema educativo y los modelos y estrategias educativas que se han vivido, son muy similares al que señalan en clave de pérdida, y el espejo en el que se miran para realizar la comparación es el de sus padres y madres, o incluso el de sus abuelos y abuelas. Es decir, que estarían situados y situadas en el epicentro de esa "pérdida", pero proyectando sobre otras personas (más jóvenes) el protagonismo y la escenificación de la misma.

—Algunos valores sí se han perdido, tema de autoridad y todo eso. Vete tú a decir una palabra más alta que otra.

—Eso es. Y lo que has dicho tú, un niño se merece un tortazo y el profesor no tiene ninguna autoridad, lo que tiene es un marrón como le dé un tortazo al niño.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

—Yo creo que cada vez los menores van perdiendo el respeto en plan a la gente mayor, en general...

—Totalmente, o sea, yo eso...

—Ahora un viejo le dice algo a un muchacho: "Oye, pues no fumes porque..." "Bah, vete a tomar por culo..." No sé qué...

—Yo eso sí que... yo eso sí que ha sido una cosa que he notado una barbaridad. O sea, yo cuando era un chiquillo, que tenía trece años a lo mejor. Veía a los mayores y es que no les decía ni una palabra... O sea, me callaba y ni los miraba. Y ahora veo a niños que... que eso... Con la chulería esa que llevan...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Con independencia de la realidad en torno a la manera en que han cambiado valores como el respeto y la autoridad, es necesario resaltar la manera en que se emplea el mencionado estereotipo, fundamentalmente en contextos educativos. Además, porque muchos de los argumentos esconden también consideraciones sobre el tipo de cosas que se han ganado de forma paralela (una mayor confianza

con adultos y docentes, por ejemplo); y porque, cuando en lugar de hablar del conjunto de la sociedad en general, o de la masa informe e indiferenciada de jóvenes (respecto a la cual parece que "toca" hablar mal), hablan de su círculo más cercano, la visión es mucho más amable, y no parece tan evidente que sus pares no tengan respeto por nada, más bien al contrario. Sobre todo a medida que avanza la edad, desde una perspectiva que implícitamente reconoce que la falta de respeto tiene que ver más con algunas características propias de la edad y la inmadurez, que con el signo de los tiempos.

—Pues yo, por ejemplo, con la gente que hablo, que ahora mismo tiene nuestra edad, ya no de estas siete personas. Yo creo que con los que me relaciono, que es curioso, todos tienen respeto. Yo voy en el metro, y viene una señora mayor y... Y todo mi grupo absolutamente nos estamos levantando. Sin decir rápido... He puesto este ejemplo porque estamos hablando de formas de educación, pero como en lo demás, como que podemos estar mejor o peor colocados laboralmente. Podemos tener mejor o peor familia, pero los valores están intactos. O sea, ya no es porque sean mis amigos, o... No sé, yo... yo lo veo como que... No sé... Estamos bien. No veo tan mal la juventud.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

En este sentido, desde adultos y expertos en juventud se incide en una perspectiva que abogaría por la transformación del valor respeto, y no tanto en la pérdida. Así, destacando la mayor cercanía entre generaciones, señalan que "los jóvenes ahora nos perciben de forma distinta", y que "la figura de respeto ha pasado de ser un respeto por autoridad a ser un respeto por amor" (Expertos en juventud, Valencia). Es decir, una concepción del respeto desde el acercamiento y la sintonía, algo que se observa positivamente a partir de la posibilidad de generar mayor confianza y libertad para hablar y contar cosas (problemas, necesidades, sentimientos, etc.), siempre con la premisa básica de que en el camino no se pierda la figura del adulto como referente educativo y de autoridad.

Abriendo el foco de análisis, las mismas personas expertas en juventud remarcan cómo existen estereotipos sobre los y las jóvenes que se repiten a lo largo de generaciones: irrespetuosos, rebeldes, dispersos, volubles, acomodados, con gusto por experimentar... Características, además, que no dejan de ser propias de una época adolescente en la que la persona se encuentra probando y ajustando su personalidad. Época compleja y en ocasiones tortuosa, que se vive desde la "intensidad", en la que los y las jóvenes "tienen unas características propias de la adolescencia que los hacen particularmente difíciles para trabajar; también fáciles porque están en un momento muy chulo para descubrirse y trabajar"

(Expertos en juventud, Valencia). Cuestiones que tienen que ver con la esencia del ser humano y no cambian tanto entre generaciones tan cercanas, aunque el contexto social determine que algunos valores se entiendan e interpreten de manera diversa. En cualquier caso, el análisis sobre los valores ha de tener en cuenta las características de esa época vital a la hora de juzgar determinados comportamientos, y desde el momento en que se proyecta sobre las personas más jóvenes el peso de algunas pérdidas.

—Es que, yo creo... No sé, a lo mejor es que tengo la memoria muy frágil. Pero, joé, yo me acuerdo en mi adolescencia pues que poco a poco me he ido moldeando y creo que ya soy una persona medio de bien. Pero es verdad que de pequeña podría ser más contestona... A los que ahora que quizá les acusamos... Que son adolescentes, que están con el pavo subido, que tienen sus tonterías, sus expresiones... Se piensan que tienen razón de todo, y que todos hemos vivido esa época. Bueno, yo creo que todos hemos vivido esa época de rebeldía...

—Exacto.

—Entonces, yo tampoco les puedo acusar de qué poco respeto. Porque yo, quizá, a su edad tampoco lo tenía como lo tengo ahora de inculcado.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Por ello, no dejan de aparecer voces que señalan que "no es cierto que lo que viene es peor" (Expertos en juventud, Valencia), y que asumir tal planteamiento sin mayor reflexión supone una deformación de la realidad. Además, muchas veces realizada desde una perspectiva adulta un tanto injusta en la comparación de generaciones y épocas vitales completamente distintas (obviando las diferencias generacionales, algo que no se hace respecto al valor autoridad, por ejemplo). Finalmente, aceptando que "no podemos obviar que los jóvenes son parte de la sociedad, y son una proyección de la sociedad" (Expertos en juventud, Valencia), que será la que, en última instancia, determinará el sistema de valores con el que cada persona, y a cada edad, se maneja.

4. "LO SOCIAL" COMO ASPIRACIÓN

4.1. RESPONSABILIDAD Y PARTICIPACIÓN

Atendiendo al escenario de pérdida que transmite un tipo de discurso mayoritario (como se observa en el capítulo anterior), y a la perspectiva de vivir en una sociedad individualista, materialista, egoísta y competitiva, los valores que componen el universo de lo social, de las preocupaciones colectivas y la gestión de lo común, se enfrentarían a un contexto hostil o complicado, en el que aparentemente no resultan funcionales, o al menos son relegados a un segundo plano en favor de los valores que componen la esfera de lo personal y atienden a preocupaciones y motivaciones primarias e individuales.

En *Jóvenes y valores II: los discursos* (Megías, 2014a; págs. 71-72) ya se señalaba, al hilo de las consecuencias de la crisis económica sobre el sistema de valores, cómo se extendía entre los y las jóvenes la convicción de que "fueron perdiendo importancia social, o haciéndose menos operativos, algunos valores del ámbito del *deber ser* (solidaridad, compromiso, tolerancia, etc.), dando paso al individualismo, el egoísmo y el consumismo, en una dinámica que relegó los valores *deseables* al ámbito de lo *improbable*. Este planteamiento, que no es nuevo (ya lo hemos visto en anteriores estudios de valores de la FAD), al actualizarse, se acompaña de fuertes sensaciones de desconfianza, desilusión y desafecto por las instituciones y la gestión de lo colectivo. Es una postura que tiñe el discurso mayoritario, aunque ya existía antes de la crisis. Así, desde una inseguridad que marca los argumentos, se ponen en suspenso antiguas certidumbres y se revisan a la baja las expectativas no sólo en relación con perspectivas o proyectos personales, sino también en lo que respecta a los valores. Es entonces cuando se asume con resignación la inevitabilidad de estar instalados en una vida *low cost*."

Cuando la incertidumbre y la inestabilidad son elementos que caracterizan a la sociedad, además amplificadas en años de juventud que se enfrentan a la precariedad laboral, la dificultad de emancipación y la imposibilidad de establecer proyectos vitales de medio y largo plazo, el miedo y la inseguridad que ello implica influyen sobre valores como el compromiso, la solidaridad o la tolerancia, respecto

a los cuales se produce una mayor inhibición, en favor de cuestiones más individuales. Siendo actualmente la coyuntura económica algo más favorable que hace un lustro, lo cierto es que los años de inestabilidad calaron en relación a tales actitudes y expectativas, que no cambian de un día para otro.

Todo ello, además, acompañado de una desafección y una desconfianza respecto a las instituciones, que generan mayor distancia respecto a lo público. Y los datos ilustran perfectamente esa desafección. En González-Anleo y López-Ruiz (2017; pág. 42) se señala cómo la confianza en las instituciones es "poca o ninguna" en más del 50%, y en desconfianza ascendente: Sistema Judicial, prensa, empresas y multinacionales, sindicatos, Parlamento de las Comunidades Autónomas, Corona, Parlamento del Estado, Iglesia. Por su parte, en Elzo y Megías (2014; pág. 87), se indica como todas esas instituciones tienen una valoración por debajo del 4,6 (en una escala de 1 a 10), con una valoración de mayor a menor similar a la anterior: sistema judicial, sindicatos, patronal, sistema parlamentario, instituciones religiosas, sistema financiero, partidos políticos.

En definitiva, que cuando no se confía en las instituciones que deben velar por lo público, y además la coyuntura social provoca inseguridades y miedos, incluso en relación a la posibilidad de conservar lo que se tiene, la predisposición hacia "lo social" se enfrenta a un escenario complejo. Entonces el interés por lo colectivo, siendo un referente común sobre lo que se debe o debería hacer, entra en el terreno de las aspiraciones, que para algunas personas resultan descartables por utópicas y escasamente funcionales, y para otras se constituyen en metas alcanzables a partir del esfuerzo, el compromiso y la abnegación.

—A mí, por ejemplo, las cosas por las que me levanto por la mañana, es como trabajar todos los días para que todos tengamos una vida mejor. Eso puede conllevar tener una sociedad mejor, un estilo de vida mejor, un ámbito más justo para todos, algo así. Sí me levanto con esas ganas pero sé que no es algo que sea sólo mío, tiene que hacerlo todo el mundo, entonces es muy difícil.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Dado el mencionado contexto, y sabiendo que el 78,8% de los y las jóvenes no pertenece ni participa en ningún tipo de asociación —política, deportiva, cultural, benéfica, educativa, de participación ciudadana, de barrio, etc.— (González-Anleo y López-Ruiz, 2017; pág. 85), desde los expertos y expertas en juventud se apunta cómo se ha producido una cierta polarización de las posturas juveniles al respecto, entre lo que entienden que es una mayoría de población juvenil caracterizada por esa desafección y cierta resignación, y una minoría con sentido crítico, que se

mueve a partir de una participación explosiva y en ocasiones sin canalizar, y a la que le cuesta mantener las conquistas. Sea como fuere, lo que resulta evidente es que "las formas tradicionales de participación están en crisis" (Expertos en juventud, Madrid), y que el escenario tecnológico hace necesario revisar los canales, las formas, y las expectativas al respecto (Megías, 2005; Ballesteros, Rodríguez y Sanmartín, 2015; Equipo IGOPnet, 2015; Subirats, 2015)¹.

A la hora de analizar cómo se articula y se observa la participación y el compromiso social, resulta interesante indagar en la manera en que se entiende su responsabilidad como ciudadanas y ciudadanos. En primer lugar, a partir de la constatación de que el valor responsabilidad no suele aparecer en las conversaciones sobre valores de forma espontánea, y es habitual que sólo se reflexione sobre el mismo si se pregunta de forma explícita. O, más bien, que se circunscribe a un ámbito que se entiende propio de su edad: los estudios (y el trabajo para quien tenga). También, aunque de manera mucho menos explícita, a la asunción de que "los actos tienen consecuencias" (Mixto, 16-17, taller Madrid), en relación a la asunción de determinados riesgos en contextos de ocio ("saber beber", por ejemplo), que en cualquier caso sigue componiendo la esfera de lo individual y personal.

Más allá de ello, y quizás de determinadas tareas relativas al cuidado, orden y limpieza del hogar familiar (al menos del espacio propio), no es tan común que se extienda el concepto de responsabilidad a otros ámbitos de la vida, de tal manera que quien cumpla con sus estudios y no desobedezca en exceso en casa, será considerado o considerada un o una joven "responsable". Quizás, desde alguna perspectiva porque hay cuestiones de la vida en sociedad que se dan por hechas sin más (ser educado/a con el resto de personas y respetar las leyes, por ejemplo); pero que, en cualquier caso, ofrecen una visión de la responsabilidad que supone vivir en sociedad y relacionarse en contextos comunitarios, que una vez más parece desvinculada de lo público, por lo que también parece alejarse de lo social.

Es decir, se es responsable con las cosas que afectan directamente, que tienen que ver con la esfera de lo personal, con los proyectos vitales propios y con la familia; pero no se tiene tan en cuenta la responsabilidad en relación a la vida en sociedad, con las cosas que afectan al conjunto de ciudadanos y ciudadanas. Cuando menos el discurso general establece una prioridad clara en ese sentido,

1. Además, frente a la participación en relación a temas sociales, sí se puede hablar de que se asiste al crecimiento de formas distintas de participación, articuladas desde el consumo. Movimientos grupales igualmente exigentes y que requieren de diversos niveles de compromiso, pero con objetivos bien distintos, desde la esfera de lo material, o de la adscripción y socialización (actividades como el *crowdfunding*, o grupos de apoyo a personajes o proyectos artísticos, por ejemplo).

muy marcada también por su momento vital, y por la que el conjunto de la sociedad parece esperar de ellos y ellas (terminar con sus estudios, por encima de otra cosa).

—*Al final tenemos responsabilidades, estás comprometido.*

—Moderador: *¿Cuáles son vuestras responsabilidades como ciudadanas?*

—*Estudios.*

—*Mascotas si tienes, eso me parece una responsabilidad también.*

—*Estudios.*

—*Civismo.*

—*Votar.*

—*Votar.*

—*Manifestarnos.*

—*El civismo, de mantener las calles limpias, no romper cosas, no vender droga.*

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Se entiende, desde esta perspectiva individualista, que tras un ejercicio de responsabilidad se esconde algún tipo de motivación en forma de recompensa, que hablando de los estudios y el trabajo resulta bastante obvia (si se deja por un momento de lado la crisis del pacto social en relación a la inversión formativa a cambio de trabajo), y en otros aspectos de la vida no es tan evidente.

—*En las cosas que te gustan, yo creo, eres más responsable.*

—*Claro, obvio.*

—*Bueno, igual, por ejemplo, a mí no me gusta estudiar pero para llegar a la meta.*

—*O en las que el compromiso es más... es mayor. [...]*

—*Pero es que es lo que he dicho yo, es que hay... O sea, es que ser responsable para algunas cosas y para otras no. Me refiero, la motivación tiene mucho que ver, o sea... Yo si estoy trabajando, y sé que cuando acabe de trabajar este mes voy a tener dinero que me pueda gastar en lo que me da la gana, pues soy responsable y hago mi trabajo lo mejor posible. A la hora de estudiar, yo veo que tengo que acabar Bachiller por obligación, porque es por obligación, pues no soy responsable porque no me motiva, y no es lo que me pide... no es lo que... Es que no me apetece, la verdad es que no me apetece.*

—*Yo creo que va ligada la motivación con la responsabilidad.*

—*Sí.*

—*Yo creo que no. Yo creo que aunque haya cosas que no te motiven tienes que... que ser responsable igual... A mí no me motiva limpiar mi casa.*

—Pero si no, te llenas de mierda...

—Claro.

—Ya es algo, ya es una motivación, ya es una motivación, si lo ves.

—[...]

—Pero tiene que gustarte, y tiene que haber motivación, porque, por ejemplo, el deporte, sí puedes intentarlo, y a la semana dices: "Vale, voy a ir, voy a ir al gimnasio, o voy a ir a no sé qué..."

—Pero si no eres responsable, te lo dejas.

—Claro, y si no te gusta...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Fuera de esta especie de trato, algunos jóvenes señalan que es mejor que las responsabilidades sean voluntarias (por ejemplo, deportivas o asociativas), pues es la manera más directa de asegurar el compromiso. Compromisos individuales y grupales a partir del disfrute y el afán de superación, que crean lazos, generan comunidad, y se constituyen en elementos socializadores de gran relevancia, desde el asociacionismo, la cultura y el ocio.

—Yo por ejemplo, hace poco me he apuntado a castells. Castells es, pues las torres humanas, ¿no? Ser castellera. Entonces, como asociación, tú intentas hacer... pues exhibiciones... salidas y demás. Y para el 8-M estamos preparando una salida eh... para eso. Entonces claro, ¿qué significa? Preparar una salida no es eh... tal día, tal hora, estar allí. No, es compromiso con... con mandar los emails, que todo el mundo se entere, ensayar... buscar a la gente que va a colaborar... organizar coches... construir las torres... cuidar que los niños estén... Bueno, pues que estén vigilados, tal... Todo eso es como una red que... que si la gente no lo hace con ganas y... e involucrándose, no se consigue. Entonces, para mí compromiso es que tú quieras hacer algo y que lo quieras hacer mm... sin importarte, porque no... no lo consideras un compromiso. Lo haces porque te sale así. Entonces, para mí compromiso... Pongo un ejemplo, que es muy tal, es eso.

—Pero compromiso sí hay. Yo creo que sí hay, lo que pasa que es lo que decía, que te tiene que gustar lo que quieres hacer, ¿no?, para comprometerte de verdad...

—Claro.

—O lo que tú dices, o sea, yo también por ejemplo, hace seis años... Yo que soy de un pueblecito pequeño de Cuenca. Eh, el pueblecito, pues claro, el ayuntamiento que tiene pues se va a disolver, etc., y nosotros tenemos unas fiestas en las que el pueblo viven cuarenta personas y

en verano hay mil personas en el pueblo. Entonces, claro, la primera frase que nos dijo el alcalde fue: "Nos vamos a quedar sin fiestas, aquí no se puede hacer nada, no sé qué no sé cuánto, tal..." Lo primero que hicimos fue juntarnos quince chavales para poder crear una comisión e intentar hacer algo para que eso siguiera adelante. Si realmente a ti no te gusta ir al pueblo... Hay ciertos personajes y demás, de mi edad y más jóvenes que dicen: "Pues yo paso." Pues al final te tiene que gustar. Si es algo que te gusta, y es algo que te genera interés, yo creo que el compromiso está.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Como con otras muchas cuestiones, se diferencia claramente entre el plano individual y el plano grupal a la hora de abordar la responsabilidad, y la perspectiva amable con la responsabilidad en relación al plano personal, camina de la mano de la visión crítica de la responsabilidad con lo colectivo. Con el matiz de que se tiende a asumir que la personal sólo depende de uno mismo o una misma (sacar buenas notas depende básicamente de la responsabilidad de quien estudia), mientras que la colectiva es el sumatorio de voluntades individuales, en una escena que se dibuja como de sospecha generalizada: si nadie es responsable respecto a lo colectivo, para qué lo voy a ser yo, si el esfuerzo individual no vale para nada.

En ocasiones la distinción es tan clara, que el propio término "responsabilidad" se explica exclusivamente asociado a la esfera de lo personal, considerando que la responsabilidad con lo colectivo es otra cosa ("compromiso", "honorabilidad"...).

Cuando hablan de compromiso con lo colectivo, hacen hincapié en que la implicación personal será el elemento que procure la constancia. Es decir, que las causas por las que se luce toquen y afecten en lo personal, o se centren en el ámbito de lo local (barrio, centros de estudios o trabajo...) aunque sean compartidas por otras muchas personas. Esa será la manera más directa para que se genere la movilización y la lucha no se abandone, enfrentando el estereotipo en relación a la falta de constancia de los y las jóvenes (desde una concepción más amplia del compromiso, que se abordará en un epígrafe del capítulo 6).

—Moderador: *El compromiso ¿qué es? ¿Qué cosas generan compromiso?*

—*Muchas, desde la pareja, familia, trabajo.*

—*Un proyecto que te apasiona te genera un compromiso.*

—*Un favor.*

—Moderador: *¿Y a nivel social?*

—Nada que no te afecte crea compromiso, haberlo lo hay. Pero de alguna manera, como no ves algo en lo que se necesita ayuda directa ni en situación de penuria, no te ves involucrado [...]

—Han pasado cosas, a nosotros, en nuestra generación, hemos vivido cosas que no hemos luchado. Ha abdicado un rey, se ha puesto a otro. Son cosas muy serias para un país, y como generación más joven, más luchadora, más revolucionaria entre comillas, los jóvenes, siempre...

—Revolucionarios los jóvenes en los sesenta, ahora ya no.

—Eso es.

—Nosotros somos revolucionarios para otras cosas, pero justo para lo que sea protestar...

—Luchas particulares.

—Sí.

—Afrontamos los problemas que nos afectan directamente, en nuestro día a día.

—Sí.

—Hay un problema en mi pueblo, voy a intentar cambiarlo, voy a vincularme con no se qué, no. Hay un porcentaje muy aislado de gente que sí se vincula y mucho. Pero la sociedad actual no se vincula con un problema que no sea el suyo, que no le pegue en la cara.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

—El compromiso colectivo es que... Pues lógicamente, si hay algo en lo que... se necesite ayuda, si hay algo en lo que se te demande en ese sentido, y tú estés a favor de ellos... [...]

—Pero tiene que surgir de tu propio interés también, ¿no? [...] Si tú realmente no estás interesado por algo, no lo vas a hacer. Te puede interesar, pero te tiene... te tiene... A nivel de involucrarte. O sea, sí, a día de hoy te puede interesar millones de cosas, ¿no? Pero...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

A partir de esta perspectiva, que observa lo colectivo desde el prisma de lo propio, se apunta la inevitabilidad de "elegir las luchas" como mejor forma de resultar operativo, en una sociedad con innumerable cantidad de necesidades y frentes abiertos. Incluso desde los y las jóvenes más comprometidos, se señala que serán las necesidades e intereses personales los que orienten el compromiso y la lucha, sin que ello implique no tener conciencia de otros problemas y necesidades, pero sí tener conciencia de lo limitado del alcance de acciones sin coordinación, constancia ni recorrido.

—Yo, personalmente sí que considero que he sido y soy de meterme en luchas, obviamente tienes que elegir tus luchas también, porque no

puedes llegar a todo y no eres Superman. Y también creo que peleo por mi dignidad y por la de otras personas. Yo he estado años metido en representación estudiantil cuando estaba en el grado y tal, y han sido años que he hecho trabajo que a mí no, que nadie te paga por eso y lo haces porque crees en eso. Y luego he estado muchos años en activismo LGTB, de hecho ahora estoy haciendo la tesis sobre ese tema. Y también me considero aliado feminista, siempre que puedo echar un cable a mis compañeras voy a estar ahí y creo que es importante al menos comprometerte con algunas cosas activamente.

—Moderador: ¿Consideras que eso es una excepción, o que hay mucha gente?

—Considero que no todo el mundo se compromete, pero no todo el mundo puede comprometerse de la misma manera y repito lo dicho, tienes que elegir tus luchas. A mí me encantaría estar igual de implicado que estoy con el activismo LGTB, poder estarlo con el tema de Palestina o poder estarlo con SOS Racismo, pero no llego a todo. Llego a lo que llego y miro también por lo mío. Eso también es una verdad. Pero yo creo que todo el mundo puede implicarse un poco más, un poco menos, pero por lo menos partir de tener una conciencia empática y darte cuenta de que igual porque tú no sufras ciertas violencias no quiere decir que no puedas escuchar, informarte y negarte a picar el cebo de quienes quieren perpetuar esas cosas.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Sin esta implicación desde la esfera de lo personal se entiende complicado el compromiso, de tal manera que señala la necesidad de que se inculque y se eduque la curiosidad, la inquietud y la preocupación por temas sociales, por la gestión de lo colectivo, el cuidado de los recursos naturales y energéticos, y el respeto de los derechos humanos. La alusión a la educación siempre resulta recurrente y parece pertinente, si bien en buena parte de las ocasiones se emplea como un cajón de sastre desde el cual eludir parte de la propia responsabilidad.

—Si tú estás en tu familia perfectamente y no ves lo que hay fuera.

—Yo creo que nadie te lo enseña.

—Todos desde chiquitines saben por qué en África se pasa hambre.

—Pero siempre lo has tenido que oír de algún lado.

—O lo has tenido que ver.

—Al final te van a contar problemas, pues hay hambre, hay una guerra.

—Pero esas ganas de saber deberían surgir de nosotros, no que venga alguien y te lo enseñe, te diga, en África hay hambre, no.

—Ya desde pequeños te tienen que inculcar que te tienes que centrar en algo más que sólo en ti. Si desde pequeño te dicen, tienes que tener tu comida, tu buena vida. A un niño le van enseñando.

—Yo recuerdo de pequeña pensar “¿Por qué yo tengo esto y el otro no lo tiene?” Y preguntarlo, porque eso tiene que salir de nosotros, esa curiosidad de saber más y más. Y yo creo que los niños ya deberían crear yo, saber lo que es el mundo y tal, porque luego de mayores se van a llevar una hostia que van a flipar, cuando vean lo que hay fuera.

—Yo creo que tienes toda la razón, pero vuelvo a entrar, el problema está en la educación, la forma de la educación actual es sabotear las ilusiones de curiosidad de los chavales y las chavalas para que luego... no directamente, pero al final es lo que pasa, te aliena, te aburre, te cansa.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Mención aparte merecen los argumentos más descreídos en relación al interés por lo colectivo y la voluntad y la predisposición personal a un compromiso que trascienda lo personal, en una sociedad que entienden egoísta y materialista. Estas posiciones, que consolidan aún más un discurso asentado, basan sus explicaciones en la sospecha permanente sobre los motivos y las motivaciones, en dos sentidos. Por un lado, porque se considera que existen compromisos que se adoptan por influencia, por imitación, por adscripción voluble, o simplemente por moda, dudando sobre la implicación personal real.

—Cuando la sociedad sí que tenemos poder de... de reivindicación, por ejemplo. El caso de La Manada, ostras... La gente se unió para protestar sobre eso. Eso significa que la gente tiene consciencia de lo que está mal. De cómo podemos llegar a... a mostrarnos. Está claro que no vamos a salir a pegar a nadie. Pero si... si la arma que podemos utilizar es la protesta pacífica o... O levantando la voz, llámalo como quieras. Pero a mí eso se me dice que la sociedad sí que tiene ganas de luchar por algo mejor... Porque está viendo una injusticia. Y yo entonces... A mí, yo lo veo, y digo, ostras, pues lo estamos haciendo bien.

—Sabes lo que yo creo, que lo vemos bien porque es lo que nos quieren enseñar...

—Influenciables, influenciables.

—Realmente compromiso real de una persona...

—A lo mejor no tienes que ir a la manifestación si no quieres.

—Yo, por ejemplo, soy una de las personas que me he gastado cien euros por un carro de comida al día en el fin de semana solidario, y no se lo digo a nadie. El problema es...

- Ya lo has dicho.
- Sí, bueno... Lo he puesto como ejemplo...
- Sí. Te entiendo, te entiendo.
- Pero el problema que yo creo que la gente habla mucho...
- Pero realmente a nivel acción hay muy poco, como decía. El compromiso colectivo es importantísimo. Pero es importantísimo...—Sí.
- Parece que es importantísimo decirlo y quedar bien...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Por otro lado, porque determinada percepción marcadamente individualista y materialista deriva en una teórica regla de tres por la que si el compromiso, el esfuerzo, o el ejercicio de solidaridad, reporta algún tipo de satisfacción (beneficio personal, por tanto), será inmediatamente puesto en entredicho. Se tiende a considerar entonces que tal actitud solidaria será ejercida por motivos equivocados o sospechosos (el egoísmo), que se analizan en la misma dimensión que los motivos individualistas que conducen a la inacción o la pasividad social. Es decir, que bajo esta perspectiva, un tanto perversa, si el compromiso y la implicación social reporta ese beneficio inmaterial, quien así se comporte será tildado de egoísta (de tener motivos egoístas), de la misma manera que lo será quien nada haga por el resto. Como si todo acto de implicación colectiva y de compromiso social tuviera que ser sufriente, y deba implicar una renuncia que se entienda como tal, en el sentido de generar determinado sentimiento de pérdida. Desde este planteamiento no se concibe que pueda existir satisfacción en la entrega, y quedarían fuera de juego las personas para quienes emplear tiempo en causas sociales no implica sentir que se renuncia a ese tiempo (muy al contrario).

En función de esta línea argumental, que mezcla elementos del materialismo capitalista y de cierta educación católica, la prueba definitiva del "fraude" se proyecta sobre quienes, de forma más o menos voluntaria, escenifican ese compromiso, y muestran el mismo en público. Bajo la sospecha de que esas personas buscan un reconocimiento social (que sería la compensación que desvirtuaría la buena voluntad, así entendido), parece exigirse que todo ejercicio de compromiso y solidaridad quede oculto en la esfera de lo personal, y prácticamente sea escondido.

- Es que tienes que hacer algo que te gusta. Pero, para mí el...
- Te tiene que gustar y te... Te tienes que sentir bien haciéndolo, ¿no?
- Claro, pero para mí el beneficio colectivo es hacer algo que no te reporte a ti nada positivo por el bien de todos. Si me reporta algo positivo no lo compro...

—Pues yo creo que hay bastante.

—Por ejemplo, cada vez que hay un desahucio, hay gente que ni le va ni le viene, y hay gente que ahí está metido para que no desahucien a esa persona.

—Eso me parece... eso me parece... Que no te reporte a ti nada, eso sí me parece colectivo. [...]

—Hay mucha más gente que pisa al de al lado, que quiere su puesto de trabajo, que le hace la cama. Yo creo que en esta sociedad hay mucho más eso, que el beneficio colectivo de la beneficencia, de doy sin recibir. Yo... yo pienso.

—Por desgracia, sí. Yo también lo veo, conozco a mucha gente. [...]

—En valores, en lo que nos transmitía antes la iglesia, en... O sea, en cuanto a religión, los valores comunes de la religión yo creo que se están perdiendo totalmente. Y no lo digo por la religión, digo el... el dar sin recibir, el no hagas lo que no te gusta, el dar sin que te venga nada a cambio, no te metas en la intimidad del otro donde te molesta... O sea, yo creo que eso se está perdiendo, totalmente. Lo pienso.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Adoptando este prisma, desde la sospecha constante, casi nada vale: no valen las obras, los hechos ni el ejemplo, porque no se confía en las motivaciones. Precisamente por ello no se aceptan lecciones morales de nadie (aunque quizás nadie quiera darlas...), ni existe sentimiento de culpa por no encajar con esos modelos de comportamiento "buenista", adjetivo que se emplea con una intención del todo despectiva (de igual manera que ocurre actualmente en el contexto de determinado debate político).

4.2. SOLIDARIDAD Y TOLERANCIA

A pesar de que la autopercepción de los y las jóvenes tiende a ser muy crítica con la propia generación (y con la sociedad en su conjunto), desde algunas personas que trabajan y se relacionan habitualmente con ellos y ellas se destaca que son "más sociales", en el sentido de que son más solidarios y tolerantes.

Y lo cierto es que, cuando en lugar de analizar al conjunto de la población juvenil, se observan a sí mismos y a sí mismas, muestran una visión que apunta en ese sentido: en una escala de 1 a 10 (donde 1 es "nada" y 10 es "totalmente") los y las jóvenes consideran que son solidarios en un 7,86, y tolerantes en un 7,62 (Elzo y Megías, 2014; pág. 57).

En cualquier caso, las percepciones y expectativas en relación a la manera en que la sociedad va absorbiendo y asimilando esos cambios "sociales" (muchos de los cuales asumen que son abanderados por la gente joven: igualdad de género, aceptación de la diversidad sexual, inmigración) son cautas, y por ello en ocasiones se produce una ruptura entre lo que consideran que son valores a los que la población joven puede dar una relectura positiva, y la manera en que la sociedad en su conjunto y el contexto social hace más o menos operativos esos valores. Así, se puede producir la paradoja (conservadora) de que en una época marcada por las TIC, la inmediatez y la velocidad, existan cambios sociales demandados por la mayoría que se vean sometidos a procesos lentos y con constantes idas y venidas (es clásica la alusión al movimiento del péndulo en relación a determinados valores, como que a una época excesivamente tolerante le seguirá una intolerante, algo que se menciona respecto a la autoridad, o la libertad).

—Y que yo creo que, por ejemplo el tema de la diversidad, se necesita tiempo. Y el problema, como lo que decíamos, que lo queremos todo así. Y si no... el que no lo entienda es tonto. No, el problema es que tenemos... Yo creo que hay que evolucionar, hay que dar un poco de tiempo a... a cada tema. Tú de la noche a la mañana no puedes decir: "No, pues todo el mundo, el cien por cien de las personas tiene que... tiene que seguir, tiene que respetar la homosexualidad." Pues habrá gente que no. Y ni son peores, ni son mejores, sino que a lo mejor no son capaces de entender eso y... igual que tú no eres capaz de entender otra cosa, ¿no? Pero, yo creo que el... el problema fundamental es el tiempo. Y es como decíamos, que queremos todo instantáneo. Y el que no lo haga ya, está fuera. Pero tampoco... Yo creo que hay que tener algo de balanza...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Al hablar de solidaridad, lo primero que queda patente es que existen matices a la hora de interpretar el valor que ofrece la justa medida del mismo, o el tipo de percepciones y expectativas que pone en juego. Así, para definir el término emplean palabras como "ayudar", "compartir" y "dar a los demás, ser generoso". Desde la propia pretensión de definir el significado y alcance de la solidaridad, los y las jóvenes reconocen, de manera más o menos implícita, la confusión respecto a valores como la generosidad, frente al cual intentan enunciar algunas diferencias. En esta disquisición, se interpreta que la solidaridad implica una entrega incondicional (que "nace", sin necesidad de recibir nada a cambio), mientras que la generosidad sí tiende a asociarse a cierta reciprocidad, desde el momento en que se observa en relaciones cercanas y de primer grado, fundamentalmente de amistad.

En base a esta diferenciación, se tiende a señalar que los y las jóvenes "son muy solidarios con sus amigos" (Expertos en juventud, Madrid), o que son "más generosos pero menos solidarios" (Expertos en juventud, Valencia), apuntes que, en cualquier caso, determinan el alcance de la solidaridad hasta el límite de lo cercano. La diferencia, que en sí misma pertenece a un discurso mayoritario, puede enunciarse desde dos enfoques distintos: desde el más amable y optimista, se destaca la mayor implicación de adolescentes y jóvenes con quienes les rodean; desde la más crítica y negativa, se carga la atención sobre la imposibilidad de que esa generosidad aparentemente trascienda la frontera de lo cercano, desde una perspectiva de personas individualistas que primero miran por lo suyo.

—Yo creo que lo primero es empezar a comprometerse con la gente que tenemos alrededor, con nuestros amigos y así. Cuando ya hayas ayudado a esa gente ya si quieres empiezas a pensar en cómo ayudar más para arriba.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Se puede argumentar que el contexto y la mediación tecnológica provocan que esa diferenciación entre lo que está lejos y lo que está cerca desaparezca, o al menos pierda el sentido que tenía antes; y que esto difumine algunas distinciones entre la solidaridad con lo cercano y con lo lejano. Así lo apuntan algunos expertos, si bien lo hacen al mismo tiempo que señalan que tal tendencia "se diluye rápido" (Expertos en juventud, Madrid). A pesar de que algunas personas consideran que "en general, el carácter de los jóvenes es solidario", y que existe un convencimiento bastante asentado en la línea de que "a priori lo son, pero como sociedad damos mensajes confusos" que malograrían tal carácter (Expertos en juventud, Valencia). Mensajes confusos que incluirían cierta apropiación comercial de algunos movimientos solidarios que, a ojos de algunas personas, desvirtuarían la intención.

En la línea de esta percepción que tienen algunas personas en relación a que la solidaridad es un valor en cierta medida devaluado, y siguiendo la argumentación que ya se apuntó en el epígrafe anterior para valores como el compromiso (cuyo análisis es casi idéntico), las personas que parten de la sospecha constante (en relación a las intenciones, a los motivos, a la autenticidad...) inciden en un aspecto que supone una perspectiva muy concreta de la solidaridad, que no tiene por qué ser compartida por la generalidad, pero que en cualquier caso marca buena parte de las expectativas al respecto, y determina un sentido de las representaciones sociales: la solidaridad ha de implicar esfuerzo, sacrificio y renuncia, y si ello no ocurre no se entiende ni se asume la buena voluntad de la misma; de tal modo, que se llega a insinuar que todo ejercicio de solidaridad ejercido desde posiciones acomodadas es un ejercicio de egoísmo que pretende aliviar conciencias y mejorar

la imagen social. En este sentido, también se señala que la solidaridad "normalmente implica humildad" (Mixto, 16-17, taller Valencia).

—Aparte de eso, que tampoco nos quitamos nada que no suponga un esfuerzo, lo que damos son las migajas, lo que nos sobra. No vamos a dar algo que nos cueste en realidad. Si un tío por la calle nos está pidiendo un día de lluvia y nos dice "no tengo para una chaqueta y voy a pasarme toda la noche en la calle" y te quedan cinco minutos para ir a tu casa ¿Le das tu chaqueta? No, porque esos cinco minutos de camino a casa me voy a enfriar.

—Yo creo que eso es una situación puntual. Estás dando un paso, estás ayudando a un colectivo. Igual sí que se puede ver que te interesa lo colectivo pero es una parte de mil cosas que hay.

—Hay gente que también lo ve como quitarse cargo de conciencia; yo tengo dinero y te voy a dar a ti algo y me voy a sentir bien el resto del año, el año que viene vuelvo a hacer lo mismo [...].

—Ellos dirán "bah, pobrecitos, voy a ir al Congo y voy a donar el dos por ciento de mi sueldo" que será mucho, y lo hacen. Pero no entiendo esa repartición de bienes.

—Yo creo que el problema no es que lo donen o no, hay mucha gente que lo dona porque le sobra, pero creo que una persona para donar tiene que ser consciente de ello y saber la causa, saber por qué y querer de verdad.

—Es que en verdad es una cosa fácil, lo dono y ya está.

—Tienes que pensar en el problema, meterte en él, saber por qué estás donando, qué se va a construir. Al final lo que nos enseñan en el colegio, que te dan una charla; pues mira vamos a construir un colegio, si no estás integrado... buah, doy dinero. Dar dinero por dar no me parece bien [...].

—Lo que decías antes, si tenía que costar esfuerzo la solidaridad, yo creo que sí. No tiene que costar un esfuerzo como tal, pero yo creo que sí. No es realmente algo que conlleve un poco de esfuerzo, no es solidaridad, es simplemente migajas, paternalismo es sentirte bien contigo mismo porque te han enseñado que así es como tal, no sé.

—Yo muchas veces, hay veces que piensas, voy a ayudar a este, pero te estás ayudando a ti mismo también.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Esta concepción de la solidaridad asimila la misma a la limosna o la beneficencia, y en esa asimilación proyecta las connotaciones más negativas y las sospechas en torno a las motivaciones de quien así se muestra. En ocasiones, desde una

perspectiva de clase que entiende que quien tiene más recursos tiene la responsabilidad de repartir, por lo que su solidaridad (económica, material) no será tal, y será cuestión de justicia social. En el polo apuesto, la misma concepción exige a quien no se encuentra en esas posiciones acomodadas de ser solidario o solidaria de tal manera (si a quien es solidario porque le sobra no le supone esfuerzo, por qué voy a hacer yo el esfuerzo...), desde esa concepción desde la beneficencia, que sin duda ofrece sólo una perspectiva de un valor de mayor alcance.

—Cuanto más dinero tienes más responsabilidad tienes de repartirlo. Como el Estado, como tiene más dinero es el que tiene que pagar los hospitales, pagarlo todo. Una persona que gana mil euros y le sobran cien a fin de mes, pues tiene un deber moral de ayudar con su dinero y tal pero no tiene el mismo...

—Es que esa es la cosa, moral, no el deber de obligación.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Respecto a la tolerancia, las posturas teóricas son también tremendamente críticas, y diferencian de nuevo entre la esfera de lo personal y la esfera de lo colectivo. Ya en Megías (2014a; pág. 74) se señalaba lo siguiente a raíz de la relectura del valor tolerancia que provocaba la crisis: "Una sociedad asustada es una sociedad menos tolerante, menos dispuesta a aceptar lo ajeno. En el río revuelto de la crisis los discursos interesados y las posturas radicales encuentran terreno abonado, y explotan con éxito las debilidades y los miedos colectivos. Por otro lado, sin negar lo anterior, también es cierto que aparece un tipo de tolerancia cotidiana, claramente más efectiva, basada en la empatía con los problemas y las dificultades de otras personas, que ahora se viven más cercanas."

Aunque la coyuntura económica es algo mejor, resulta evidente el poso que ha dejado la crisis, y esa sensación de inseguridad e incertidumbre sigue instalada en la sociedad, de forma aún más cruda entre la población joven. En este sentido, algunos expertos señalan que "la respuesta contraria de una parte de la sociedad también se refleja en los jóvenes", que reproducirían discursos aprendidos, además desde una "polaridad fomentada por las redes sociales", e impulsada por la "energía adolescente" (Expertos en juventud, Valencia). Así, existirían posturas intolerantes que pueden ser minoritarias, pero que se muestran más vehementes y se hacen más visibles.

—Hay gente que es intolerante por naturaleza.

—Y no tiene nada que ver con ser más mayor o menor, va con uno mismo.

—Bueno, a lo mejor con el tiempo te puedes llegar a dar una sorpresa,

eso que te des un viaje y aunque seas intolerante te da la vida una sorpresa, que pasa muchas veces. De cosas que no te esperas y de repente...

—Pero creo que la mayoría de la gente en su día a día dice, este es intolerante, no entiende nada que no sea lo suyo.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Frente a esta polarización, en cualquier caso desequilibrada (la intolerancia puede ser minoritaria pero hacer más ruido), los y las jóvenes muestran cautela, y al mismo tiempo que afirman que "cada vez son más tolerantes" (Mixto, 16-17, taller Madrid), reconocen que "se tolera, pero se castiga mucho también" (Mixto, 16-17, taller Valencia). Concepciones, en ambos casos, que tienen mucho que ver con la tolerancia que se asimila a la necesidad de "respetar y aceptar al otro" (Mixto, 16-17, taller Madrid), sobre todo cuando se refieren a cuestiones de diversidad sexual o cultural, terreno en el que sí consideran que se han ganado cotas de tolerancia en relación a generaciones anteriores (como se verá más adelante).

A pesar de ello, en González-Anleo y López-Ruiz (2017; pág. 69) la valoración sobre la "tolerancia por las personas que quieren vivir de forma diferente al resto" era discreta, pasando del 5 en 1989 al 4,5 en 2016 (escala 0-10). Posiciones intermedias que, como en los discursos, muestran la tendencia a la polarización en relación al análisis de este valor.

Mientras el debate sobre si la sociedad es tolerante muestra argumentos tremendamente críticos, no hay duda de que en el plano personal la tolerancia se constituye en una de las principales aspiraciones, y se enmarca en la definición de lo que entienden por ser "buena persona". Cuando aterrizan el debate al terreno de lo que les rodea y es palpable, es cuando entra en juego esa tolerancia cotidiana, "sinónimo de empatía" (Mixto, 16-17, taller Madrid). Valor que manejan con frecuencia (quizás más que hace unos años), que reconocen y que les gusta encontrar en quienes les rodean y consideran amigos y amigas. Pero, precisamente por interpretarse que la empatía opera a un nivel muy cercano y personal (ponerse en el lugar de otro individuo), los argumentos más negacionistas o descreídos (como ocurre con el compromiso, la solidaridad y la tolerancia), alejan al valor de la esfera de lo social, y ponen de nuevo bajo sospecha las motivaciones que lo sustentan. Es decir, entender que se empatiza sólo con lo cercano, lo que afecta y lo que ya es propio, en un ejercicio de tolerancia que no implica esfuerzo (de nuevo el esfuerzo como medida de la autenticidad).

—Si no nos afecta no empatizamos con el de enfrente en nada.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

—Yo pienso que perteneciendo a un colectivo es más fácil sentir empatía hacia otro. Por ejemplo, las mujeres tendemos a tener más empatía hacia el colectivo LGTBI porque somos un colectivo aplastado, sí. Y entonces creo que también la gente que tiene una clase social baja tiende a tener más empatía porque ellos también han sido aplastados de alguna manera. Luego también es paradójico, conozco a gente que siendo mujer no siente empatía, ni siquiera es feminista. Pero creo que es más fácil tener unos valores y que los valores se basen en algo más positivo.

—Tener algo en común con alguien.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

También cabe señalar que existe una tendencia importante a abordar la empatía desde lo material, desde el sufrimiento que implica la falta de recursos y las dificultades de subsistencia (en la línea de la solidaridad como caridad y beneficencia), de tal manera que se duda de la capacidad de empatía de la clase acomodada, o de su buena voluntad, a partir de lo que se entiende es el acomodamiento de clase.

—Según la clase social, si estás en una clase inferior... a ver, si tienes tus necesidades básicas cubiertas, si estás en una clase inferior pero no tienes nada, lo primero que vas a buscar va a ser tu vida, buscarte la vida. Yo creo que si estás en un estrato más bajo estás más en contacto diario con el resto de personas y de colectivos que están en ese estrato y puede que tengas más inquietudes y motivaciones por cambiar eso. En cambio, si estás en un estrato superior, estás entre algodones [...].

—Yo es que no sé, soy clase social media. Pero sí que tenemos que la clase alta en todo lo que llevamos hablando decimos, los ricos no ayudan. Y no sé si... no conozco y no puedo decir, son así. No conozco que porque tengas mucho dinero no ayudes ni porque tengas mucho que ayudes. Creo que entre clases hablamos unos y otros y otros de uno sin saber.

—Habrá de todo.

—Generalizamos mucho, tendemos a meter todos al mismo saco.

—Los prejuicios. Pero tú preguntas a un rico y para los ricos el desempleado es un vago, no habrá estudiado nada, no habrá hecho nada.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—Aparte tenemos difícil llegar a entender, bueno, nunca vamos a llegar a entender cómo vamos a estar en una situación de pobreza o así,

porque nunca lo hemos vivido como tal. Pero si para nosotros ya es difícil, imagínate para una persona que ha tenido toda su vida una mansión increíble con una piscina enorme, que no le ha costado nada en su vida, que siempre lo ha tenido todo. Es todavía el triple de difícil. Y creo que tiene más valor, tampoco más valor, pero como que ha llegado más allá una persona que ha estado en el nivel de pobreza y luego...

—Porque no ha podido tener esa empatía sin haberlo vivido.

—Eso es.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

5. DESDE EL CONTEXTO TECNOLÓGICO

5.1. NUEVOS PATRONES, NUEVOS CONFLICTOS, NUEVAS NECESIDADES EDUCATIVAS

Resulta evidente que el escenario tecnológico en el que viven adolescentes y jóvenes (como el resto de la sociedad), y la constante presencia de las redes sociales, determina y redefine (casi continuamente) las formas en que se comunican y relacionan, y buena parte de las expectativas, prioridades y valores que ponen en juego. No se puede realizar un estudio sobre valores sin abordar algunas cuestiones relativas a este contexto tecnológico (además porque los discursos están plagados constantemente de referencias al mismo), si bien conviene aclarar que un análisis pormenorizado de la influencia de las TIC en la comunicación y las relaciones juveniles requiere de un acercamiento mucho más específico y orientado, que no es el caso del presente estudio¹. Así que en este capítulo se abordarán los contenidos que surgieron en los grupos al hilo de las reflexiones sobre valores, prioridades, expectativas y cambios sociales, en relación al peso específico de las mediaciones tecnológicas, fundamentalmente en lo que se refiere a las redes sociales.

Ante todo, cabe destacar que el acercamiento debe tener en cuenta que la combinación y complementariedad de lo *online* con lo *offline* procura un escenario general con reglas distintas, además, cambiantes. Como señalan algunas personas expertas en juventud, este contexto genera "conflictos que nosotros no teníamos", pues "juegan en un terreno de juego diferente, con unas normas diferentes, donde es más difícil jugar" (Expertos en juventud, Valencia).

En relación a esta consideración, cabe hacer dos apuntes. En primer lugar que, desde las personas adultas se tiende a proyectar esta circunstancia sobre los y las jóvenes, cuando el espacio es compartido y el escenario es global. En segundo lugar, que existen "conflictos en espacios nuevos, pero que son conflictos humanos conocidos" (Expertos en juventud, Valencia). Conflictos cuya expresión más

1. Para este análisis más detallado se puede acudir a Lasén (2010), Megías y Rodríguez (2013), Megías y Rodríguez (2018), Ballesteros y Picazo (2019).

preocupante pueden ser las dinámicas de control, y las nuevas maneras en que se manifiestan las relaciones personales insanas, en las que la herramienta facilita cuestiones que ya podían existir (los celos, la necesidad de control, la frustración e irritación), pero que ahora encuentran nuevos canales para manifestarse. En este sentido resulta evidente que los y las jóvenes se enfrentan a un escenario distinto, en el que deben ser educados y educadas.

Ambos apuntes, por tanto, conducen a pensar que, lejos del falso mito de los "nativos digitales" (que genera una brecha generacional más simbólica que real), lo que diferencia a adolescentes y jóvenes no es tanto su mejor o peor capacidad para desenvolverse con la tecnología, sino que lo tienen que hacer en un momento vital en el que están en formación y asentando su personalidad, y se enfrentan a procesos de socialización complejos en relación a los cuales parece que aprenden sin mayor ayuda que la intuición y la práctica del ensayo-error. Entonces se hace evidente la necesidad de una educación tecnológica y sentimental al respecto, pues mientras en el espacio *offline* nadie discute la necesidad de formación, respecto al *online*, y a la manera de combinar lo *online* y lo *offline* (las relaciones ya no pueden considerar uno sólo de los espacios), se tiende a dejar el asunto en manos de jóvenes a quienes se atribuye una supuesta capacidad innata para desenvolverse en contextos complejos, con claves, normas y referentes en constante construcción y revisión.

—También creo que eso es uno de los fallos de la educación. En la educación te deberían enseñar a utilizar un móvil de manera útil, ¿sabes?, y no como lo hacemos nosotros... Porque es que, o sea, es que un móvil puede ser algo tan útil y tan necesario. O sea, lo tienes todo ahí dentro...

—Sí, sí, sí. Es todo.

—O sea, todo lo que quieras saber lo tienes ahí dentro. Pero es que no nos han enseñado a utilizarlo.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Desde esta necesidad de formación, los argumentos apuntan algunos elementos que se hacen evidentes en este contexto tecnológico. Por un lado, que la información alcanza en los discursos prácticamente categoría de valor, entendido como la necesidad de estar "conectado/a" a todo lo que pasa, además con la máxima velocidad y en tiempo real. Acceso a la información que se interpreta que se ha democratizado, sobre todo en relación a quienes encarnan el poder, que ahora no pueden controlar todo el flujo de contenidos que circula libremente por la Red. Pero precisamente se apunta que "porque tienen más información, necesitan más educación" (Expertos en juventud, Valencia), señalando muy especialmente lo importante de, por un lado, tener capacidad de cribar y

contrastar lo que es verídico y lo que no, lo que es útil y lo que no; y, por otro lado, lo complicado de poder asimilar todo ese flujo de información, que muchas veces se recibe sin mayor reflexión, de tal manera que como viene, se va. Por no hablar de la necesidad de ser consciente de cómo el tipo de información que se recibe y se da por sentada depende de determinados algoritmos, que guían y redirigen las búsquedas.

—Ahora sabemos lo que pasa en la otra punta del mundo, estamos muy informados.

—Sobre todo lo que ha dicho él de la comunicación, ahora es todo inmediato, con un clic tenemos información de lo que está pasando en cualquier sitio, sabemos si está bien ir a tal ciudad porque pasa algo o no pasa nada. Podemos saber todo, que no es bueno saber todo de todo, porque al final no sé...

—No sabes nada.

—No sabes nada, es eso, la sobreinformación.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

—Yo pienso que sí que es bueno que ese haya democratizado el acceso a la información.

—Se ha democratizado entre comillas.

—Al final accederás a lo que te interesa o a lo que quieres, pero en realidad antes estaba más controlado lo que le llegaba a la gente.

—Estaba como en China, que estaba todo filtrado.

—Eso es, ahora es más fácil que haya fuentes de información alternativas, que te cuenten datos que no sean los que les interesa a quienes antes ponían las reglas del juego, que obviamente siguen teniendo muchísimos mecanismo para controlar cuál es el relato que se impone. Pero siempre puedes acceder a medios alternativos o directamente una persona puede sacar una fotografía o algún video de algo, colgarlo en internet y provocar un impacto de la leche.

—Antes, lo que veías en las noticias te lo creías o no te lo creías, pero es que ahora tú puedes contrastar todo en tu ordenador, ves un canal, otro, dicen lo mismo o no, vas a internet y puedes encontrar algo completamente diferente a lo que están diciendo.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Ante esta circunstancia, se hace hincapié en la necesidad de generar y buscar un conocimiento crítico frente a la avalancha de estímulos, algo que requiere de una predisposición y una formación adecuadas, en la línea de las necesidades

educativa planteadas. Es entonces cuando se apunta la importancia del escepticismo y la capacidad de dudar, de no dar nada por sentado, en una postura que puede derivar en un estado constante de desengaño y relativismo.

—Para mí, en ese sentido creo que hemos evolucionado de manera positiva, porque ahora hay mucho ruido en la información que quieres consumir, pero sí que es verdad que al final te puedes quedar con diferentes perspectivas. Creo que como generación hemos evolucionado muchísimo, creo que somos una generación que nadie da nada por sentado. Es que me lo ha dicho la tele, el periódico. Te crees la mitad de lo que te cuentan.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

En el lado contrario, el de la información sin reflexión ni asimilación, se genera un clima que desactiva los pensamientos críticos, retroalimenta las opiniones que se circunscriben a lo propio, y refuerza las posiciones dominantes y polarizadas. Acomodamiento frente a espíritu crítico, que se concretaría en que "el mundo viene a ti, en lugar de ir tú al mundo", y en que la participación y el compromiso social se circunscribe a otorgar likes.

—Yo creo que la sociedad ha evolucionado hacia una sociedad mucho más egocéntrica, al final la gente se queda con sus redes sociales en su casa y no mueve un dedo pero para nada, cuando en realidad miras, por ejemplo en Francia, les han subido los impuestos...

—Perdona, la lucha colectiva es darle al Facebook al me gusta.

—Eso es.

—O firmar una petición en Change.org aunque luego eso tenga que ir del Congreso al Senado y del Senado... no sé cómo iba.

—Si tú estás de acuerdo con un lado o con el otro en ningún momento haces nada por expresarlo ni por ayudar a unos y a otros, tú estás en tu sofá viendo lo que pasa en la tele.

—Expresas tu opinión a los cercanos, pero se queda en eso.

—Eso es.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

En este sentido, se interpreta que tantos estímulos externos pueden llegar a desestimular, y a provocar un excesivo acomodamiento. Es lo que algunas personas entienden como la versión contemporánea del "pan y circo", desde el momento en que lo asimilan con una forma de control propiciada por la generalización de un estado anestésico que imposibilita la reflexión y el cuestionamiento de las cosas.

—Se ha convertido en un arma, pero creo que después de visto que también es algo con lo que nosotros también nos dejamos llevar por eso, hacer cosas para luego publicarlas, que tu interés diario sea, a ver qué hago hoy para luego contarlo yo creo que eso es algo de lo que luego se han aprovechado estos políticos, estas personas que se dedican al control. Se han unido al carro para decir, bueno, a ver qué me puedo llevar yo de aquí. Al final se ha globalizado.

—Pero porque funciona.

—Hombre, claro.

—Es lo que hacían los romanos, pan y circo. Nos dan el circo y nosotros nos enganamos a eso y eso nos quita tiempo de pensar en otras cosas que realmente deberíamos pensar. Estamos en una sociedad que está anestesiada completamente, si no es por la droga es por las tecnologías o cualquier tipo de cosa. Pero estamos todos anestesiados.

—Al final estás todo el día metido que si en Instagram, que si en Twitter, viendo lo que hace la gente y es como que quieres ser como ellos y no piensas en ti, piensas en lo que los demás están haciendo.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Una consecuencia de la inmediatez que procuran las TIC sería la impaciencia, que en este sentido no es incompatible con el acomodamiento, precisamente porque la forma más sencilla y directa de calmar la impaciencia es permanecer inmóvil frente a la pantalla recibiendo la mayor cantidad de estímulos posibles.

—Pero en qué parte piensas que perdemos... Yo no pienso que perdemos valores. O sea, yo no considero que mi yo de pequeña sea muy diferente... A ver, habrá algunas cosas, pero... Lo que yo creo que estamos en el mundo de la inmediatez, que queremos todo y lo queremos ya. Y...

—Ya bueno, eso es también por lo que... Bueno, las nuevas tecnologías... Lo que se está implementando, que eso es lo que hablabas tú de que nos volvemos muy cómodos.

—Total.

—Yo pienso un poco igual que tú con lo de las nuevas generaciones, de que ya todo está hecho. Todo está hecho, ¿sabes? Y no sé con quién lo hablaba... tenía una conversación hablando de esto un poco, de que... pues eso, la gente joven no sabe esperar, ¿sabes? No sabe esperar a...

—Moderador: ¿La gente joven?

—Perdona, la gente aún más joven que nosotros.

—Moderador: ¿Vosotros sabéis esperar?

—Sí, pero bueno, estamos perdiendo la costumbre. Estamos perdiendo un poco por lo que nos meten... Bueno, de las nuevas tecnologías. Lo tienes todo ya.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Más allá de lo que todo ello influye a la hora de informarse, participar y comprometerse, algunos expertos señalan que "preocupa el tema de la creatividad y el aburrimiento", asociado a este acomodamiento (Expertos en juventud, Valencia). Desde los y las jóvenes también se apunta a que la comodidad de tener todo al alcance de la mano puede derivar en sedentarismo y pereza, pero tienden a circunscribir esta preocupación a la manera en que se pueden desvalorizar las relaciones personales, precisamente por la presencia constante a través de redes sociales y sistemas multipantalla.

—Yo lo resumo en que nos hemos vuelto muy cómodos. Lo he dicho antes, pero es que lo vuelvo a decir: todo lo que estamos hablando es muy cómodo. No te dice de quedar, pues bueno, le escribo, me contesta. Ya le he hablado esta semana ya, buah... La siguiente. Todo es muy cómodo. Llegamos a casa de trabajar, y es que es muy cómodo. Que bajarte a la calle, volver a cambiar y tal. Nos volvemos muy cómodos, y creo que ese es el problema que... que tenemos.

—Yo creo que si nos volvemos cómodos es porque quizá no hemos experimentado el echar de menos... el sentirte sola...

—Es importante.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Yo llego a casa, me encierro en la habitación y estoy con el móvil. No paso tiempo... no paso tiempo así con... Ni mis hermanos ni nada.

—Yo a lo mejor, mi madre está en la cocina, y yo estoy en mi habitación, le llamo yo, porque me está gritando y le digo: "¿Qué quieres?"

—Vaya, jaja.

—Eso yo también lo he hecho alguna vez, ¿eh?

—Nos hacemos más vagos, más cómodos.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Estos argumentos forman parte de lo que se entiende es el deber ser de las relaciones sociales, que conduce a acentuar las contrapartidas menos positivas de las mediaciones tecnológicas como exhibición de que se sabe que las relaciones *offline* son las "importantes" (hincapié que deja de tener sentido en un contexto en el que ya no se puede desligar lo *online* de lo *offline*). En este sentido el tópico

imperante incide en que las TIC, aunque propician mayores posibilidades de comunicación, procuran relaciones más "impersonales" y menos "humanas", argumento que se enuncia de memoria y casi sin parpadear, al mismo tiempo que se glosan todas las ventajas y las satisfacciones, en términos de relación y socialización, que procuran las redes sociales².

Desde las personas expertas en juventud también se trasluce esta dualidad, que no tiene por qué resultar contradictoria, y se apunta que adolescentes y jóvenes "agradecen mucho la comunicación directa, incluso quizás más, porque se produce menos", y que también "tienen la necesidad de hacer cosas en grupo, de hacer cosas creadas por el grupo" (Expertos en juventud, Valencia). Es decir, que desde el contacto *online* también se refuerzan lazos de comunicación y participación que trascienden lo virtual, por no hablar de las posibilidades que ofrece para mantener relaciones que de otro modo sería complicado sostener. Por tanto, argumento que va más en la línea de la redefinición y de dotar de nuevos sentidos a los diferentes tipos de relaciones, que en clave de pérdida.

—El hecho de conocer a la gente como era antes, interactuar y tal. Ahora le mandas un like y que te vea la foto, eso se ha perdido mogollón, el hecho de intentar interactuar, conocer a una persona nueva que no sea a través de un móvil o de un dispositivo, eso era precioso, vamos.

—Menos humanos.

—Sí, totalmente.

—Se pierde el trato al final, dejas de tener trato directo con la gente porque lo tienes a través de una pantalla del ordenador, del móvil, de lo que sea.

—Es un trato muy impersonal.

—Yo creo que es fácil y todos vemos las cosas malas que puede tener concretar por redes sociales o lo que sea, pero también tiene ventajas.

—Claro, mantienes el contacto con gente.

—Yo sé que hablo todos días, me paso fotos de mi día a día, vídeos y me mando audio con mi cuadrilla de mi pueblo, que sé que si no tuviera esa vía de comunicación probablemente les vería una vez al mes e igual hablaríamos por teléfono otra vez al mes, pero yo interactúo todos los días con ellos.

—Pero tú les conoces desde pequeño, antes de que hubiera redes sociales ya les conocías, ya tenías un vínculo con ellos, eso ha sido una extensión para comunicarte con ellos.

2. Gordo y Megías (2006); Megías y Rodríguez (2013).

—Tampoco estoy de acuerdo. Hay comunidades virtuales en que la gente puede encontrar a otras personas que tienen sus gustos comunes que igual en su espacio de vida físico no encuentra.

—Y al revés, hay perfiles en las redes que son playas... que no son reales.

—Yo ya os digo, creo que es superfácil criticarlo, pero no creo que sea todo malo.

—No, no.

—Ni nosotros. Probablemente tenga más bueno que malo, pero bueno, cada uno con sus intereses. Una persona que ves todos los días y sigues hablando todos los días por WhatsApp igual quedas para tomar algo y no tienes nada que hablar. Pero en tu caso con gente que no ves tan habitualmente, del pueblo o lo que sea, es una ventaja enorme.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Con independencia de que esto ocurra, lo cierto es que sí es relevante percibir cómo se explica la dificultad a la hora de dotar de contenido a cuestiones como la soledad (y la necesidad de estar solos/as), o el echar de menos a alguien (porque todo el mundo está siempre ahí, en la pantalla).

En cualquier caso, se ensalza la comunicación como un valor en sí mismo, desde el momento en que se considera que internet y las redes sociales la han situado en otro nivel, con ventajas y desventajas, pero que propician mayores posibilidades para relacionarse que nunca. Tecnología que genera nuevos vínculos y procura una presencia constante que puede asentar y reforzar lazos personales ya existentes, o generar otros nuevos.

Todo ello, por supuesto, reajusta las expectativas a la hora de relacionarse, y multiplica y complejiza los tipos de relaciones y el modo en que se establece la comunicación con las diferentes personas, que habrá de atender a los diferentes medios, plataformas, códigos, lenguajes, aplicaciones, normas de comportamiento y expectativas *online*, etc., además de a las consideraciones que ya se tienen en las relaciones cara a cara.

—Eso también es algo que... A mí, me estoy dando cuenta ahora. Yo no soy de Madrid, entonces estoy lejos de mi familia. Cuando vivía en Inglaterra estaba lejos de mi familia, y recibir un WhatsApp, o que alguien te diga: "Oye, hacemos Skype". Porque físicamente no era posible verme en ese caso. Pues lo agradeces, y lo valoras después de la distancia. Y en ese sentido yo me siento muy afortunada, y es algo que yo intento transmitir también a mis amigos. Eh... Pues hoy me acuerdo de ti porque paso por la calle y esta calle se llama calle Damián. Ostias,

pues escribo a mi amigo Damián. De repente veo... mmm... un de esto de chocolate y me acuerdo de ese día que hicimos fondant de chocolate con mis amigas, pues les mando una foto. Entonces, no dejar de hacer esas cosas para mí es importante, porque quizá has tenido un mal día, y el recibir ese mensaje, esa foto, esa... ese audio, puede cambiarlo. Y yo por lo menos, intento hacerlo.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

En el contexto del discurso que apunta a lo impersonal de las relaciones mediadas por las TIC, cabe señalar cómo las diferenciaciones entre los "buenos usos" y los "malos usos" siguen el mismo patrón argumental que ya se vio en el último apartado del capítulo 3, sobre la proyección en clave de pérdida de valores, asociada a unos recuerdos de infancia que teóricamente los diferenciarían de los niños y las niñas de ahora. En relación a la tecnología se manejan escenarios diferenciados, de una forma cuando menos discutible cuando quien lo hace es un adolescente o joven que está en la veintena. Y es que se alude a lo que entienden es una capacidad propia para encontrar el espacio híbrido entre lo *online* y lo *offline*, en base a lo que consideran es una infancia y adolescencia (la propia) desarrollada lejos de las pantallas (o, al menos, no completamente dentro de ellas), cuando lo cierto es que la eclosión de las redes sociales les afectó de lleno. No en vano el estereotipo en torno a los *millennials* (generación marcada por el uso y la familiaridad con la tecnología, internet y las redes sociales) abarca a las personas nacidas entre el comienzo de los años ochenta y mediados de los noventa. Es decir, que la mayoría de las personas participantes en los grupos no es que no sean *millennials*, es que son de una generación posterior, más socializada aún en la expansión masiva de internet y las redes sociales.

Por tanto, discursivamente manejan argumentos que, aunque enunciados por los y las jóvenes de mayor edad, aluden a recuerdos, mitos y símbolos que generacionalmente apenas les corresponden (como jugar en la calle con peonzas o chapas, por poner un ejemplo que citan), como forma de diferenciarse de quienes son más jóvenes (con independencia de la edad), que serán quienes encarnen los "malos usos". Y todo ello desde el ejercicio de equilibrismo que supone asumir su día a día en relación a la tecnología (de la que no hay rubor en señalar que se "depende"), y glosar todas las ventajas y posibilidades que ofrece y sin las que no se concibe relacionarse. Bien es cierto que los cambios tecnológicos son vertiginosos (entre otras cosas porque la industria de las TIC se asienta sobre la sospecha de la obsolescencia programada), y constantemente aparecen nuevas aplicaciones y nuevos lenguajes que redefinen la comunicación. Pero ello no resulta suficiente para que jóvenes en la veintena se desliguen de unos usos tecnológicos que protagonizan y definen.

—Es que nosotros hemos visto el... un paso muy grande con las tecnologías. A nosotros nos han... Nosotros, yo he podido... Yo puedo decir que he jugado a las peonzas y que he jugado a los cromos y esas cosas.

—Yo también.

—Exacto.

—A las chapas.

—Las chapas.

—Quizá sí.

—O sea, he estado con cosas físicas y cosas digitales, y he puesto un poquito la balanza y he hecho una y otra... Y, entonces, me he sentido... Me siento un privilegiado.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Yo creo que hemos crecido en un momento en el que estábamos transitando hacia la era digital y hemos tenido una niñez muy offline.

—Eso sí, somos muy digitales para unas cosas.

—Hemos aprendido a ser digitales en nuestra postadolescencia entonces eso tiene sus ventajas porque somos un poco híbridos. Los chavales que están ahora con cinco años ya tienen una tablet.

—Eso marca.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

5.2. IMAGEN, INTIMIDAD AMPLIADA, Y UNA NUEVA MIRADA A LA LIBERTAD

En la comunicación y las relaciones mediadas por la tecnología resulta evidente el peso de la imagen, y la manera en que tener una "buena imagen" y "cuidarla" (es decir, ofrecer la cara que se quiere en cada medio, en cada red social, en cada momento) alcanza una nueva dimensión como valor de nuestro tiempo. Los archivos audiovisuales forman parte esencial de la gestión de los perfiles en redes sociales, y determinarán buena parte de la manera en que el resto de personas perciben a cada individuo, y generan sus expectativas en torno a él o ella. Conscientemente se eligen fotos, temas, momentos, redes sociales concretas, se hacen más públicas o más restringidas, se acompañan de comentarios, etc., en un ejercicio en el que consciente y deliberadamente se ofrece al mundo el perfil deseado; algo que sin duda pone de manifiesto muchas de las prioridades y valores que se ponen en juego en la comunicación juvenil (y no tan juvenil), y la manera en que cada persona la asume y maneja.

Desde posiciones más adultas se habla de una "necesidad de exhibicionismo" (las y los jóvenes también manejan este argumento, pero generalmente para otras personas) que concede excesivo valor a la imagen. Algo que, según apuntan, "limita muchísimo las posibilidades de acción de la persona" (Expertos en juventud, Madrid), que se vería sometida a la esclavitud que supone la necesidad de revisar y poner al día el perfil público, además con la referencia del examen constante que supone cuantificar el número de *likes*, baremo que retroalimenta esa necesidad. Desde el momento en que el número de "me gusta" permite cuantificar de alguna manera las relaciones y los vínculos, el cuidado de la imagen (entendido como el cuidado del perfil *online*) adquiere una importancia esencial para las personas perfectamente integradas en la comunicación vía redes sociales.

Otras personas hacen hincapié en cómo la importancia concedida a la imagen influye en la autoestima, circunstancia que se hace aún más importante en épocas adolescentes. Además, el argumento señala que la presión y el sometimiento al cuidado de la imagen en un medio tecnológico complicado, con normas y claves que es necesario ir aprendiendo (frente al mito de los nativos digitales), en muchas ocasiones a partir de tropiezos, desengaños, o desencuentros, puede provocar que los y las jóvenes "valoren mucho la honestidad y las relaciones de tú a tú" (Expertos en juventud, Valencia).

En relación a esta afirmación, conviene apuntar que en un mundo en el que el yo *online* y el yo *offline* componen dos caras inseparables de una misma moneda, de una realidad de la comunicación y de las relaciones personales (y de cómo se gestionan), que ya no se puede negar, sería un error situar la honestidad, la cercanía y la veracidad (las relaciones "reales") sólo en el plano de lo "físico" (las relaciones cara a cara). Porque cuando las relaciones tienen varios canales y la persona se expone desde diferentes medios, a partir de las características de cada medio, el "tú a tú" de las relaciones implica tanto el terreno *online* como el *offline*, y es en la adecuada y consciente combinación de ambos *yoes*, en combinación con los *yoes* de otras personas, donde se encuentran y asientan las relaciones que se aprecian y generan afectos. Es decir, que la respuesta a la presión que puede suponer la gestión de las redes sociales no parece ser salir de ellas (algo que se antoja improbable, si bien pueden existir momentos de cierto rechazo por saturación), como aprender a usarlas de manera consciente, racional y consecuente.

En cualquier caso, los propios discursos juveniles están plagados de un análisis que hace hincapié (una vez más) en las pérdidas, desde la confrontación de lo *online* con lo *offline*. Argumentos que parten de cierta sobreactuación en relación

a lo que el imaginario colectivo asimila como males de la comunicación virtual, también como escenificación del deber ser de las relaciones sociales, ante la evidencia de que los comportamientos y hábitos concretos caen precisamente en los aspectos que se critican. Es decir, que se señalan cuestiones como la excesiva presencia de pantallas en la comunicación, o la excesiva dependencia y cuidado de la imagen *online*, y se enfrentan a cómo la representación social entiende que deben ser las relaciones ("físicas", sin tanta injerencia *online*), al mismo tiempo que se reconoce que la combinación indiferenciada de los planos *online* y *offline* es algo que tienen totalmente integrado, de tal modo que se realiza de forma instintiva y natural. En definitiva, que es su manera de relacionarse, sobre la cual deben aprender.

—A ver, es que realmente, aunque como he dicho no le demos el uso que toca, el móvil hoy en día es muy necesario, ¿sabes?... Muy necesario. Ya para como para comunicarte con tu familia, o para enterarte de lo que está pasando en el mundo.

—Pero antiguamente no había móviles y la gente se comunicaba igual.

—Bueno, yo diría que disfrutaban más de las cosas...

—De la vida.

—Sí, tal cual.

—Ahora, por ejemplo, te subes a una montaña y te subes para hacerte un par de fotos desde arriba...

—Claro, claro...

—Hoy no... no disfrutas por dar un paseo, vas haciendo fotos, vas haciendo vídeos, vas... O vas al concierto y no estás viendo el concierto...

—Estás grabándolo.

—Eso sí que me revienta, o sea, yo estoy en un concierto y veo cuatro filas delante de mí a todos con el móvil, y cogía el móvil y se lo rompía en la cabeza.

—Ya, pero a veces también se hace inconsciente.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

En ocasiones se puede pecar de juzgar el comportamiento adolescente y juvenil desde una perspectiva adulta, que no tiene en cuenta una parte importante de las claves a partir de las cuales se relacionan. Esto es algo que algunas personas expertas en juventud apuntan, afirmando que "a veces tratamos a los jóvenes como tontos... no, no: ellos saben lo que están poniendo, porque tienen que mantener un perfil en las redes. Otra cosa son las consecuencias" (Expertos/as en juventud, Madrid). En este punto se hace de nuevo evidente la necesidad de una educación específica en relación a la comunicación *online*, y a las

consecuencias que puede tener el rastro digital que se va dejando en la gestión de los perfiles personales y la actividad *online* (las políticas de privacidad, el aprovechamiento de la información personal por parte de otras personas, la circulación indiscriminada de imágenes comprometedoras, la posibilidad de geolocalización, etc.). En las conversaciones de los y las jóvenes en relación a la gestión de la imagen y de la privacidad, la principal preocupación que se manifiesta (y de forma muy general) es la relativa a la manera en que la huella digital que se va dejando pueda perjudicar en un futuro, en relaciones personales o (sobre todo) en el mundo laboral. Frente a ello, también se maneja el concepto de la nube como espacio de almacenamiento de recuerdos; utilidad que, aparentemente, compensaría otros riesgos.

—Al final el tema de la intimidad ahora para lo único que lo utilizamos es cuando te dan esas charlas en el colegio; esto después va a ir a tu trabajo, cuando te vayan a coger en el trabajo van a ver tus fotos. Yo creo que es para lo único para lo que nos damos cuenta de verdad, para lo único que nos inculcan lo de la intimidad, para tu futuro, para que no tengas fotos que vayan a ver mal, sólo para eso.

—Y ya no es sólo eso. El miedo a que puedan hacer con ellas lo que quieran.

—Pero eso creo que lo vemos muy lejano.

—Que esté mi identidad ahí.

—No, pero eso que dicen de, van a acabar tus fotos en qué página...

—No es sólo tus fotos, es que saben dónde vives, todo.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—O la metes en un pen, o tienes un sitio que sepas que van a estar...

—En el ordenador.

—En el móvil.

—Pero después te lo cambias y...

—Pero es que los móviles se rompen a veces...

—Claro.

—Luego las perdemos y no las tenemos.

—En la nube. Ahora tienes la nube, ¿sabes?, y así ves...

—Claro, por eso lo tienes ahí y ya...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

A la hora de abordar la importancia que se concede a la imagen, los y las jóvenes analizan la manera en que se gestiona la misma dentro del colectivo y en relación a los pares, de tal manera que la comunicación se basa en una doble mirada, por la que quien mira puede tener tanto peso a la hora de dotar de significado a lo

que ve, como quien transmite. Por tanto, se generan contextos en los que la proyección de la imagen se realiza sabiendo lo que espera quien está al otro lado (que seguramente será distinto según el tipo de red social), en un proceso que puede retroalimentar clichés y estereotipos, como reconocen en ocasiones: plataformas para mostrar la cara más amable y feliz de la persona (parece complicado que alguien quiera mostrar sus miserias, aunque en ocasiones se censura el exhibicionismo sentimental de algunas personas), en un ejercicio que se entiende de artificio y apariencias, pero cuyas reglas y claves son conocidas, motivo por el cual ninguna persona se siente engañada. Parece evidente que participar del juego del artificio es algo que no sólo no preocupa, sino que divierte y entretiene. También que los argumentos en ocasiones desprenden cierto aire de cinismo, pues no siempre la importancia que se concede a ese tipo de comunicación es tan liviana o banal, y tiene un peso específico a la hora de asentar y consolidar relaciones. De igual forma que muestran la forma en que se escenifican valores como la felicidad o el éxito (social) que, aunque desde una actitud desenfadada y hedonista, se sitúan en un primer plano de sus aspiraciones y condicionan parte importante de la gestión de la propia imagen.

—Qué es lo que nos preocupa de nuestra sociedad, creo que sería una manera de describirlo. Una palabra... aparentar. Nuestra sociedad es aparentar constantemente, todo el mundo. Y en algún momento todas hemos querido aparentar, de pequeñas hemos visto a gente a nuestro alrededor queriendo aparentar algo que no es, o que todo va bien. Incluso en cosas pequeñas sí que nos han enseñado a aparentar.

—Sí, o a autoengañarnos.

—Moderador: ¿Aparentar qué?

—La imagen que tú quieras crear.

—Lo que hace la mayoría, la sociedad.

—Que estás feliz.

—Moderador: Pero qué pasa ¿Si alguien está triste no está bien visto?

—O que tiene un problema, que es raro, que algo va mal. Simplemente por ser feliz ya parece que...

—Eso, que no ser feliz es ser menos que alguien que sí lo es.

—O ¿por qué eres feliz? Yo también quiero.

—Y si eres depresiva... Bah, sólo quieres llamar la atención. Eso lo he escuchado muchas veces.

—Subes una foto sonriendo ¡Ay qué bien, qué bonito! Pero una persona sube una foto llorando y ¿pero qué hace?

—No se hace casi.

—He visto fotos de gente llorando. Yo asumo, he dicho "¿Qué hace?" Pero como que está mal visto. Una cosa está genial vista y la otra mal. Al final

todos tenemos derecho a llorar, a estar mal, a estar bien, a todo.

—Igual soy la única que ve raro que la gente suba ese tipo de cosas.

—Yo no lo he visto.

—Al final como que nosotros tenemos una imagen, siempre tiene que ser sonriendo, feliz.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—Instagram es la... el claro ejemplo...

—El escaparate.

—La gente se preocupa mucho de sus seguidores, de sus "me gusta", de sus etiquetas, de sus fotos para un colectivo.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Moderador: ¿Pero os sentís bien o mal compartiendo esas cosas?

—Bien.

—Es que como es tu decisión...

—También porque muestras tu mejor realidad.

Mixto, 16-17, taller Valencia

También hay un punto de vista más comercial y consumista de la gestión de la imagen. Por un lado, desde la perspectiva del consumo por imitación, o el consumo de iconos, referentes y modelos sociales y de comportamiento. El ejemplo más evidente son los y las *influencers, instagrammers, youtubers...*, pero es algo que se puede producir y produce también a menor escala, entre amigos/as y conocidos/as, potenciando roles de liderazgo y carisma.

—Ha influido mucho la facilidad de comunicación. Tú ahora ves de todo el mundo lo que pasa, y dices tú, a lo mejor soy el único que está perdiendo el tiempo, que no viaja, jejeje.

—Soy el único tonto.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Por otro lado, consumo y representación de ideales y valores que pueden componer una imagen social determinada. Escenificación pública de una identidad "social" o preocupada por lo social, en torno a tendencias y adscripciones que se entienden "de moda", por situar a quien así se muestra en un espacio determinado, dentro del universo de la modernidad y de las tendencias (cuestiones como el ecologismo, el veganismo, el deporte, etc.). En este sentido, argumento que estaría en la línea de las perspectivas más descreídas mostradas en el capítulo 4.

—Lo colectivo, a no ser que ese pueda lucir en alguna red social creo que muy poco interés. Las personas ya no salimos en plan buscándonos los

unos a los otros para hacer cosas en común, a no ser que eso que vayamos a hacer se publique en algún lugar.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Cuando hablan de la manera en que se relacionan y gestionan su imagen vía redes sociales, parece inevitable e interesante abordar cómo se entiende el valor intimidad, y qué expectativas genera. Pero lo cierto es que, para ser justos, el discurso general de los y las jóvenes no afronta de manera explícita el análisis del mismo, y muchísimo menos desde una perspectiva de preocupación, riesgo o problema. La intimidad es un valor que claramente ha sido redefinido desde la generalización y naturalización del uso de redes sociales (Megías y Rodríguez, 2013), y la urgencia y preocupación con la que desde la investigación se aborda (abordamos) la forma en que adolescentes y jóvenes aparentemente desvalorizan su importancia, resulta sintomática de una manera de percibir el valor anclada en tiempos pasados, redefinidos por el nuevo escenario (no tan nuevo ya, de hecho). Muestra evidente de tal cosa es que en los grupos sólo se habló de intimidad cuando el moderador o la moderadora preguntó explícitamente por ello, en este caso adoptando la persona adulta la perspectiva en clave de pérdida que tantas veces emplean los y las jóvenes para otros análisis pero que en este caso no tiene lugar, no se considera (cuando no se desprecia).

—Es que, en realidad ¿para qué queremos intimidad? En mi caso, por ejemplo ¿Hay algo que pueda hacer yo que no quiera que la gente sepa y por qué? En mi caso no hay nada en concreto.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Desde la asociación de ideas (forzada por el moderador), la intimidad se asimila con "estar solo", tener algo "muy tuyo", "hacer cosas que no quieres que vean los demás", situaciones como "pedir a tu madre que no entre en la habitación", o cuando "no quieres que lo vean los demás" (frases emitidas en los talleres de Madrid y Valencia). Cuestiones que se enuncian desde el plano de las relaciones cara a cara, pero que se entienden de forma diversa en la combinación con lo *online*. Principalmente porque la comunicación *online* deja de tener sentido si nadie te ve, y porque se entiende que participar de ella (con todas las ventajas que reporta), implica aceptar unas reglas del juego que son comunes para todas las personas, y que implican ciertas pérdidas o renunciadas que, evidentemente, compensan. Así, la frontera de la intimidad será flexible y moldeable, y se gestiona de igual manera que se gestiona el yo en su conjunto, de la manera que se considera más adecuada para aprovechar todas las ventajas del medio. Y se sobreentiende que sin cierto grado de exposición, desplazando y moldeando el lugar donde antes se podía poner la intimidad (por ejemplo, en el hecho de que

personas desconocidas sepan cómo es tu casa por dentro), es necesario para participar sin perder todas las oportunidades que ofrecen la redes sociales. Incluso se puede llegar a censurar el exceso de celo en este sentido, como muestra de que no se participa adecuadamente del juego común.

—Está mal visto tener una pareja y que no lo publiques. Si no lo publicas es como si no tuvieras nada.

Mixto, 16-17, taller Valencia

—Bueno, ves lo que quieres, tampoco, porque tú no tienes la culpa de entrar en Instagram y verte las historias.

—Pero puedes no meterte en ese perfil...

—Claro.

—O la ves y las pasas, o sea...

—No, hombre, pero si las ves todas...

—O sea, tú has decidido meterte en las historias para saber qué están haciendo.

—Claro, es que es eso.

—Exacto.

—No, pero simplemente lo haces inconscientemente, porque te aburres...

Y dices: "Pues los pongo"...

—Y acabas viéndote la vida de los demás que realmente te importa una...

Y no estás haciendo nada con la tuya para ver la de los demás.

—Claro. [...]

—Yo me aburro y digo: "Bah, pues voy a mirar..."

—Sí, estoy de acuerdo.

—No tiene nada que hacer y en vez de ir y hablar con tu madre, o hacer algo entretenido, miras la vida de los demás.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

En cualquier caso, incluso si se puede llegar a considerar que determinadas circunstancias suponen perder intimidad en algún grado, tal cosa no preocupa si es modulada por uno mismo o una misma, en esa concepción tan utilitaria, funcional y pragmática de la imagen personal y su gestión. Intimidad, por tanto, a la carta, moldeable y compartida, en la que el límite se establece de forma grupal más que individual (curiosamente, en una sociedad que se define como individualista).

La idea de fondo de los argumentos es que lo importante es tener intimidad (se establezcan los límites donde se establezcan), y luego que cada cual gestione sus cesiones y renunciadas (que se dan por hechas), pues si renuncia uno mismo o una misma, no pasa nada.

—Ahora mismo, intimidad no hay demasiada, ¿eh?
—Exacto.
—Cada vez hay menos.
—A ver, depende de quién.
—Claro, depende de la que tú quieras tener.
—A ver, sí... pero... pero en general...
—En general yo tengo intimidad. Yo tengo intimidad, a mí nadie me... O sea, es lo que te digo, yo no enseño a nadie lo que hago. Porque a nadie le importa.
—Tú sabes cuándo la gente se va de vacaciones, cuándo la gente está comiendo, cuándo la gente va al baño, cuándo...
—Pero lo sabes porque quieres.
—Claro.
—Sabes porque quieres.
—Porque ahora mismo está a la carta. En plan, tú cuando quieras saber, pues te metes a Instagram, metes Facebook o cualquier cosa y sabes lo que están haciendo.
—Ya.
—Pero eso es ya no tener intimidad, entonces.
—No, pero... si tú no quieres publicar. Yo me puedo ir de vacaciones y no le digo nada a nadie, sólo a mi alrededor...
—Claro.
—Y yo me he ido de vacaciones a Tailandia o donde quieras y no... no se ha enterado nadie.
—Y cada uno enseña lo que quiere enseñar.
—Claro, claro.
—Digo en general, que la intimidad está como muy compartida.
—Sí, sí.
—Yo lo veo que es a la carta...
—Sí, mucho más que antes.
—En plan, de compartir. Muestras lo que quieras... y ves lo que quieres.
—Muestras lo que quieres, totalmente.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

—Contamos todo...
—Sí, todo, todo.
—Nos da igual.
—Todo.
—Moderador: Para vosotros, ¿qué significa tener intimidad?, ¿qué es la intimidad?

- Escoger a quién se lo cuento, cómo lo hago, y que lo sepa quien yo quiera.
- Decidir sobre tu propia vida, ¿no? El qué hago... A quién se lo digo, cómo se lo digo, ¿no?...
- Hombre, yo creo que intimidad es poder tener eh... ratos o momentos para ti solo, ¿no? Que no compartes a lo mejor con nadie.
- O con muy poca gente.
- O sólo una parte.
- O compartirlo con quien tú quieras.
- Moderador: Y, ¿consideráis que tenéis intimidad y que tenéis privacidad?
- La que tú quieras marcarte.
- Claro
- Hombre a un... Con las tecnologías últimamente pff..
- Poco.
- Pero es lo que tú quieres...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

En esta línea, el extremo máximo en la aceptación de la pérdida de intimidad es el de señalar que la última frontera de la misma está en la cabeza, único lugar al que nadie puede acceder. Espacio de auténtica intimidad que permitiría que cualquier otro tipo de exposición que tenga lugar en el entorno *online* u *offline* sea despojado de importancia. Argumento que emplean jóvenes con usos muy intensivos de redes sociales, y con una perspectiva que vuelca todo el significado del valor intimidad, así como del funcionamiento general de la comunicación mediada por redes sociales, en la gestión colectiva, y en poder y el aprovechamiento de todas las oportunidades que ello supone.

Desde esta perspectiva, se diferencia entre intimidad y "pudor", de tal manera que cuestiones como la exposición del propio cuerpo o de espacios personales y privados no se consideran dentro de la esfera de lo íntimo, pero sí de la consideración de lo que resulta pudoroso mostrar o no, de lo que es oportuno compartir o no. Incluso desde la consideración de que si se decide no mostrar determinadas cosas (por pudor), se puede llegar a hacer por otras personas (que se puedan llegar a sentir incómodas antes ciertas exposiciones, como familiares o relaciones cercanas), más que por uno mismo o una misma.

- Hoy en día para tener intimidad tienes que estar en tu casa con las persianas bajadas.
- Yo creo que el único sitio donde hay intimidad es en la cabeza y ya [...]
- Hombre, yo si estoy en el baño no me apetece que la gente me vea.

—Pero eso son cosas, igual pudor. Yo no soy en absoluto pudorosa, me puedo caer en mitad de la calle perfectamente, no es algo que a mí me vaya a molestar si alguien se me queda mirando o no. Pero es cómo entendemos cada uno la intimidad, para mí la intimidad no es necesaria, pero sí hay personas que lo consideran más necesario.

—Yo a ese nivel sí que considero que hay que ser un poco pudoroso, no puedes ir por la calle...

—Igual por respeto a la otra persona, que no le haga gracia, pero por ti no.

—Por ti no, claro, por los demás.

—La intimidad es algo por ti.

—Follar, por ejemplo, es algo íntimo. No te vas al parque a follar por respeto a las demás personas. Claro, a ti te apetecería, pero a los demás no les apetece verlo.

—Yo hablo de la intimidad que quieras tú hacia ti. Yo no necesito intimidad con mi pareja, ni con mis padres ni con mis amigas para hablar de nada. No necesito un espacio en el que los demás no se vayan a enterar, me da igual quién se pueda enterar.

—No lo necesitas, pero quieres la opción de poder tenerla.

—Ahí está.

—Eso si la quieres.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Todas estas consideraciones nos acercan a una gestión del yo que algunos y algunas jóvenes sitúan en tres planos: "lo que eres, lo que tú crees que eres y lo que muestras". Planos que, en el juego de relaciones y en la escenificación a partir de las redes sociales, se articulan a partir del "filtro" que supone la imagen (adoptando la concepción de los filtros que ofrecen algunas aplicaciones para mejorar o retocar fotos y vídeos).

—Yo creo que nunca seré capaz de conocerme realmente a mí mismo.

—Pero sí que tienes una idea hecha de lo que es.

—Claro.

—O eso es lo que tú crees que eres...

—A ver, no, porque hay tres tipos de personalidades: la que tú crees que eres, la que los demás te...

—Te ven.

—...creen que eres, y las que tú intentas hacer que los demás se crean, o la que eres realmente. Pero la tercera, al fin y al cabo nunca la vas a conocer.

—La tercera es la de Instagram, ¿no?...

—Jeje.

—No, jope...

—La que enseñas al mundo.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Desde esta perspectiva, y desde el momento en que se participa en una dinámica de la que aparentemente se conocen y aceptan las normas, se asume que cada cual tendrá la responsabilidad última del "mal uso" o "buen uso" del medio, de igual forma que tiene derecho a equivocarse, a probar, a aprender y a mejorar. Entonces, atendiendo a lo que se entiende que es un derecho en un espacio que ya no es sólo de comunicación y relación, pues también lo es de identidad (el yo *online* y el yo *offline* componen el yo total, que sin una de las dos partes estará incompleto), asistimos a una nueva manera de entender el valor libertad. Esta tiene que ver con la capacidad y la autonomía para gestionar la propia persona, sus perfiles, la manera en que se muestra, la manera en que administra su intimidad y su privacidad, la forma en que se relaciona y con quién; y todo ello a partir de las lógicas de la comunicación *online* y mediada por las TIC, pero en un ejercicio que extiende las mismas al terreno "físico", fundamentalmente porque las fronteras entre ambos se han difuminado.

—La gente mide el número de likes, digamos, dictamina mi felicidad, cuantos más likes más feliz soy. Hay gente que vive por y para eso. A mí eso me parece un postureo y una estupidez... [...]

—Pero al final tú también puedes medir el uso que haces de eso.

—Por supuesto.

—Cada uno sabrá qué uso hace.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Esta nueva forma de abordar el valor libertad (que se hace de manera más implícita que explícita), sin duda se ve potenciada por lo que se entiende es un retroceso en otro tipo de libertades, que sitúan a la gestión del yo como frontera infranqueable, frente a otras que sí han sido franqueadas. Muy especialmente, y también a partir de la importancia que tienen las redes sociales en la comunicación, en lo que un discurso bastante extendido entre los y las jóvenes entiende que es un retroceso de la libertad de expresión en España en los últimos años. Así, en 2018 se instaló en nuestro país un profundo debate sobre la libertad de expresión y los límites de la misma, al calor de casos muy sonados como las denuncias a humoristas, cantantes de *rap* o personas particulares que se expresaban en redes sociales, por presuntos delitos de ofensa o apología del odio.

—Antes había muchísima más libertad de expresión. Porque el gobierno controla lo que controla pero es que controla todo, no nos olvidemos.

Hay un rapero en Bruselas por cantar una canción, que hace 20 años, 30 y 40 no pasaba nada. Soziedad Alkoholika, Eskorbuto, La Polla, todos han dicho barbaridades.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Lo cierto es que la percepción en ese sentido no es nueva, y los datos indican que actualmente los y las jóvenes consideran que hay bastante menos libertad de expresión que hace años, en un proceso sin duda acentuado por un periodo de crisis con un alto coste social, también en términos de libertad: mientras en 1989 la valoración sobre la libertad de expresión era de 6,2 (en una escala de 0 a 10, donde 0 significa que no hay ninguna y 10 significa que es total), en 2016 fue de 5,1 (González-Anleo y López-Ruiz, 2017; pág. 69). Discreta y preocupante puntuación, para un valor que se antoja esencial en una sociedad democrática.

La libertad de expresión, y más aún en este clima de debate social y polémica, supone una manera concreta de abordar un valor tan amplio como la libertad, también en relación al uso de las redes sociales como altavoz y transmisor de ideas. Pero lo cierto es que, en la actualidad y al menos entre las y los jóvenes, ocupa parte importante del imaginario en torno al mismo, sin duda espoleado por el revuelo mediático. Frente a la percepción de retroceso en ese sentido, emerge aún más la mencionada interpretación de la libertad entendida desde la capacidad de gestión del yo, como muestra de autonomía y voluntad, incluso en contextos en los que se asume que, junto al máximo aprovechamiento de las oportunidades (de relación, de diversión, de información, de expresión, laborales...), se gestionan algunas pérdidas (como de privacidad). Dada esta disquisición, se asiste a la paradoja que supone interpretar que se tiene más capacidad y libertad que nunca para mostrarse al mundo de muy diversas maneras, al tiempo que se asume que precisamente las cosas que se expresan en esas plataformas pueden ser objeto de mayor control, persecución y censura, de una forma más clara y evidente, dadas las características del medio tecnológico (que deja "rastros", por ejemplo).

6. OTROS SIGNOS DE NUESTRO TIEMPO

6.1. LA INCERTIDUMBRE

No resulta sencillo hablar de los y las jóvenes en términos de generación, ni atribuir a la totalidad un conjunto de características, que inevitablemente resultarían simplificadoras. El colectivo es heterogéneo, y no deja de ser el resultado de cómo es la sociedad. Baste recordar que la jerarquización e interpretación de los valores no presenta excesivas diferencias en el colectivo juvenil en relación al conjunto de la sociedad (Megías y Elzo, 2006; Megías, 2010; Moreno y Rodríguez, 2013; Elzo y Megías, 2014; González-Anleo y López-Ruiz, 2017). Como señalan algunos entrevistados, "tenemos los valores que al sistema le conviene que tengamos" (Expertos/as en juventud, Madrid), y adolescentes y jóvenes no escapan a tal influjo.

Los años de profunda crisis económica han dejado poso en muchas de las percepciones y expectativas en relación a la vida en sociedad, y a la manera de encarar los proyectos vitales y el futuro (Megías, 2014). La coyuntura económica y social, y sobre todo las complicadas características del mercado laboral y de la vivienda, provocan una revisión a la baja de las expectativas de emancipación y promoción; pero además genera una sensación que se extiende a casi todas las facetas de la vida, en torno a dos valores: la incertidumbre y la inseguridad. Valores que condicionan a otros muchos, y que asientan muchas expectativas sobre la desconfianza. Desde la perspectiva más optimista, se resalta que esta circunstancia ha provocado que los y las jóvenes de hoy en día tengan una mayor capacidad de adaptación y flexibilidad, poniendo el acento en el hecho de poder sobreponerse a los contratiempos y luchar contra la adversidad para "salir adelante". Es decir, flexibilidad y adaptación desde la perspectiva de la búsqueda de soluciones y de mejora, no como muestra de abandono y de que todo da igual. Armas, en cualquier caso, que se emplean desde la necesidad y la inevitabilidad más que desde la convicción primaria, pues lo que plantea el discurso mayoritario es el deseo de poder vivir una estabilidad que no hiciera necesario emplearlas.

En cualquier caso, lo cierto es que los y las jóvenes viven instalados e instaladas en una sensación general de incertidumbre e inseguridad, que además asumen

que es un signo del tiempo en el que les ha tocado vivir. Desde lo palpable, el lado más preocupante es el de la pérdida de derechos sociales y laborales que se ha producido durante la crisis, que se tiende a aceptar que no serán repuestos (situación por la que la crisis ha dejado unos claros perdedores, que sería la clase trabajadora y la población más vulnerable, entre la que están los y las jóvenes). Pero también, en lo intangible, la inseguridad genera que entre adolescentes y jóvenes se viva la necesidad de encontrar fuentes externas de confianza, personas y agentes sociales que brinden el empujón, el apoyo y el refuerzo necesarios para compensar la incertidumbre.

—De tener una cosa ya clara, y decir: "Oye hijo, pues, ¿de verdad tú quieres hacer esto? Mira, yo te apoyo", eh... Tienes ahí, eh... O sea, no hace falta, a mí nadie me ha apoyado económicamente nunca, ¿sabes? Eh... Simplemente me refería a...a ese pequeño empujón, o a esa pequeña... a ese pequeño empujón que te puede dar alguien por detrás, ¿no?, de confianza tuya, para decirte: "Oye, eh... Eh..."

—Que muchas veces suele salir... suele ser alguien de fuera de la familia, ¿no? Como que sabes que...

—Sí, sí bueno, también suele ser alguien de fuera, porque a lo mejor los... los de dentro no opinan lo mismo...

—Sobreprotección quizá, ¿no?, yo siempre lo he visto.

—O no... Eso es.

—Siempre es deseable, como dices tú, el... el que siempre te... Te dé alguien un empujón, ¿no?

—Sí.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

En otras ocasiones, la inseguridad deriva en miedo: a perder lo que se tiene, a estar peor. En base a esta circunstancia se entiende que se desactivan muchos movimientos sociales (como se apunta en el capítulo 4, y se desarrolla en Megías, 2014), y se señala a quienes abanderan las protestas, los compromisos y las luchas, que serán quienes no tengan miedo, precisamente porque nada tienen que perder ni conservar.

—La gente también tiene miedo... estoy pendiente en dos huelgas, por ejemplo, que conozco, y en una que estuve. Y la gente tiene miedo, parte de ellos a perder el trabajo, de alguna manera ese es el miedo. Pero lo que más me ha llamado la atención, en las huelgas, es la gente que no tiene nada que perder, vive en casa de sus padres, gana cuatro duros y tiene miedo de salir a partirse la cara... joder, que lo ha conseguido tu abuelo, no pierdas los derechos que te ha conseguido.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Al clima general de incertidumbre se une la sensación de desapego. Anteriormente ya se hizo alusión al desapego en relación a las instituciones y lo público, que sigue siendo mayoritario y contundente. Pero existe también un tipo de desapego más personal, que tiene que ver con la imposibilidad de estar apegado a casi nada (con excepción de la familia y los amigos y amigas), desde el momento que la propia situación de inseguridad impide establecer vínculos excesivamente fuertes con las cosas y los proyectos. Y por extensión, con las ideas, los principios y las adscripciones, que son revisadas constantemente. Sensación general de desapego que puede derivar en la resignación, que para muchas personas también se constituye en signo de nuestra sociedad. Como señala algún experto en juventud, "el pensamiento que tenemos es: es lo que hay, y sálvese quien pueda" (Expertos/as en juventud, Madrid).

A pesar de todo ello, o quizás por ello, porque la adversidad procura la unión (de igual forma que puede generar mayores dosis de empatía y solidaridad con lo cercano, con situaciones que se entienden), resulta interesante destacar cómo algunas voces jóvenes señalan que, generacionalmente, perciben un vínculo fuerte, una cercanía con los pares que generaría la sensación de ser una "piña".

—Yo creo que nosotros como generación somos mucho más piña o tenemos más facilidad de trato que lo que tienen ahora los chavales que vienen por detrás.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

6.2. NUEVAS BANDERAS: FEMINISMO, ECOLOGISMO Y DIVERSIDAD

En líneas generales, tanto desde jóvenes como desde adultos, se entiende que los valores de adolescentes y jóvenes responden al tipo de valores que definen la sociedad en su conjunto, con los matices lógicos del momento vital distinto. Sin embargo, puestos en la tesitura de señalar los aspectos en los que pueden impulsar algunos cambios respecto a generaciones precedentes, tres son las cuestiones en relación a las cuales existe acuerdo, como bandera de principios y actitudes que se interpreta que suponen "avances" respecto a épocas anteriores: la lucha por la igualdad de género, la conciencia medioambiental y la aceptación de la diversidad. Cuestiones que claramente remiten a valores y a conquistas que sin duda se leen en positivo, en el mencionado contexto de revisión de valores en clave de pérdida, desde una percepción general tendente al pesimismo. Tres pilares, por tanto, sobre los que se edifica la percepción más orgullosa y diferenciada de su generación.

El primero de esos pilares sería la lucha por la igualdad de género, y contra el machismo y la discriminación por sexo. Objetivos que prenden fuertemente en un movimiento feminista cada vez más potente, especialmente presente desde 2018 en la primera línea del activismo colectivo, y también con gran presencia en los medios y canales de comunicación (especialmente en las redes sociales). Movimiento protagonizado por las mujeres, pero que cala también entre muchos hombres, y especialmente en el sector de la población joven.

En el contexto de un estudio como éste, el acercamiento a un tema tan importante no deja de ser tangencial y superficial, pero relevante en el señalamiento de cuestiones que, para el discurso general de adolescentes y jóvenes, componen lo que entienden son acuerdos generales que los definen como generación. Por tanto, maneras de entender valores como la igualdad, el respeto y la tolerancia, asociados al sexo, que se entiende que son pequeñas conquistas que deben procurar otras más grandes.

—Yo creo que gente de nuestra edad... como que veo más mentes liberales que en gente adulta. Creo que gente de nuestra edad está intentando, aunque sea hablando y que luego no vaya a nada. Hablamos aquí de mogollón de cosas y luego vamos a nuestra casa y no hacemos nada de esto o hacemos un mínimo. Pero, jo, que hablar con gente de 18, 20 años que piensa estas cosas y así para mí ya es un logro bastante grande. Entonces muchas veces dicen que a los jóvenes [...] yo creo que sí estamos intentando hacer un cambio. Mira el 8 de marzo, hubo mogollón de jóvenes que salieron a la calle a manifestarse, a mí eso me parece muy guay.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

*—Yo veo la mentalidad de mis padres y la mía y prefiero la mía [...]
—El feminismo es cosa de ayer, que hasta hace dos días no existía. Entonces sí que cogemos eso, creas unos valores.*

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

En la línea de estudios cualitativos que sí abordan la igualdad de género de forma específica (Rodríguez y Megías, 2015; Rodríguez *et al.*, 2019), los argumentos destacan que la situación es mejor ahora que hace algunas generaciones, y que se sigue avanzando en ese sentido, a pesar de lo cual se entiende que aún se está lejos de la situación ideal. En este sentido se aboga por abanderar los valores y la lucha que procuren ese tipo de cambios, y se hace desde el convencimiento y el compromiso, en un discurso que ha calado en buena parte de la población juvenil. Tampoco se puede negar que el camino parece largo, pues dentro del propio

colectivo juvenil se reproducen otros discursos y argumentos que no ayudan a tales luchas; ya sea desde el desconocimiento, ya desde la repetición de argumentos profundamente instalados en una sociedad que aún es machista.

—Un poco más de igualdad, eso sí. Todavía hay que mejorar, sí, pero tampoco desde pequeño he visto unas desigualdades muy notorias como para decir, joder, qué desigualdad, como el movimiento feminista este, que me parece bien. Yo he trabajado con chicas y cobran lo mismo que yo. O más o menos, según su capacidad. En el único momento en el que he visto algo diferente es en la inseguridad de volver a casa solas de noche, pero al margen de eso no he visto yo nunca una desigualdad en ello.

—Para mí, en ese sentido creo que hemos avanzado de manera superpositiva. Es más, creo que estamos llegando a un punto en que quizás estamos pasando de, digamos gris, término medio en el que está la virtud. Estamos llegando a pasar a comentarios que yo he oído en chicas de mi grupo, que por respeto a ellas... si vamos con capucha si llueve a las seis de la mañana volviendo para casa, quitarnos la capucha porque se puede sentir intimidada. Eso me parece bastante extremo. Creo que el feminismo o el machismo, ningún extremo es bueno. Yo creo que nuestra generación, precisamente, somos la generación que más ha evolucionado...

—No estoy de acuerdo contigo. Pero para nada. Con que haya un caso de un tío que viola a una tía ya está.

—¿Qué vas a decir, que somos todo potencialmente violadores? Ese es el discurso de las feministas.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

El segundo de los pilares sería el de la conciencia medioambiental y el cuidado de la naturaleza y el entorno, que situarían al ecologismo como otro valor "bandera" de los y las jóvenes, desde su propia perspectiva. Ya en Elzo y Megías (2014; pág. 25), adolescentes y jóvenes concedían un 7,66 de importancia (en una escala de 1 a 10, en la que 1 es "nada importante" y 10 es "totalmente importante") al hecho de "cuidar el medio ambiente", proporción por encima de la media de otras valoraciones, y además creciente desde 2006. Desde los discursos, también se enuncia la importancia de la conciencia medioambiental como responsabilidad colectiva para procurar un futuro no ya mejor, sino posible y sostenible.

—El ecologismo sí que es un valor diferente. [...] Ecologismo, que ni se mencionaba, eso no existía, el cambio climático.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—En cuanto al entorno hay que intentar proteger el medioambiente y el planeta en que te encuentras, en el que vives.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Algunos expertos señalan que el ecologismo se manifiesta como una "solidaridad sin efecto a corto plazo" (Expertos/as en juventud, Madrid), algo que rompería con la perspectiva de la solidaridad con lo cercano (entendida desde la empatía), pero no con lo lejano. En las conversaciones, y desde los argumentos, la conciencia medioambiental se ejemplifica a partir de ejercicios de responsabilidad ciudadana, como puede ser el reciclaje. Cuestiones que corresponden a la esfera de lo personal, desde la cual entienden su "utilidad" (aunque luego duden de las políticas globales al respecto). Desde dicha esfera se manifiestan posturas emergentes, como el vegetarianismo o el veganismo, que componen un conjunto de valores y principios que pretenden influir en lo global desde lo personal. Como ya se vio en relación a la exposición pública de determinadas actitudes (por ejemplo, la muestra en redes sociales del hecho de ser vegetariano/a), habrá cuestiones que parte de la sociedad pondrá bajo sospecha por interpretar que persiguen algún tipo de posicionamiento social (cuando no se dice directamente que se hacer por seguir alguna "moda"). En cualquier caso, la conciencia medioambiental se instala entre adolescentes y jóvenes como respuesta inevitable a circunstancias preocupantes (como el cambio climático), con independencia de que los comportamientos particulares se muestren más o menos consecuentes al respecto.

—Yo estoy muy concienciada con el reciclaje. Entonces yo no puedo ver que una amiga mía se termina no sé qué y lo tira al suelo. Es como: "Ostras, en serio, tienes una papelera al lado. ¿No lo puedes recoger y tirarlo allí?" O eh... Yo qué sé, acabas de abrir algo, es plástico, no lo echas con todo, échalo en el de plástico. Entonces, yo muchas veces voy eh... por la calle. A ver, no voy recogiendo la basura de la calle, pero si ves que... Yo qué sé, pues hay un periódico encima de un banco y qué hace ahí el... Pues... pues no hace nada, entonces pues yo quizá sí que lo cojo y lo tiro a la papelera.

—A la de papel.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—No, pero quiero decirte, que si te centras en el presente, no estás mirando en cuidar las cosas para un futuro. Por ejemplo, eh... está la contaminación y la gente no se centra en tener un poco de respeto con el medio ambiente y... y eso te va a labrar un futuro de mierda. Para todos, no para una persona en concreto, vaya... Entonces, creo que

también es bueno ir pensando un poco en el futuro, en decir: "Ostia, estoy liándola." ¿Sabes?

—No, si nos estamos cargando el planeta, eso está claro...

—Tal cual.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

El tercer pilar de los mencionados es el de la aceptación de la diversidad, que relacionan directamente con la tolerancia. Mientras muestran una actitud tremendamente crítica con la capacidad de tolerancia de una sociedad que consideran egoísta e individualista, en relación a determinadas cuestiones, y especialmente en lo que se refiere a ellas y ellos como jóvenes, consideran que son un colectivo que tiende a aceptar diferencias que hasta hace poco tiempo resultaba complicado integrar socialmente. Muy especialmente hablan de la diversidad sexual y cultural, en torno a procesos que interpretan que no tienen vuelta atrás.

En relación a la primera, desde la asunción de la total libertad de las personas para vivir su opción sexual, así como la aceptación de las uniones de parejas del mismo sexo, y la adopción de hijos e hijas por parte de esas parejas. Desde la segunda, integrando y conviviendo con naturalidad con personas con orígenes culturales distintos, circunstancia también inevitable desde el momento en que crecen y se forman en aulas caracterizadas por esa variedad cultural. Convivencia, normalización e integración de la diversidad que, desde su perspectiva, les hace más tolerantes.

—Yo creo que en general sí que somos, probablemente, una generación más tolerante desde el punto en que hemos crecido, que se ha normalizado la diversidad en muchos sentidos.

—Es que venimos de un país que era totalmente intolerante, hace 40 años. Claro, es que no se puede ser menos, jajaja.

—Aparte yo creo que sí somos generaciones que estamos creciendo en un contexto en que el feminismo, la lucha LGTB, las personas de diferentes culturas, son realidades que antes eran marginales y que ahora se están normalizando.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

—Yo creo que tenemos un grado de tolerancia en cuanto a... Y de la asimilación mucho más avanzado que las generaciones anteriores...

—Y la mente más abierta.

—Yo creo que por... Una mente más abierta, eh... No sé.

—Sí, yo iba a decir que nos juntamos más entre clases sociales, hay menos barreras.

—Sí, eso. Mantenemos más... diversidad. Entonces eso te hace un poco abrir la mente. Antes era como... No sé, más...

—Hermético todo.

—Sí.

—Eso, más... más cerrado.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

En cualquier caso, mientras la aceptación de la diversidad sexual se señala como bandera transversal y común al conjunto de población joven, respecto a la cultural se manifiesta la existencia de más dificultades y argumentos más fragmentados, por clase social, y por el origen o etnia de los y las inmigrantes, por ejemplo. Dificultades y obstáculos a la integración que se enuncian como marca de la sociedad, a pesar de las cuales se considera que entre las y los jóvenes se asienta y crece la tendencia a aceptar la diversidad cultural. En este sentido, se tienden a señalar actitudes individuales intolerantes, en el marco de un colectivo tendente a la tolerancia, desde esta perspectiva de la aceptación de la diversidad.

—Mejorar es que todo el mundo podamos estar cómodos y no que la gente se haga el ofendidito en plan, ay, es que a mí que se casen los gays me ofende. No, no. Que la gente pueda estar cómoda siendo como es. Si tú eres una persona intolerante la intolerancia es tu problema, no el problema de los demás. Pero si tú no te puedes casar, no puedes ser negro en mi país, pues ese es un problema que es de todos. Y eso sí me parece que es una mejora para la sociedad.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Entre quienes trabajan habitualmente con jóvenes, se ponen de manifiesto también algunas de las contrapartidas. Por un lado se afirma que resulta más sencillo que antes abordar estos temas en las aulas, señalando también que los y las jóvenes son más tolerantes que antes "por el simple hecho de que ven más cosas que antes, y pueden llegar a encajar mejor las diferencias... aunque depende mucho de la persona en sí" (Expertos/as en juventud, Valencia). Pero, al mismo tiempo, se señala que en el contexto de una mayor tolerancia de la diversidad, las posturas extremas se hacen más presentes, y la opinión pública tiende a polarizar posiciones, dando lugar a confrontaciones que ponen a prueba la tolerancia. Circunstancia, en cualquier caso, que es de la sociedad en conjunto, y no de los y las jóvenes.

—En general los jóvenes son más tolerantes, pero las posturas extremas también están ganando más espacio.

—Se le da más voz a los extremos.

—Yo no creo que aumenten las posiciones extremadas, pero sí que hay polarización de los discursos.

Expertos/as en juventud, Madrid

En relación a ese "ver más cosas que antes" que señalan algunas personas adultas, los y las jóvenes no sólo incluyen la realidad de compartir espacio con otros y otras jóvenes de muy diversos orígenes y condición, pues señalan la importancia de "viajar y conocer mundo", como espacio de descubrimiento y experimentación, que propiciaría una mayor apertura a cosas y culturas diferentes, distintas a las propias. Gusto por viajar que algunos argumentos sitúan más allá de la mera búsqueda de diversión y/o descanso, y que colocan en el centro de lo que sería una mayor pretensión de buena parte de los y las jóvenes contemporáneos por descubrir mundo, ejercicio que propiciaría que "te hagas como persona". Curiosidad que concretan en "tener la mente abierta" (ejercicio que camina de la mano de la tolerancia), potenciada además por lo que entienden son actualmente unas mayores facilidades para viajar (culturales, económicas, de transporte, y también de aceptación por parte de padres y madres).

—Viajar al final te sirve para aprender diferentes culturas, pues también para otras cosas.

—No es sólo diferentes culturas, es que te hace como persona.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—Yo tenía una imagen diferente de pequeño al País Vasco. Y eso que mi familia, dentro de lo que cabe, era burgalés, pero de pequeño la información que me llegaba a mí, igual que la que me llega ahora de Cataluña o de donde sea, era muy distorsionada, específica a una cosa. En cambio, con el tiempo, yo venía con una mente más cerrada, pero de repente me he ido abriendo, también de otros países, al final he abierto la mente [...] A mí dentro de lo que cabe, como dices, era de una manera, pero el mundo, viajar... vivir en sitios, buscarte las castañas, me ha hecho abrir bastante la mente en cuanto a todo, en todos los aspectos de la vida.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Respecto a estos tres pilares, conviene prestar la debida atención a cuestiones de tanto calado y tan definitorios de nuestro tiempo, en el sentido de calibrar si la generalización de determinados discursos conlleva una auténtica asunción de sus principios y sus valores, o algunos argumentos se emiten desde la nueva concepción del deber ser social. Es decir, que igualdad de género, conciencia medioambiental y aceptación de la diversidad sean cuestiones que todo el mundo sitúe como aspiraciones irrenunciables, como conquistas necesarias y como rasgos definitorios de una sociedad como la que quieren y a la que aspiran, pero

que queden en entredicho a partir de las actitudes individuales (que señalan en otras personas, que incluso reconocen como propias, o que muestran de forma inconsciente por aprendidas). O que se articulen en torno a aparentes conquistas y logros que a la postre resultan artificiosos, como puede ser el hecho de integrar lo propio, lo cercano, lo que no cuesta integrar porque ya se ha crecido con ello (por ejemplo, integrar la homosexualidad, la inmigración europea, o la aparente diversidad de culturas occidentales que no son tan distintas a la propia). En definitiva, que no se conviertan en nuevos estereotipos juveniles, elementos que compondrían lo que se entiende por "ser joven", mas desde lo simbólico y la representación que otra cosa.

—Yo creo que nuestra generación sí... Yo creo que es la primera... Bueno, yo hablo de hasta 35 o incluso 40 años que... que ve ya como algo normal los gais, las lesbianas, que haya muchísimas razas, que vayas por Gran Vía y te encuentres miles de personas diversas... Creo que es la primera generación que lo ve como algo normal. Y eso yo creo que también influye en lo que ha dicho ella, que ésta es la primera generación que viaja mucho. O sea, mis padres no se han recorrido Europa, pff... Bah, ni se lo van a recorrer. Pero, nosotros a lo mejor con el tema de los vuelos baratos y eso, hemos estado en diez ciudades distintas... Que te tiene que gustar o no gustar. Pero eso creo que también te nutre mucho y te... Y culturalmente te aporta mucho el ver detalles. Como ha dicho ella, creo que viene por eso, por el viajar y conocer gente. [...]

—Entonces, en nuestra generación yo sí creo que somos más inclusivos pero aun así, sí que hay un proceso. Yo sigo viendo algún comentario feo si paso cerca de algún... Yo qué sé, eh.... de rumano. O... Shhh, o caras. O... que quizá no se da cuenta la gente, pero... Pero es que yo lo veo.

—Sí, o coges el bolso, sí.

—Qué cosa más... Sí, o... o... Veis como aprieta las cosas.

—Sí.

—Y digo: "No te va a hacer nada." O sea...

—Pero sí que hemos avanzado.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

6.3 UN NUEVO LUGAR COMÚN: EL MIEDO AL COMPROMISO

A lo largo del trabajo de campo realizado quedó bastante patente que en el imaginario colectivo en relación al tipo de valores que caracterizan a los y las jóvenes en España, desde su propia mirada (refrendada por la de algunas

personas expertas en juventud), la manera en que se afronta el “compromiso” ocupa un lugar importante, además con una claridad y unos matices que quizás suponen una novedad respecto a años atrás, cuando menos por lo asentado de su presencia en los argumentos, y el acuerdo que suscita.

En primer lugar, cabe señalar que compromiso es un valor que se entiende de distintas maneras. Desde la asunción de lo propio, lo que les define en el presente, se habla de compromiso con los estudios y con la familia, cuestiones respecto a las que sí se asume la existencia de un fuerte vínculo que implica dedicación, constancia, y sentido de la responsabilidad. Con los amigos y amigas el vínculo es igualmente fuerte, pero generalmente se entiende desde la lealtad más que desde el compromiso, desde el momento en que interpretan que el compromiso tiene una carga de obligación (que se entiende con los estudios/trabajo, y con la familia), cuya ausencia es la que precisamente sitúa a la amistad en un plano de análisis distinto (los amigos y amigas se eligen, y precisamente por ello, porque no hay obligación de mantenerlos, el vínculo adquiere un valor especial).

—Moderador: *¿Qué es el compromiso?*

—*Como la lealtad, creo yo, ¿no?*

—*No.*

—*No.*

—*La obligación... Yo creo que es... una obligación, es una obligación.*

—*Sí, a lo mejor te comprometes a algo que no quieres...*

—*Ah, bueno. Sí, también.*

—*...hacer, pero como te has comprometido a hacerlo.*

—*Es lo que toca.*

—*Hombre, si te comprometes será a lo mejor porque tú querías.*

—*O no...*

—*O porque lo necesitabas.*

—*Mientras que lealtad sólo se la das a quien tú quieres. [...]*

—Moderador: *Pero, ¿qué cosas os generan compromiso?*

—*El trabajo.*

—*Las relaciones, trabajo.*

—*La familia... Quieras o no.*

—*Los estudios.*

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Frente a estas disquisiciones en torno a las maneras de afrontar el compromiso con lo cercano, y recordando lo ya mencionado en el capítulo 4 sobre las percepciones en relación al compromiso con lo social y lo colectivo, se pone de manifiesto una concepción del compromiso desde lo operativo y funcional, lo que

procura objetivos y resultados. Incluso, desde la perspectiva más utilitarista, el compromiso con la familia o los estudios, partiendo de planos distintos y con implicaciones muy diversas, se asienta más en la obtención de resultados, en la recompensa, que en la responsabilidad. Compromisos en torno a luchas particulares (aunque impliquen cuestiones colectivas), que desde esa concepción de la recompensa y el resultado, suponen vínculos flexibles, volubles, puntuales: "Nos comprometemos con aquello que nos interesa"; "Estás comprometido con todo pero depende del momento" (Mixto, 16-17, taller Madrid); "Cuesta encontrar gente que tire" (Expertos/as en juventud, Madrid). Perspectiva desde el lado más crítico, que hace hincapié en las motivaciones individualistas y egoístas, y que, precisamente en base a esa concepción del compromiso como algo moldeable en función de los posibles resultados, elimina el valor constancia de la ecuación: compromisos que duran lo que dure la consecución de los objetivos, o la constatación de que no se pueden conseguir. A partir de esta visión desde lo efímero de un valor que se antoja tan importante, parece que todo acto de implicación es puesto bajo sospecha.

—Yo es que no tengo compromisos externos, sólo los tengo internos.

—Moderador: Cuáles son... ¿cómo son los internos?

—Ah, pues tipo... estudios, trabajar, mm... amistades... Lo mismo que hemos dicho antes. Pero es que externos no sé... No hago manifestaciones ni nada de eso. [...]

—Es que sí que interesa lo colectivo... pero es que estamos en una sociedad en el que cada uno le hace lo que le hace el bien a él.

—Claro.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Pero hay una manera de abordar el compromiso que parte de un espacio distinto, y que ocupa buena parte de las conversaciones, y del imaginario general en torno al valor. Es el compromiso asociado a las relaciones de pareja (de hecho, en los talleres realizados en Madrid y Valencia definieron el compromiso como "cuando dos personas se casan" y "cuando das tu palabra, uniéndote a algo").

En este sentido, y desde esta perspectiva concreta, existe un discurso claramente dominante en relación a que actualmente los y las jóvenes ni tienen la voluntad ni están preparados ni preparadas para asumir determinados grados de compromiso en las relaciones sentimentales. Y este análisis se realiza, sin duda, en comparación con las parejas de generaciones anteriores, al menos las que representan sus padres y madres, pero bastante más las que encarnan sus abuelos y abuelas (una vez más, referentes lejanos para valorar y explicar valores propios).

Frente a un valor (el compromiso que representan las parejas de otras generaciones) que implica constancia, implicación y lucha, pero también sacrificio y renuncia, se entiende que actualmente los y las jóvenes tienden a no afrontar los problemas de pareja, a escapar de ellos, y a rendirse ante las primeras dificultades, priorizando la diversión descomprometida y la libertad. La manera de abordar el asunto resulta interesante desde el punto de vista analítico, pues sin duda se cargan las tintas en el lado más negativo y crítico. Perspectiva que hace hincapié, por un lado, en la inmadurez de los y las jóvenes (que serían incapaces de afrontar los problemas inherentes a una relación de pareja); y, por otro lado, en su individualismo y egoísmo a la hora de establecer sus prioridades, que desde esta visión dejaría a la pareja en un segundo plano (por no hablar de la posibilidad de tener hijos/as, renuncia que las posturas más extremas en este sentido tildan de egoísta, por interpretar que es una muestra de la voluntad de mantener el nivel de vida y de responsabilidad, frente a tareas que pueden implicar muchas renunciaciones).

—Una cosa que me he dado yo cuenta y me lo dice también mi padre, en fin, dice que ahora tendemos a coger un problema y desecharlo. Por ejemplo, discutes con una chavala al segundo día que vives con ella y bah, te vas con otra.

—Yo estoy de acuerdo con eso.

—Yo estoy también de acuerdo.

—Resulta que antes tenías discusiones y venga, vamos a arreglarlo. Y quieras o no forjas eso. Eso es una cosa que agradezco [...] se nota que es de aquí, es más cabezona que la ostia y hasta que no lo arreglas no te deja en paz y realmente está bien, yo siempre escurría el bulto, bah, me da igual. Y no es una manera de hacer las cosas que hoy hacemos bastante. Lo nuevo, aburrirte y huir de los problemas, que te aburres rápido de las cosas. [...]

—Hay que buscar el punto medio entre no saber afrontar los problemas y no saber tener un mínimo de resistencia para poder hacer que las cosas funcionen. Y el otro extremo que es el de no saber dejar escapar algo que te está destruyendo.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Frente a esta perspectiva tan crítica con la actitud de los y las jóvenes (que parte del propio colectivo juvenil), por otro lado se destaca lo importante de terminar con la asunción de que estar en pareja implica cierto grado de sufrimiento, o la necesidad de "aguantar" determinadas cosas. Cuestiones relevantes a la hora de evitar insatisfacciones, frustraciones, o de calibrar la propia percepción sobre la felicidad y lo que se espera de una relación sentimental; y que, desde la

perspectiva más extrema y las relaciones más insanas y preocupantes, pueden prevenir situaciones de violencia de género. En este sentido, se entiende como una mejora la renuncia a la necesidad de "aguantar" que caracterizaba no pocas relaciones de generaciones anteriores, (también condicionadas por un contexto social en el que no resultaba tan sencillo deshacer un matrimonio, por ejemplo).

—En plan, sentimental, y... y todo el rollo, yo creo que esta sociedad no... Porque yo creo que todo el mundo es así ahora, ¿sabes?, de... de no cuidar lo que se tiene. Porque... en los tiempos de mis padres, de nuestros padres, ¿sabes?, y... Eso lo vi en una frase, ¿vale? Si se discutía o lo que fuera, se arreglaba. Ahora si se discute o hay un...

—A tomar por culo.

—¿Sabes?, se acaba, y eso es porque...

—Depende.

—No lo cuidan...

—Claro, pero es que no sabemos cuidar lo que tenemos.

—Es lo que dice ella. Que llega un momento que dices: "Bah, basta". Estar discutiendo todos los días, e intentar arreglarlo me...—Claro.

—Pero también, es que antes... Bueno, eso también lo he leído y eso. Pero que antes se aguantaba mucho más de lo que estamos dispuestos a aguantar... Por ejemplo, ahí se ponían los cuernos, y todo, y... ahora no queremos aguantar eso.

—Era tan fácil... como que el hombre mandaba, te decía el hombre lo hacías y punto, y tú te callabas.

—Y con tal de que te mantuviera, o sea...

—Exacto.

—Pero tampoco es aguantar por aguantar, en plan...

—Claro, por eso...

—Si te pone los cuernos no creo que te quiera.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

El análisis que realizan adolescentes y jóvenes en relación al compromiso desde el punto de vista de las relaciones sentimentales, tiene un componente temporal esencial, en el sentido de que consideran que representa una actitud propia de la juventud (actual), que es posible (o no) que dé paso a otras expectativas cuando sean personas adultas. Por tanto, desde esta perspectiva, asumen que esta manera de entender el compromiso es una bandera de su generación frente a generaciones anteriores. Que la manera de entender el compromiso varíe cuando sean más mayores es algo que entienden dependerá de las circunstancias vitales de cada cual (sin duda las responsabilidades de quienes formen sus propias familias serán otras, aunque nadie espera que remitan a los

tiempos en los que las parejas y las familias aguantaban unidas pasara lo que pasara). Pero, mientras tanto, los argumentos y las expectativas muestran a jóvenes que se encuentran y manifiestan a gusto e identificados o identificadas con unos vínculos que propician las dosis de libertad, experimentación y diversión que requieren en este momento. Además de la mano de un discurso aparentemente crítico con su propia actitud, como muestra de que, hagan lo que hagan (porque "es lo que toca" dada su juventud), saben distinguir el auténtico compromiso, y lo que verdaderamente sustenta a una pareja con un vínculo de largo recorrido (fidelidad, confianza, sinceridad...). Como ocurre con tantas otras cosas, lo absorbente de un discurso tan generalizado (en el sentido de que, durante la adolescencia y primera juventud, las parejas son efímeras), puede situar en una posición incómoda a quien tenga y pretenda comportarse en función de una concepción más romántica o (que muchas personas calificarían como) más "clásica".

En cualquier caso, es cierto que el análisis se realiza en términos de antes/ahora, y cuando eso ocurre se tiende a hacer énfasis en las pérdidas, además de tal forma que se trasciende la mera interpretación del compromiso asociado a las relaciones. Así que cuando se dice que entre los y las jóvenes existe una "alergia al compromiso" (Expertos/as en juventud, Madrid), no sólo se habla de que establecen lazos efímeros en sus relaciones personales, sino también de que esos lazos son igualmente volubles respecto a su compromiso con lo social, con lo colectivo, o con cualquier proyecto que trascienda la esfera de lo personal, o de lo que reporte una recompensa casi inmediata. Las relaciones juveniles se observan, por tanto, como síntoma de una forma de estar en el mundo ("no sabemos cuidar lo que tenemos") y de establecer determinadas prioridades.

—La mentalidad, por lo que me dice mi madre... el problema que tienen los jóvenes es que no sabemos sufrir. No sufrir, privarte de cosas. Solamente pensáis en viajar, cachondeo, no sabemos tener algo como antes, que tenían un hijo, ya sabían que iban a sufrir, tenían cuatro trabajos. Pero sí que es verdad que antes el padre podría mantener a la familia entera con dos trabajos. Y la madre cuidar a los críos. Eso ha cambiado mogollón. Ahora tiene que trabajar la madre, el padre y el perro para que pueda mantener la familia. Entonces si trabajan los dos, ¿quién va a cuidar al crío? Para eso no lo tengas.

—Sí y no. Ahí no te doy la razón del todo porque tenemos un nivel de vida aquí...

—Sí, también es verdad.

—Yo creo que ha bajado mucho el nivel de vida de que disponemos nosotros.

- No, no. Hacemos muchas más cosas que nuestros padres.
- ¿Tú te imaginas que tus padres se fuesen un fin de semana a Edimburgo?
- Ni de coña.
- Yo lo invierto en eso.
- Claro, tú quieres viajar [...]
- El sacrificio es buen valor, pero el sufrir tampoco creo. ¿Tienes que ir sufriendo?
- El sacrificio, la palabra sacrificio, no me acordaba. No sufrir.
- Yo creo que tenemos expectativas demasiado altas de la vida.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Cuando en el contexto de estas disquisiciones surgen voces (de jóvenes y de expertos) que se interrogan sobre las causas de esta circunstancia, uno de los elementos que resultan recurrentes es el de la necesidad de inmediatez, actitud que predispone al cambio y la renovación constante, y que sigue las claves de la interacción mediada por las TIC: consumo de compromisos efímeros, adscripciones breves y revisables, recompensas inmediatas y, en cualquier caso, dificultad para el establecimiento de metas a largo plazo.

—Mira, de nosotros, otro ejemplo claro. Mi padre y mi madre se conocen desde los dieciocho años... Y no han tenido otra pareja. ¿Cuántas parejas hemos tenido nosotros a nuestra edad? Ya. ¿Cuántas veces hemos quedado una semana con dos... dos chicas o dos chicos la misma semana? Eso es educación, si queremos algo más con esa pareja. Eso en la generación de nuestros padres es que ni se les pasaba por la cabeza. Ahora, lo de siempre, inmediatez, el móvil, las redes sociales, pum, pum, pum... Te lo ponen muy fácil. Eso es para mí falta de educación y falta de valores. Y yo lo he hecho, y no he tenido ningún problema. Pero a mi padre entiendo que no se le pasó por la cabeza. Eso es perder educación entre generaciones.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Otra perspectiva es la de indagar sobre las motivaciones que sustentan los compromisos, y que los hacen posibles (o no). En este sentido, el discurso se redondea en el momento en que se interpreta que las propias motivaciones son flexibles y moldeables, desde la visión de gestionar las rutinas de la mejor manera posible. Es decir, emplear las motivaciones que ayudan a sortear el aburrimiento, la rutina y las posibles frustraciones.

—A ver, yo creo... yo creo también que a todo el mundo también le llega su motivación para lo que sea, ¿sabes? Entonces, tampoco tienes que

tener prisa porque te llegue. Porque yo, por ejemplo, ahora mismo no sé de qué quiero trabajar ni... ni nada... Pero es que tampoco me voy a obsesionar en buscar algo, porque es que no creo que lo encuentre. Yo creo que... yo creo que me tiene que salir.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Proceso por el cual se interpreta que se puede obtener más disfrute en el buscar que en el encontrar, a partir de cuya convicción parece complicado que se quiera dejar de buscar, siempre desde la perspectiva de aprovechar al máximo todas las oportunidades que están al alcance de la mano, y desde la pretensión de no perderse nada de lo que pasa o de lo que puede pasar (una vez más, desde las lógicas que suponen las relaciones mediadas por la tecnología, trasladadas a las relaciones en su conjunto). Sea como fuere, los y las jóvenes "se mueven porque quieren ser felices, aunque no saben cómo hacerlo" (Expertos/as en juventud, Madrid). O tienen pistas sobre cómo hacerlo en el presente inmediato, lo cual no implica que las mismas pistas no sirvan en el medio plazo.

—Yo creo que también lo estamos enfocando mal en este sentido, que al final vale, igual ahora en una relación te aburres y te buscas otra. Pero eso tampoco tiene por qué ser malo. El éxito antes era casarte, tener hijos y ya está, te puedes morir en paz.

—Pero si tu final es encontrar la pareja perfecta no la vas a encontrar, porque lo que no te gusta de esa puede ser que la otra no lo tenga, pero tendrá otra historia. Y al fin y al cabo es limar un poco las asperezas que tienes con esa persona.

—Buscar los puntos comunes.

—Puntos comunes, te vas a encontrar diferencias con cualquiera, es que es así, en la convivencia.

—Lo has dicho antes, igual hay gente a la que le gusta más buscar que encontrar, hay gente a la que le gusta más estar ahí en un proceso constante de renovación que establecerse en la rutina.

—Pero en la mayoría de los casos yo creo que la gente, pienso, creo que le gustaría morir teniendo una historia con alguien. O a lo mejor yo, que soy un poco memo.

—Pero es así, los hay que los buscan y quieren estar probando gente nueva, pues sí.

—Hay mucha gente que no gestiona bien la rutina. Al final cuando te enamoras al principio todo es precioso y tal, pero después de un año...

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

7. CAMINO ASFALTADO Y FUTURO INCIERTO

7.1. PRESENTISMO OBLIGATORIO (PRAGMATISMO)

Como se ha mencionado anteriormente, la crisis caló profundamente a muchos niveles sociales, y el sistema de valores se vio afectado, inundado por un clima de desafección (que venía de antes pero se acentuó) y de resignación, que propició nuevos matices a la lectura de valores tradicionales. En Megías (2014; págs. 10-19) se hablaba de cómo la situación estaba caracterizada por el predominio de las negaciones y los contra-valores, que condicionaban las actitudes y expectativas de los y las jóvenes, así como del resto de la sociedad (aunque de forma acentuada en la población joven, por estar en años de asentamiento y proyección de futuro). Contra-valores como la (in)estabilidad, la (in)seguridad/(in)certidumbre, la (in)justicia, o la (in)madurez, que, desde la perspectiva de los y las protagonistas, definían un sistema caracterizado por las pérdidas y las aspiraciones frustradas, además con elementos que se constituían en "palos en las ruedas" a la hora de poder revertir la situación, como la (des)motivación y la (des)confianza. Todo ello daba lugar a lo que el análisis calificaba como una "vida *low cost*", sobre la cual instalaban los y las jóvenes sus expectativas.

Este contexto social ha marcado de forma evidente a jóvenes cuyas familias han pasado o siguen pasando dificultades, entre quienes se extiende una desconfianza en las instituciones difícilmente reversible, que asumen que los años de crisis han supuesto que el mercado laboral se instale en la precariedad como estado permanente, y que tienen claro que cualquier proyecto de futuro, si se es capaz de imaginar, habrá de ser revisable y adaptable.

Desde la perspectiva más pragmática, que en tiempos de incertidumbre se interpreta como vía de salvación, incluso se elimina toda expectativa de futuro, como medio para evitar la frustración, pues "pensar en el futuro amarga" (Mixto, 16-17, taller Madrid). Y entre las personas adultas también se entiende ese reajuste de las expectativas, desde la observación de que "todo lo que viven es en el ahora" (Expertos/as en juventud, Valencia).

—Yo no soy una persona que si tiene un problema a futuro no me gusta estar comiéndome el coco todo el día por el problema que voy a tener a futuro. Creo que hay que ser un poco pragmático, los problemas ponerles soluciones, pero de nada te vale si te vas a comer un marrón dentro de dos meses. Depende de qué cosas, claro, si te dicen que en dos meses se te acaba el contrato de trabajo empieza a moverte ya, pero no estés todo el puto día, porque me quedo sin curro, porque no sé qué. Es que la peña, considero que también es supermasoca. Yo tuve una pareja que era horrible, todo el día el problema que iba a tener la semana que viene, de rallada continua. El problema lo vas a tener este día que vas a tener que ir a esta cosa. Y tienes un problema, vale ¿De qué te vale estarte toda la semana calentando la cabeza? Calentándotela tú, calentándomela a mí. Tienes que ser un poco pragmático, que estés cabreado, lógico. Que te lles un palo y pases un mal rato, lógico. También hay que tener la perspectiva de poder focalizarte en el problema, tratar de buscarle una solución.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Tales percepciones, unidas a valores como el hedonismo, o la importancia que se concede al tiempo libre (también dentro de la capacidad de gestión del propio tiempo), conforman el estereotipo en torno al presentismo como valor juvenil, que tiene componentes de disfrute, despreocupación y experimentación; pero que, en términos generales, está muy impregnado de una sensación de inevitabilidad, y sobre todo de pragmatismo: priorizar el día a día y la diversión, como forma de no "amargarse" ante la imposibilidad de mirar más allá, pues el contexto no lo permite; y porque preocuparse más tampoco garantiza el éxito. También, por qué no decirlo, porque en el imaginario colectivo es lo que se espera de adolescentes y jóvenes, y siempre resultará cómodo comportarse tal cual se espera (entre otras cosas, porque quien no lo haga será señalado o señalada como "raro/a").

—Yo creo que para mí lo más importante es el futuro. O sea, porque es que en un futuro... Si no te lo labras en un presente, en un futuro ¿qué? Es que, no sé...

—Ya vendrá...

—Pero si te preocupas del futuro, el presente no lo vives...

—Claro.

—No lo disfrutas.

—Pero vas más preocupada por el futuro. Si tú empiezas a pensar en tu futuro, a pensar: "qué será de mis estudios, mis trabajos." Lo pasas... Lo pasas preocupada. Y no lo disfrutas.

—Puedes hacer las dos cosas a la vez, yo creo.

—Claro.

—Depende de la persona. Yo si pienso en el futuro me agobio.

—Yo también.

—Yo igual.

—Miro el día a día.

—Pero hay que saber llevarlo los dos bien... e ir compaginándolos. —Pero es más importante para mí vivir el presente e ir disfrutando de las cosas que tienes ahora que luego que pensar: "Buah, no lo voy a disfrutar ahora que lo disfrutaré dentro de diez años." A lo mejor no sé si... dentro de diez años vas a tener la posibilidad de disfrutar ese momento. O sea, yo prefiero disfrutarlo ahora que puedo...

—Y que yo creo que disfrutando el presente acabas haciéndote un buen futuro.

—Hombre, está bien, está bien, hay que pensar también en el futuro...

[...]

—Pero no pienso en el futuro en plan, estoy haciendo esto para en un futuro eso. Sino, estoy haciendo esto porque me gusta ahora, y en un futuro pues voy a hacer otra cosa... A ver, con lo que estoy haciendo ahora en el presente, puede no tener, que a lo mejor en plan en un par de años cambio mi futuro, quiero ser otra cosa, o quiero...

—No sé, yo pienso que la gente vive muy agobiada pensando en el futuro, y se deja muchas cosas por vivir hoy en día que no...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Es importante señalar que este presentismo obligatorio nada tiene que ver con el desprecio del futuro, la renuncia a generar proyectos vitales, o la dimisión respecto a las responsabilidades presentes. Además, porque precisamente los años de crisis causaron dificultades en muchas familias que "han hecho que no sean acomodados" (Expertos/as en juventud, Valencia); y también porque, ante tales dificultades, se ha reforzado la percepción en relación a que la inversión formativa es el mejor camino para poder revertir la situación (no porque te vaya a asegurar un puesto o una posición, sino porque quien no cuente con esa formación quedará al margen de cualquier posibilidad). Por ello se vive de manera muy clara la responsabilidad de cumplir en el presente con los estudios, como única forma de construir un posible futuro, o al menos de no echarlo por tierra ("...y luego ya se verá"). Y cuando la responsabilidad se proyecta de forma tan clara sobre un solo aspecto de la vida, otras muchas parcelas pueden sentir esa carencia (como se abordó en el capítulo 4). Es decir, que si se entiende que la única manera de construir futuro en el presente es cumpliendo con los estudios, cuestiones que

trasciendan ese ámbito de lo individual entrarán directamente en la esfera de lo que puede ser deseable, pero escasamente operativo, cuando no utópico.

—Yo trabajo y estudio... e intento vivir al presente, en plan... haciendo cosas.

—Pero generalmente tu presente ahora mismo es trabajar y estudiar, lo que tú has dicho...

—Claro.

—Entonces eso es lo que te va a hacer el futuro.

—Y yo ya sé, por ejemplo, que en un futuro quiero trabajar de lo que estoy trabajando ahora... Entonces, estudio lo que me gusta para ir metiéndome en el mundillo de lo que más me gusta...

—Yo lo mismo.

—Joe, pues yo eso, yo creo que es la buena... la manera correcta de pensar en el futuro.

—Claro.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Sea como fuere, desde la evidente presencia de sus responsabilidades formativas, adolescentes y jóvenes rechazan tajantemente que sólo piensen en el presente: "siempre pensamos en el futuro" (Mixto, 16-17, taller Madrid"); "el colegio te hace mirar mucho hacia el futuro" (Mixto, 16-17, taller Valencia); "nos recuerdan todos los días el futuro" (Mixto, 16-17, taller Madrid"). Consideraciones sobre el futuro, como se apuntó, que pasan por ir superando etapas formativas y se circunscriben a un ámbito de la educación formal que, desde quienes trabajan con personas jóvenes, se define como "un entorno exigente que les obliga a responder ya a sacarse las castañas del fuego" y en el que "se esfuerzan en cumplir sus objetivos" (Expertos/as en juventud, Valencia).

Los datos disponibles ahondan en esta convicción, pues los y las jóvenes se autoidentifican como "trabajadores/as" en un 8,16 (en una escala de 1 a 10, donde 1 significa "nada" y 10 significa "absolutamente"), y "responsables" en 8,08, mientras que "pensando sólo en el presente" alcanza un 5,70, "con poco sentido del sacrificio" un 4,12, y "con poco sentido del deber" un 4,10 (Elzo y Megías, 2014; pág. 57). Es decir, autopercepción (desde los datos, que los argumentos grupales tienden a ser más críticos, sobre todo cuando se habla del conjunto de jóvenes) contraria al estereotipo de jóvenes que sólo piensan en salir y divertirse, pero que también plantea la contradicción y disyuntiva que supone la necesidad de disfrutar el presente y ser pragmático/a en relación a las expectativas, sin dejar de tener en cuenta los pasos que es necesario dar para construir las bases del futuro.

Desde la perspectiva de las cosas que priorizan, las que sienten como propias, las que entienden como responsabilidades y las que consideran que se espera de ellos y ellas en tanto que personas jóvenes, y desde lo que consideran es una necesidad de ser pragmáticos como modo de minimizar las posibilidades de generar frustración, se establece la necesidad de encontrar un equilibrio entre pensar (poco) en el futuro y vivir (adecuadamente) el presente. A partir de ahí, se entiende que el camino a recorrer será adaptable, y que es mejor no preocuparse en exceso, pues los elementos en torno a los que se instala la preocupación son inmanejables. Entonces el futuro se constituye en un valor deseable en sí mismo, desde el momento en que, para ellas y ellos, es más una aspiración que una motivación.

Desde otra perspectiva, la asimilación de "futuro" y "juventud" como valores que caminan de la mano (a partir del axioma "los jóvenes son el futuro"), más allá de la evidencia de que las personas jóvenes de hoy serán las personas adultas de mañana, se quiebra desde el momento en que resulta casi imposible la proyección en el futuro de los y las chicas del presente, que antes de posar sobre sus hombros el destino futuro de nuestra sociedad, luchan por encontrar su espacio en la que comparten hoy en día¹.

—Moderador: *¿Qué cosas os motivan?*

—*A mí, que llegue el fin de semana. Lo siento, es eso, jeje.*

—*Aprender cosas nuevas, interesantes y poder utilizarlas.*

—*Viajar.*

—*Viajar, sí.*

—*Cambiar cosas.*

—*Para mí, no las tradicionales, pero al final es acabar la carrera para poder tener un trabajo, poder cobrar, poder viajar y hacer lo que me gusta. Pero al final es que siempre piensas en el futuro. —Llegar a tener un futuro para mí no es una motivación, es algo que, buf...*

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

1. En Megías (2014; págs. 69 y 79) se aborda esta cuestión, señalando que: "La asociación directa de juventud y futuro, planteada desde las circunstancias presentes, en lugar de servir de elemento motivador, puede llegar a tener un efecto de presión: desde la incertidumbre que les impide imaginar proyectos vitales de largo plazo, es fácil entender lo complicado que puede ser que lleguen a verse como motores del desarrollo social, o puedan imaginarse cómo será una sociedad futura liderada por su generación". Tras lo cual se concluye que: "Es necesario ser conscientes de las dificultades, y la presión, que para los y las jóvenes puede llegar a suponer llevar ese peso del futuro sobre los hombros, precisamente en un momento en el que el suelo se tambalea bajo sus pies. Esa vivencia se transmite a través de sus palabras y sus percepciones, y pone en evidencia la exigencia de conseguir un presente más estable, que permita un futuro más esperanzador; porque no parece posible construir un futuro (propio, pero también del conjunto de la sociedad) si las circunstancias actuales impiden imaginarlo y proyectarse en él."

7.2. EL "MANUAL"

Cuando piensan en los pasos que es necesario seguir en el trayecto hacia ese futuro incierto, los y las jóvenes asumen que transcurren por un camino compuesto por una serie de normas no escritas, pero para las que han sido educados y educadas. Reglas del juego que no se cuestionan (aunque en ocasiones se afirma que son "impuestas"), entre otras cosas porque no se conocen otras, ni la sociedad parece plantear o aceptar otras, como precepto para no quedar fuera de juego. Normas que establecen un tipo ideal de lo que es el camino a la vida adulta (estudiar, encontrar un trabajo, formar una familia...), y que adoptarán matices distintos en función del origen familiar y el contexto social (por ejemplo, seguir con la tradición laboral familiar, estudiar algo que no decepcione a sus progenitores, estudiar algo que "tenga salidas", etc.).

En función de las mismas, se habla de que se sitúan ante un "camino asfaltado" hacia su futuro, toda vez que se lo encuentran ya construido y canalizado antes de tener que emprenderlo, además con toda una serie de indicaciones a modo de "manual" a partir del cual manejarse en el trayecto. A partir de él, se podrán elegir determinadas opciones, pero respetando el manual dado que marcará los límites de lo aceptable (que pueden variar en función de la clase social).

—Te dan un manual, ¿no?, y al final es que te... que somos máquinas en ese sentido.

—A ver, hay... es normal que la sociedad nos marque un tiempo. Por ejemplo, ¿por qué nosotros tenemos una perspectiva diferente a la de nuestros padres? Yo, por ejemplo, en el caso de la gran mayoría, a partir de los 25 años, ya cuando has terminado tu carrera y empiezas a madurar tienes unos... Tienes unos plazos de unos 5 años, para empezar a asentarte laboralmente, y luego a partir de ahí ya, puede que cambie la visión de las cosas.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Ese camino que está, y ya está.

—Claro. Es que tampoco vas a decir y...

—Es lo que hay, y la gente no se plantea cambiar las cosas. [...]

—Tampoco podemos decir, pues nada, dejamos de estudiar. Porque si no, ¿qué? Todos nos quedamos sin dinero en el futuro, sin nada, y no... No podemos hacer otra cosa.

—Hay varios caminos, no sé, yo creo que llegando al objetivo ya eso se abre un montón. Y ya dices: "Buah". A lo mejor has cogido un camino por aquí que... que se te aleja de tu objetivo que tienes en la vida o

cualquier cosa, pero con el futuro te acerca. O has cogido el camino correcto y has llegado a otro objetivo que tenías pero te gusta más que el que tenías pensado.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Este "camino asfaltado" correspondería a lo que en Megías (2014; págs. 44-52 y 77) se denominaba la "vía normativa", que tras la crisis se habría asentado aún más en el imaginario colectivo, como forma de recuperar un futuro arrebatado: "los proyectos vitales se siguen construyendo en torno a los mismos elementos (estudios, trabajo, hogar, familia) que antes de 2008. Pese a la dificultad para alcanzarlos, tales elementos siguen dando forma a las expectativas, construyendo una opción casi única, cuando menos normalizada. Circunstancia que provoca una dualidad en la que es complicado encontrar el equilibrio: no debo salir del camino natural, pero las circunstancias me impiden recorrerlo en buenas condiciones."

Evidentemente, las circunstancias personales y familiares pueden determinar importantes diferencias a la hora de afrontar y acatar lo marcado del camino, y también es cierto que tras la crisis y la evidencia de la ruptura del pacto social en relación a la formación y consecución de un puesto de trabajo, las familias se muestran más abiertas a que sus hijos e hijas emprendan estudios distintos a los universitarios (por ejemplo), o caminos vocacionales que teóricamente tienen menos "salidas" laborales, dado que otros caminos tampoco aseguran esas salidas. Pero no se puede negar (y así lo manifiestan los y las jóvenes) el importante peso que sigue teniendo el imaginario en relación a lo que debe ser el camino a la vida adulta.

Respecto a los estudios y el trabajo resulta muy claro, por ser cuestiones esenciales para la integración, la socialización, y la mera subsistencia, y por ello el debate se establece en torno a cuestiones más evidentes o explícitas. Pero el "manual" puede incluir también cuestiones relativas a formar una familia, qué tipo de familia formar, tener o no descendencia, adoptar un tipo de vida menos "estable", etc., que algunas personas pueden vivir desde la inseguridad o la frustración que genera la falta de respaldo, cuando la opción elegida no responde a lo que determina los límites de la "normalidad". En este sentido, es cierto que entre las y los jóvenes se asienta la convicción de componer una generación que acepta bastante la diversidad, sobre todo la que tiene que ver con respetar que cada cual tome sus decisiones sobre cómo vivir la propia vida; por lo que, al menos entre los pares, existe una expectativa alta en relación a que se puedan aceptar modelos de vida que se salgan de la norma. Otra cosa es que esos modelos se consideren socialmente operativos o funcionales (más aún en época de

pragmatismo), algo que, quizás, puede desnivelar la balanza hacia un lado u otro a la hora de tomar decisiones sobre qué camino emprender.

—Es curioso porque decimos: de 20 a 25. Es como que... qué nos marca que de 20 a 25 tenemos que probar...

—Bueno, eso no es un baremo...

—De 25 a 30 tenemos que eh... afianzar. De 30 a 35...

—Es un poco la tónica, ¿no?, en general. Siempre hay casos... excepciones y tal.

—Pero... Claro, pero si ya de por sí, gente joven, que hemos vivido cosas, que buscamos lo que nos interesa, tal. Si ya nosotros mismos nos ponemos este peso encima: "Uy, estás ya en los 25, estás ya ahí rozando que o tomas una decisión, o quizá estarás desbancado." Yo, por ejemplo, admiro mucho la gente que empieza a estudiar a partir de los 30 años una carrera que nunca ha estudiado. Que tiene ganas de hacer cosas nuevas... [...]

—Yo creo que el que te marca eso, es la sociedad. Ahora tu entorno se empieza a casar, tú te lo plantearás. Si tú tenías 22 y se casa tu mejor amiga, dices: "Joe, vaya loca." Pero porque es una entre cien. Entonces yo creo que la sociedad, yo creo que te va marcando, que se independiza, que la gente se casa, que la gente se afianza con una pareja. Que tú le dices un viernes de salir a tu amigo, y te dice: "No, no, he quedado con mi novia." Ah, bueno, vale. Entonces yo creo que ya, el... en tu entorno se va haciendo unas cosas y tú te vas guiando por eso."

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

El imaginario al respecto es claro, y queda patente en las propias expresiones que usan los y las jóvenes al hablar de estos temas. Así, es muy sintomático que hablen de "encaminarse", cuando se refieren a sus trayectorias vitales futuras, de igual modo que se habló literalmente de lo "asfaltado" de ese camino, o se empleó explícitamente el término "manual". Teniendo pues claro lo que se espera de ellos y ellas (de igual forma que entienden que se espera que les guste salir y experimentar, por ejemplo), tal circunstancia, en algunos casos, puede ser vivida como un peso sobre los hombros, que según circunstancias personales y familiares puede implicar mayor o menor carga de inseguridad (¿encajo en este modelo?), o incluso angustia. Entonces surge un fuerte sentido de la responsabilidad, muchas veces en torno a cuestiones que vienen dadas, y que resulta complicado cuestionarse. Responsabilidad por cumplir con plazos y expectativas, por tomar decisiones (quizás en momentos en los que aún no sienten estar preparados/as), por no defraudar, y por aceptar determinadas

reglas del juego que pueden resultar incómodas, como entrar en la rueda sin fin de la competitividad, como forma de encarrilar ese "camino".

—Yo creo que... ahora mismo estamos en la edad de que... que ya no se pueden hacer tonterías y tienes que empezar a tener la mente muy clara en lo que vas a hacer, y encaminarte, y estar seguro y apostar por... por lo que vas a decidir. Por dónde vas a tirar, porque es que de aquí a un paso ya tienes 30 años.

—Miras más en el futuro. Y con 20 miras en el hoy. No en el futuro.

—Claro.

—Eso es, con 20, 25 estás un poco tanteando... No valoras todo tanto. No lo tienes tan claro, o te da todo un poco más igual. A mí por... en mi aspecto personal.

—Y yo, desde hace eso... Bueno, yo a lo mejor lo cogí un poco más pronto, con 23, y tal, pero vamos... Eh... veo en mi núcleo social, veo muchos amigos siguen igual que cuando teníamos 20 años. Y son más que los que, por ejemplo como yo, estamos intentando, pues bueno, eh... reconducir un poco nuestra vida, llegar a ser algo y...

—Surge a partir de querer tener responsabilidades o no. Para mí, para mi gusto.

—Tener unas responsabilidades, no ser lo típico de: "Oye, salgo siempre de fiesta, no sé qué..."

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Moderador: ¿Cuál es vuestra responsabilidad?

—Cuidar lo que tienes. [...]

—Cuidar mi futuro. No desperdiciarlo.

—Y aprovechar ahora todo lo que te dan por ser joven... Todas las salidas que te dan. Pues todas las becas que te dan para estudiar, todo eso tienes que aprovecharlo, porque llega un momento que no... no te lo van a da. A lo mejor tienes 30 años y quieres estudiar y pides una beca porque no te llega para estudiar y te dicen: "No, lo siento, no. Tú ya has tenido tu oportunidad."

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

En relación a este "manual", hay cuatro valores que adquieren un peso significativo y generan expectativas diversas: deber, esfuerzo, ambición y éxito.

De forma distinta a como se entiende la responsabilidad, el deber se interpreta que se establece en torno a obligaciones, cuestiones respecto a las cuales no se tiene capacidad de elección: se hace porque sí. El matiz es importante cuando se pretende que valoren cuestiones como las que se proponen en algunos

cuestionarios, como el hecho de que los y las jóvenes tengan "poco sentido del deber". Desde los discursos (como ocurrió en las dinámicas grupales) resulta perfectamente compatible afirmar que reconocen poco sentido del deber entre adolescentes y jóvenes, pero que también entienden que cumplen con sus obligaciones (en centros educativos, en casa). Es decir, que se cumple no porque se tenga sentido del deber, sino porque hay que hacerlo por obligación, y esa obligación no se cuestiona. La distinción opera a nivel de matices, que en ocasiones pueden resultar confusos, pero que ellas y ellos entienden en torno a la voluntariedad de los actos.

En este sentido, entienden que, en el presente, "todo son deberes" (argumentos marcados por la realidad de sus rutinas escolares) y, por ello, tienen "pocas ocasiones para expresar poco sentido del deber", desde una perspectiva que incide en lo meridianamente claro del camino que deben seguir, que no es otro que sacar de la mejor manera sus estudios, y encaminarlos en la dirección adecuada para encarar de la mejor manera posible las siguientes etapas del camino. En el otro lado, seguramente pensando en cuestiones distintas a los estudios, también señalan que "hay menos sentido del deber porque hay menos autoridad", y que, por ello, se les obliga menos a cumplir con otras cosas (Mixto, 16-17, taller Valencia).

El esfuerzo se entiende como la moneda de cambio necesaria para "conseguir algo", sin la cual no puedes pedir nada a cambio (nada de lo que implica el "manual"). Así, lo describen como "lo que necesitas para conseguir un logro", o lo que empleas "cuando te cuesta conseguir algo". Frente a esta expectativa de sacrificio, sólo se entiende que el factor suerte (fundamentalmente ligado a la familia de origen, o a fortunas inesperadas) puede compensar la necesidad de esfuerzo a la hora de encarar el camino hacia la vida adulta. Y en este sentido cabe hacer un apunte respecto a estudios anteriores, pues mientras en Megías (2014) se hablaba de esfuerzo (junto a la rebeldía) como elemento que componía lo que se denominaba un "camino alternativo" al normativo, en el sentido de que representaba una vía difícil (acentuada por la situación de crisis), en el presente se asienta el convencimiento de que ha dejado de ser una opción para quien quiere progresar, y se constituye en el único camino posible, incluso para alcanzar la mínima estabilidad. No sólo eso, pues se acepta que, incluso habiéndose esforzado, es posible que no se alcancen las metas esperadas. De nuevo, aroma de incertidumbre, frustración y resignación, como poso que ha quedado tras los años de crisis.

—Si no te esfuerzas, no puedes pedir nada a cambio, porque no estás luchando por ello...

—Claro. [...]

—Si no te esfuerzas, ¿sabes?, yo creo que no llegas a nada...

—Sí, a ver, yo no me he esforzado nada.

—O tienes demasiada suerte o no llegas a nada.

—Claro.

—O tienes unos papis que te lo dan todo.

—Sí.

—No, a ver, es que por desgracia también... Hoy en día te tienes que esforzar y tener suerte en la vida si quieres... Si quieres hacer algo en la vida que no sea lo normal de trabajar... de profesor, por ejemplo, ¿sabes? Y quieres llegar a algo y ser y estar destacado en lo tuyo, tienes que esforzarte al máximo... ser bueno, y tener suerte.

—A veces, aunque te esfuerces no...

—Claro, claro, si no veo alguna de esas tres cosas...

—Sobre todo la de tener suerte.

—Yo creo que es más esforzarse... que tener suerte.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

La revisión a la baja de las expectativas también provoca algunos reajustes en torno al valor ambición, que tiende a emplearse en relación a metas de corto plazo, y a elementos concretos de ese "camino" (estudios, trabajo), más que alrededor de fantasías o proyectos soñados. En este sentido, se entiende que la ambición es buena como herramienta para superar metas, y como motor vital, de superación (para "no estancarte") y motivación. Fuera de esas cuestiones "normativizadas" en torno a las que se entiende la ambición, se puede llegar a escuchar hablar de ambición desde un plano más emocional, como tener ambición por ser una persona más querida o respetada; pero lo cierto es que esta perspectiva tiene escaso peso en los discursos generales, y además suele derivar en cuestiones como la búsqueda del prestigio o la reputación social, como motivaciones últimas de ese tipo de ambición (siempre proyectadas sobre otras personas).

—Es bueno tener siempre una ambición. Yo recuerdo cuando era de esa edad, que yo quería seguir estudiando. Porque de momento sabía que si no tenía unos estudios mínimos, que sería, desde mi punto de vista, superior o una carrera, iba a tener más difícil... Porque yo también siempre he sido algo más ambicioso... Para ascender y todo esto, los puestos que yo veía de más relevancia en una empresa, eran gente que estaba estudiando una carrera. Entonces dices: "Seguramente me va a tocar estudiar una carrera si quiero llegar aquí, y no quiero trabajar doce

horas como mi padre de charcutero, o... mi madre limpiando casas por ahí..." [...]

—Somos más atrevidos.

—Tenemos más esperanza, ¿no?, somos más atrevidos.

—No somos conformistas.

—No somos conformistas. Y bueno, y yo por... En mi caso, yo me considero ambicioso. Siempre quiero llegar a más, no me conformo con quedarme ahí en este escalón...

—Para mí es importantísimo.

—Siempre creo que hay un escalón, siempre creo que la montaña se puede seguir escalando, ¿sabes?

—Y eso es muy importante.

—Moderador: ¿Es importante escalar la montaña? Porque a lo mejor te apetece quedarte en el medio.

—No es que sea importante...

—Hombre, un poco.

—Eso depende de cada uno. Pero pienso que siempre hay... siempre hay algo más que hacer. O sea, siempre puedes ir progresando, no hay un tope, ¿sabes?

—Exacto.

—Porque es como: "Bueno, pues ya llegado hasta este punto, tal... Bueno, ya me quedaré aquí." Oye, que eso está muy bien. Pero siempre creo que... siempre se puede llegar más allá en todo. Entonces, si puedes, y tú lo... y realmente lo crees, por qué no lo vas a hacer, ¿sabes?

—Siempre se tiene un grado de ambición positiva, porque en ti mismo lo que te hace es ayudarte a ti a... a no pararte, ¿no? A no caerte, a no estancarte, a no... Porque, shhh, ya no sólo hacia fuera, ¿no? Porque dices, pues oye, puedo crecer, puedo llegar a ser tal... Sí, no, yo el personal. Porque la persona yo creo que, por el hecho de conformarte, también te estanca como persona. Y no te hace mejorar, mejorar tus valores, mejorar tus formas, eh...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Yo me considero ambicioso por eso, porque siempre quiero más y más y más y en general más.

—Moderador: Pero, ¿te refieres a cosas materiales o...?

—En todo, en todo en general. O sea, siempre que acabo algo digo: "Bwah, pues voy a por lo siguiente..."

—Vas a por más.

—No me estanco en el: "He acabado esto, esto no..."

—Yo soy ambiciosa sobre todo con los estudios.

- Moderador: *¿Eso qué significa?*
- Que siempre quiero algo mejor.*
- Moderador: *O sea, superarte en notas, en...*
- Sí. Y... es una putada.*
- No, es bueno.*
- Es bueno, sí.*
- Te estás labrando tu futuro.*
- Claro.*
- Si tienes menos nota de la que tú quieres te ofuscas contigo misma y en verdad es una buena nota, ¿me entiendes?*
- Sí, pero hace que para la siguiente te pongas más fuerte.*

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

La perspectiva positiva de la ambición incide en su utilidad como elemento que evita el conformismo y el acomodamiento, y como manera de establecer metas vitales sin las cuales se entiende que es más difícil disfrutar de los logros (si no hay ambición por superar metas no se experimentará esa satisfacción). Pero también se apunta lo nocivo de tener un exceso de ambición, o una "obsesión" por la misma, que por un lado se entiende que puede derivar en un egoísmo o individualismo desaforado, y por otro se interpreta que puede provocar que no se valore lo que se tiene, pues siempre parecerá insuficiente.

- En principio, en plan hablando en general, como ambición, es buena. Yo creo que es buena.*
- Moderador: *¿Y cuándo empieza a ser mala?*
- Cuando una obsesión yo creo...*
- Cuando estás obsesionado con algo.*
- Cuando la ambición es... Cuando en esa ambición sólo piensas en ti y dejas de lado las demás cosas para pen... para centrarte en lo tuyo.*
- Hombre, es que yo creo que ser ambicioso yo creo que es pensar bastante en ti. En plan, yo quiero lo bueno para mí, lo mejor para mí, y...*
- Pero porque no ves el mundo alrededor...*
- Claro, lo que a ti, dentro de querer lo bueno para ti, no piensas en hacer daño a los demás...*
- Ya. Hombre, claro.*
- Y la ambición puede llegar a eso perfectamente, como se está viendo en lo que he dicho...*
- Desde el poder...*
- Claro.*
- Que te da igual como estén los demás con tal de llegar...*

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

—A mí me pasa personalmente que siempre quiero más y todavía no he obtenido para nada mis objetivos, pero en el momento que me acomode a algo creo que voy a querer estar por encima de eso. Eso me da un poco de miedo, me produce casi ansiedad.

—Ese es el problema de hoy en día, que el objetivo a que lleguemos siempre vamos a querer un objetivo más.

—Marcarte un objetivo siempre es bueno, pero yo creo que también es importante que hagamos el ejercicio de valorar lo que hemos conseguido en el camino y las cosas que a veces damos por sentadas, de tengo una familia que me quiere y les quiero, tengo unos amigos que me quieren y les quiero. Igual tengo una pareja y también. Hay cosas que no te paras a pensar en el día a día y dices, joder.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Finalmente, el propio camino determinará el baremo de lo que se considera éxito, pues alcanzar determinados estadios (formar una familia, tener un hogar, disponer de estabilidad económica, obtener cierto reconocimiento social...) se constituirá en el nivel básico de las conquistas, en base a la necesidad de alcanzar las cuales se adaptarán las estrategias y se tomarán las decisiones.

—El objetivo es llegar a ser una persona diez: que tengas dinero, que tengas una familia, que socialmente estés reconocido... El camino que tomes da igual, porque puedes ser youtuber, puedes ser médico, puedes ser albañil...

Expertos/as en juventud, Madrid

En el presente, cuando el éxito no remite a la consecución de las metas laborales o familiares planteadas, se explica en torno a un concepto tan genérico como la felicidad (el éxito es ser feliz, y cada cual tendrá su baremo para alcanzar tal cosa). Ciertamente, no resulta sencillo escuchar que el éxito se entiende principalmente asociado a la obtención de metas materiales o económicas, y tal proyección suele tener un alto componente de clase, en el sentido de que las clases adineradas priorizarán éxitos materiales para perpetuar su situación de ventaja. A pesar de lo cual, la asunción relativa al consumismo y le materialismo es transversal a todas las clase sociales.

—Moderador: Y para vosotros y vosotras, ¿qué significa tener éxito en la vida?

—Haber alcanzado tus metas.

—Conseguir un trabajo que te gusta, que te llena, estar bien con tu familia, y tener entornos bien y saludables.

—Claro, tener una familia, creo yo.

- Yo creo que con vivir feliz, me sobra.
- ¿Sólo?
- Tienes que tener a tu familia, ¿no?
- Claro...
- ¿Qué crees que te puede dar la felicidad?
- Y tener un trabajo, tener una vida estable y tranquila.
- Es que quién sabe si en un futuro yo tendré familia o no...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

- Una clase elitista te orienta más hacia el éxito personal. La meta de tus padres es que tú tengas un buen trabajo, pero de la hija de Botín será que tu hija sea la directora del Banco Mundial.
- Pero por eso no está dejando de lado el que aprenda el respeto hacia los demás.
- Pero hay valores como el éxito personal y eso conlleva ciertas cosas, el éxito personal conlleva que en un momento dado tengas que aplastar a tu competidor en el trabajo.
- Para mí eso es ambición, no son valores.
- Probablemente si eres una persona que ha crecido en un entorno extremadamente pobre y tus experiencias vitales, no digo que vaya a ser así siempre, pero lo más probable es que te des cuenta de algunas cosas que igual una persona que ha crecido en un entorno superacomodado, que nunca le ha faltado de nada no ha tenido que aprender por las malas como has tenido que aprender tú. [...]
- Moderador: ¿Para vosotros qué es el éxito, personalmente, qué sería tener éxito para vosotros?
- Principalmente ser feliz con lo que estás haciendo, con uno mismo, La felicidad, el modo como tú lo quieras ver. No sólo tengo un puestazo, tengo este coche.
- Sentirte pleno en todos los aspectos al final.
- Habrà gente que lo relacione al éxito profesional, la palabra éxito, pero yo creo que es muchísimo más que eso. A veces eso ni siquiera es lo más importante.
- Yo lo relaciono más con lo personal en mi caso.
- Más que profesional.
- Más que profesional, con lo personal, en serio.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Hay un aspecto del análisis del éxito que resulta interesante, si bien descansa en un argumento aislado. Y es la percepción de que lograr todos los éxitos y alcanzar

todas las metas que una persona se propone, puede conducir a una extraña sensación (así la explican) de insatisfacción, generada por la incapacidad de generar nuevas ambiciones, o encontrar nuevas motivaciones. En un sentido este argumento puede formar parte del clima de incertidumbre, ausencia de referentes y de adscripciones que puede definir un tipo de identidad juvenil; pero lo cierto es que, en la práctica, tiende a ser una velada manera de remarcar las diferencias de clase (alimentando la imagen en torno a la soledad e insatisfacción de quien triunfa, fundamentalmente).

—A mí me resulta un poco raro, a veces cuando te va todo bien rodado mucho tiempo, luego no lo disfrutas, no sé qué me pasa. A lo mejor soy yo, que soy raro. Me ha pasado que me ha ido bien durante mucho tiempo, me paso viajando a bastantes sitios y ya veía los mares azules y claros como algo normal. No sé, de estar en un nivel de felicidad de... tampoco que me caiga una desgracia, pero me gustaría volver a sentir esa sensación de, joder qué guapo, que chulo es este sitio.

—Eso es igual porque te has acostumbrado ¿no? al sitio en el que estás en ese momento.

—No tanto por el sitio. Aunque no te vayas a ningún lado, es que dices, todos los días bien. Llegas a casa, tienes tu trabajo, tu pasta, tu tal, pero otros que serían mazo de feliz o tú en otras circunstancias has sido muy feliz, y ahora de repente... te pones triste por momentos, sabes, es raro.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

7.3. DERECHO A EQUIVOCARSE

Cuando se habla de jóvenes de forma homogénea e indiferenciada, en muchas ocasiones la perspectiva más crítica del imaginario colectivo incurre en determinadas contradicciones que refuerzan algunos estereotipos. Por ejemplo, exigir madurez y responsabilidad al mismo tiempo que se asume la tendencia a la sobreprotección y la infantilización del colectivo, o demandar implicación y compromiso cuando se niega o ningunea su participación en los contextos en los que realmente se toman las decisiones que afectan al conjunto de la sociedad. En función de este tipo de contradicciones, los y las jóvenes pueden llegar a sentir que son espectadores y espectadoras de muchas cosas que les afectan, que no se les considera ni se les toma en serio, en una situación que ahonda en esa sensación de desafección y resignación que resulta tan perjudicial para tantas cosas.

En los últimos años, y sobre todo a raíz de una crisis a cuyas consecuencias consideran que fueron abocados por decisiones ajenas, se ha hecho evidente que

emerge entre los y las jóvenes un discurso muy crítico con esta circunstancia, que reclama su papel no sólo en la sociedad, sino en lo que respecta a sus propias vidas. En Megías (2014; pág. 66) se hablaba de un "discurso que los y las jóvenes manejan con rotundidad y convicción: reclaman el derecho a tomar decisiones, a equivocarse, a elegir, a poder rectificar, a enfrentar los propios problemas. Y lo hacen desde la convicción de que eso propiciará la madurez, responsabilidad y autonomía que tanto se les exige, cuestionando de paso la infalibilidad adulta que ha conducido a la situación de crisis que tanto les afecta. En una sociedad que se ha equivocado en tantas cosas, los y las jóvenes perciben que fueron despojados del derecho a equivocarse, que es como decir del derecho a aprender de sus errores."

Esa clara demanda en relación al derecho a equivocarse como medio para madurar se hace evidente, ya en el presente, fundamentalmente en el plano más personal, en relación a lo que se viene denominando el "camino" hacia la vida adulta. Apuesta por tomar las riendas de las decisiones que afectan a su vida, a partir de un ejercicio de reflexión que, cuando se explicita, muestra que en muchos aspectos no se tiene tan claro que ocurra, cuando menos no con absoluta libertad.

Lo cierto es que el discurso general incide en que lo habitual es vivir un clima de aparente libertad, en el que resulta extraño escuchar relatos que impliquen prohibiciones tajantes o necesidad de obedecer órdenes de padres y madres en relación a decisiones importantes de la vida. Pero, más allá de ese buen clima familiar, también es evidente que en ocasiones se asume que se actúa, y se toman decisiones, en base a lo que se considera que se espera de ellos y ellas, tanto a nivel familiar como social, en una situación en la que se pueden elegir determinadas cartas, pero de una mano repartida con antelación (el "camino asfaltado"). Así, se reconoce que se tiene muy en cuenta cómo caerán según qué decisiones en el contexto familiar, o cuál es el camino más adecuado para "honrar a la familia". Y cuando hablan de estas cosas, básicamente piensan en los estudios (o así lo ejemplifican), cuestión en ningún caso secundaria, pues desde su presente implica la manera en que se encaran sus proyectos vitales hacia la vida adulta, y puede suponer emprender caminos que luego es complicado desandar.

—Uno de los problemas que tenemos hoy en día... Y es que creo que... A lo mejor no... la juventud... de nuestra edad, ¿no? Pues que como dices tú, pues ya tienen un camino un poco predeterminado, ya quiere tirar hacia un lado o hacia otro...

—Ya tienes las cosas un poco más claras.

—Y tienes las cosas más claras. Sino a un... a un entorno un poco más joven, que lo que estamos haciendo quizá es hacerlo... hacérselo cada vez más fácil.

—Sí... [...]

—Yo hice *Periodismo y Audiovisuales*, y no trabajo en ello. Y posiblemente he perdido cinco años, que si me hubiera puesto a poner clavos, a lo mejor sería el mejor de España poniendo clavos. Pero todo el mundo tiene que estudiar una carrera y yo creo que hay ahí un problema de *sobreeducación y sobreestudios* que... nos van a llevar a eso. Que gente que, no digo nosotros, pero gente con 25 o 30 años siga estudiando porque le ha dicho su padre que es bueno estudiar y... y seamos realmente inútiles.

—Ese es el problema, que muchas veces nos guiamos por... Es que parece que, si no tienes una carrera mm... No sé, como que no honras a la familia.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Tenemos una empresa familiar, y aunque veo que con mi padre no hay una gran presión, con mis abuelos sí... Está la típica pregunta de ¿esto te sirve para...? Al final es una responsabilidad de hacer algo que el futuro dependa de ti...

—Moderador: ¿Eso a ti te hace sentir presionado?

—Presionado no, pero influye en mi decisión. Un poco presionado sí.

Mixto, 16-17, taller Valencia

Enfrentados a esta situación, emerge un discurso que apuesta firmemente por el derecho a poder elegir el camino que se quiere seguir, para que nadie elija por uno mismo o una misma. Y, sobre todo, desde una perspectiva muy significativa, que además tiene origen en experiencias propias, y deja traslucir un ejercicio de reflexión e introspección (que no es fácil que surja de manera espontánea en las dinámicas grupales): la importancia de tomar decisiones propias e intransferibles sobre las cosas que afectan a tu vida, como mejor manera para no culpar a nadie de los malos pasos; circunstancia que se observa no sólo como válvula de escape que ahonda en la inmadurez, sino (sobre todo) como fuente de frustración e insatisfacción personal, ante la evidencia de que no se manejan las riendas de la propia vida. Cuando no es así, cuando la persona se deja influenciar demasiado (por la familia, por las amistades, por el contexto social...) y no se toman las propias decisiones, la proyección de la culpa sobre otras personas puede derivar en rencor y en "pasar facturas", circunstancias que cargan más peso a la mochila de la insatisfacción y la infelicidad.

—Tienes un camino mirado pero hay muchísimas más ramas, en plan, ahí...

—Claro.

—Y tú decides cogerlas, o no cogerlas.

—Moderador: *¿Participáis de las decisiones importantes de vuestra vida, de todas?*

—Sí, claro.

—Yo, ahora sí, ahora sí...

—Yo en una que no participé eh... Me salió muy mal. Entonces ahora yo eh... Se lo dije a mis padres, o sea, si me tengo que equivocar me equivoco yo. Porque para que la caguéis vosotros por mí, y teneros que echar la culpa, me la echo a mí mismo. [...]

—Y que de los errores es desde donde más se aprende siempre.

—Claro.

—Pero de tus propios errores...

—Claro, claro, claro.

—No de los que te hacen... Porque encima te da más rabia, que la caguen por ti.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

—No sé, yo como motivación tendría al final todo lo que habéis dicho, construir tu vida, tener tú todas las opciones y elegir lo que quieres hacer. Hoy en día estoy limitada no sé, por las decisiones que ha tomado mi madre cuando era pequeña. O ahora, estoy estudiando algo que se supone que me gusta, hoy en día también hay muchos problemas en eso, la gente empieza, luego no sabe... al final vas escogiendo por dónde quieres ir. [...]

—Es levantarte por la mañana y decir, quiero escoger yo lo que quiero hacer mañana, no que lo escojan por mí.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Algunas personas que habitualmente trabajan con jóvenes señalan que una de las dificultades que enfrentan a la hora de tomar decisiones es que "tienen mucho miedo a equivocarse" (Expertos/as en juventud, Madrid). Por un lado, por no cumplir con las expectativas que entienden que se depositan sobre sus hombros. Por otro lado, por la inseguridad que genera un contexto social que dificulta la posibilidad de vislumbrar el futuro, desde el momento en que seguir los pasos del "manual" ("he hecho todo lo que me han dicho") tampoco asegura alcanzar la meta. De nuevo, sensación que se explica y entiende especialmente en torno a los estudios y el mercado laboral, desde una percepción de precariedad que se extiende a la toma de decisiones.

Cuando se interpreta que el margen de maniobra no es tan amplio, se puede llegar a sentir una gran presión a la hora de tomar decisiones, sobre todo en un

momento en el que no se tienen las cosas claras, y además en un contexto social en el que la duda no goza de buena prensa, y la seguridad se encumbra como valor característico de la madurez. Entonces, de forma velada, se interpreta que es mínimo el derecho a equivocarse, a dudar, a rectificar.

—Pero cambia un poco la forma de ver las cosas.

—Sí, tienes que tener, tienes que tener más claro todo y... Y no...

—Porque a lo mejor lo que tú piensas, es decir, el... eh... En cuanto cruzo un umbral, el hecho de tener un fallo, ¿no?, o un error, me eh... Es como que no tengo ya tiempo de reacción.

—Ahí está. [...]

—Pero es que hay veces que no... no tienes que tener claro...

—Claro.

—Sí, sí. Si yo sigo sin tener muchas cosas claras. Pero...

—Puf, tú y todos.

—Qué pasaría si luego hay algo que nos damos cuenta, como te ha pasado a ti, de que... no es lo que te gusta. Y ojo, el saber no ocupa lugar, ¿eh? Una cosa no quita a la otra, pero eh... también está bien que nos podamos equivocar. [...]

—O, lo que hablábamos antes de relaciones. Hay gente que lleva dos meses y ya se van a vivir juntos: "¡Hala, dos meses!" O gente que lleva diez años y que todavía viven separados: "Uy, pues estos ya en breve se tienen que casar. No sé a qué es... qué esperan a casarse." Por qué, porque estos tiempos eh...

—La sociedad.

—Te influncian, te influncian.

—Sí, yo... yo... yo esto es algo que... que a mí personalmente no entiendo, porque si llevas x tiempo con alguien parece que ya tiene que ser algo formal. O si llevas tan poco tiempo no puede ser algo formal.

—Claro, porque parece que la sociedad nos dice que si llevas x tiempo con alguien... ya le conoces lo suficiente, y ya tienes que tener claro si quieres a esa persona en tu vida o no. O si llevas eh... no sé, seis meses en un trabajo, ya puedes tener idea de si te gusta ese trabajo o no.

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

La familia desempeña un papel esencial en este proceso, y la actitud de padres y madres determinará de forma importante las expectativas de adolescentes y jóvenes ante sus propias encrucijadas. No sólo en función de su actitud más o menos sobreprotectora, más o menos intervencionista, más o menos atenta, más o menos despreocupada, etc. También como referentes de primer orden que acompañan a los hijos e hijas en el proceso, y ofrecen un marco de referencia a

partir del cual los y las jóvenes pueden sentir el peso y la responsabilidad de sus actos. Necesitando esa presencia y ese referente adulto (de valores, de autoridad, de comportamiento), el clima familiar y social determinará la mayor o menor dependencia de los y las jóvenes a la hora de tomar sus propias decisiones, partiendo de que la (asumida) tendencia a la sobreprotección no es el mejor punto de partida para generar esa independencia.

Hablando de la independencia y la autonomía a la hora de tomar las propias decisiones, cabe hacer un paréntesis en relación a cierta perspectiva diferencial por sexos. Y es que algunos hombres realizan determinadas atribuciones a las mujeres en relación a su teórica mayor dependencia, sobre todo asociada a determinados modelos de vida y familiares (la vida en pareja, las expectativas sentimentales, la proyección de futuro...). Frente al estereotipo de mujeres más dependientes (que, siguiendo la perspectiva machista, derivaría en la necesidad de protección ante su aparente debilidad), se despliega la coartada de la independencia masculina como resultado de su mayor despreocupación, cuando no simpleza e inmadurez. Autoatribuciones masculinas que se realizan sin aparente inquietud, toda vez que les reporta el beneficio del libre albedrío, y les propicia la excusa para comportarse de forma en ocasiones irresponsable (por ejemplo, en relación a la fidelidad, la promiscuidad o el compromiso), sin el temor a ser juzgados severamente (como ocurriría con las mujeres que hicieran lo mismo).

—Creo que las chicas, por ejemplo, son más tradicionales que nosotros.

—Bueno...

—Yo creo que las chicas se enfocan más en el tema de pareja, familia, construir un futuro juntos. Nosotros yo creo que somos un poco más independientes [...]

—Las mujeres son más tradicionales en el sentido de que están más centradas y tal.

—Más madurez.

—Pero esa madurez al final no es inherente de ser hombre o mujer, esa madurez es aprendida porque nos educan de manera diferente a los hombres y las mujeres. Y si a los hombres nos cuesta más centrarnos y dejar de andar haciendo el gamba en la vida es porque nos han enseñado desde bien pequeños que tenemos derecho a hacer el gamba, porque somos hombres. Y a las tías les han enseñado que tienen que estar calladas, estar centradas, ser buena chica, una chica buena. Entonces todo eso al final se queda y yo creo que modula la forma de ser de cada persona. Entonces sí ¿Pero por qué? Por una cuestión de educación sexista, que está ahí y que tenemos que desmontarla.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

De cualquiera de las maneras, se entiende que para desviarse de la ruta trazada y del influjo de la familia (que es inevitable y necesario, pero entendido aquí como ejercicio excesivamente limitante o castrante), es necesario tener mucha personalidad, algo que no es sencillo siendo tan joven. Se entiende que la influencia de la familia, y lo que se entiende que esta espera de uno o una, afecta "psicológicamente", y a veces "presiona" (Mixto, 16-17, taller Madrid); a pesar de lo cual se defiende la necesidad de ganar ese espacio, interpretado en términos de derecho.

—Moderador: *¿Os sentís libres para ir por el camino que queréis?*

—*Eso depende de la persona.*

—*Yo creo que sí.*

—*Yo creo que estamos muy influenciados.*

—*Yo también tengo en plan mucho de parte de ese pensamiento, de que todas las decisiones que tomamos están predeterminadas o simplemente que nos dan las opciones que interesa darnos. Pero por otro lado sí que es verdad que dentro de esas opciones sí que tenemos libertad para elegir.*

—*Pero vas a tener influencias, vas a tener comentarios, críticas de otra gente.*

—*Barreras de todo tipo.*

—*Yo lo comentaba al principio, que no tenemos libertad.*

—*Yo sí que sé que si mis padres me han metido en un colegio del Opus o en uno público mi camino va ir por un lado o por el otro, pero una vez que estoy en ese camino sí puedo elegir cuál tomar, si cambiarme al otro o seguir en ese.*

—*Y tú tienes que tener tu personalidad propia para poder cambiar eso o no.*

—*Muy importante.*

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Para encontrar un camino personal, que quizás no responda al esperado, será necesario encontrar una motivación, para el éxito de la cual los y las jóvenes señalan un aspecto esencial: que sea de propia elección, pues esa será la mejor manera de generar la energía y la ilusión de la lucha por lo propio, lo que te identifica y con lo que te identificas.

En cualquier caso, estar instalados e instaladas en un contexto social caracterizado por la mencionada incertidumbre e inseguridad, en el que, además, "la vocación importa menos que antes" (Expertos/as en juventud, Madrid), provoca la contradicción de que en ocasiones, junto al señalamiento de lo importante de encontrar una motivación propia, se demanda ayuda adulta

(formal, informal, educativa, formativa) para poder conseguirlo, pues se entiende que el contexto no ayuda ni facilita a que surja ni se desarrolle.

—*Están las metas a largo plazo también, que es por ejemplo, estar estudiando y eso, para luego conseguir lo que quieres. Es a largo plazo, y por eso, a veces nos cansa bastante, pero...*

—*Así es.*

—*Pero si realmente es lo que te gusta no te cansas de estudiar.*

—*Ya, pero por ejemplo, a mí me obligan para ascender a algo mejor, estudiar a Bachiller no me gusta. Pero...*

—*Hay... Si no te gusta, hay otros caminos también.*

—*Sí, pero siempre hay un camino que hay algo que no te va a gustar. Aunque estés en la carrera que te gusta, igual hay una asignatura que no te va a gustar.*

—*Claro.*

—*Pero ya sólo es una asignatura, no son todas. En plan, ya es la gran parte.*

—*Ya, pero si quieres hacer una carrera... Ya tengo que ir a Bachiller, o... meterme a un grado, pero tardo más y es más...*

—*Pero a lo mejor tardando más te aseguras de que es lo que quieres estudiar...*

—*También.*

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

—*Yo por ejemplo, hace un mes o por ahí, me fui a Milán de viaje, no tengo ni puta idea de inglés, y cuando volví de Milán, yo dije: "Ya puedo aprender inglés, si la próxima vez me quiero volver a ir." Y eso, por ejemplo, fue una motivación que me salió ahí y ahora, pues me he apuntado a una academia y pues al año que viene me quiero ir a la escuela de idiomas.*

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

8. COSAS QUE INCOMODAN

8.1. REFLEXIÓN Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Los discursos más críticos con el tipo de valores que priman en la sociedad, que manejan buena parte de los y las jóvenes en relación a su propia generación, señalan cómo la tendencia al acomodamiento deriva en la desactivación de dos valores importantes. Por un lado, el esfuerzo. En el capítulo anterior ya se abordó cómo se entiende el esfuerzo asociado a las responsabilidades formativas y laborales, necesidad que se asume y se constituye en bandera del presente, pues define buena parte de sus rutinas diarias: esforzarse para sacar adelante de la mejor manera sus estudios. Sin embargo, el esfuerzo que trasciende esas responsabilidades escolares, el que implica asumir compromisos que trascienden lo personal, o ponerse en tesituras que procuran una diferenciación respecto a las corrientes mayoritarias, ese no parece gozar de buena prensa, o al menos así lo manifiestan los y las jóvenes. La sobreprotección, las facilidades que entienden que tienen para tantas cosas (mientras se vive en el hogar familiar) y el amplio grado de libertad y autonomía que perciben, generarían ese acomodamiento que adormece otro tipo de responsabilidades, que requerirían de un esfuerzo extra. Salirse del rol no es fácil, pues en el mismo se está cómodo; pero además es que el rol compone parte de lo que se espera de los y las jóvenes, por lo que determinadas responsabilidades "adultas", motivaciones y esfuerzos que se entienden que no corresponden con lo propio, pueden llegar incluso a ser silenciadas.

—Al final, cuanto más fácil le das a alguien algo, primero, menos lo valora, segundo eh... No se va a esforzar ni la mitad de lo que se tiene que esforzar para conseguir lo que necesita. Y... y algo que suelo ver es que al final la culpa la tiene otro, ¿no?, en todo lo que sucede. Entonces muchas veces, nos cuesta a nosotros mismos mirarnos y decir: "Oye, no, pues si es que, si necesito algo o quiero algo, lo tendré que conseguir por mí mismo, tendré que tal..." Y es verdad que... que... que el apoyo a la familia es súper importante, pero luego hay casos en los que quizá ese apoyo familiar, o apoyo de amistad o de tal...

—Es un problema.

—Es lo que nos hace eh... regular, ¿no?, en ese sentido.

—Ser dependientes un poco, ¿no? de...

—Eso es.

—O confiarnos de que nos lo van a dar ya hecho.

—Y parte que llegamos a una sociedad en la que ya, el hecho de que si no me lo dan mis padres o si no me lo dan ya se... se empieza a ver mal, ¿no? Es como que, no, no... Si es que tú necesitas hacerlo por ti mismo, ¿no? Y yo creo que eso es el fallo. [...]

—Es que la gente de 25 a 30, y... y ya no quiero decir los de menos de 25, se ha vuelto gente muy cómoda, gente que se lo tienen que dar todo hecho, gente que... Que... pfff... hueca, vacía,...

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

—Yo, lo que estoy viendo, es que muchos chicos que van de tapado, pero que en el fondo están interesados desde los 15 años. O sea... yo estoy en el CSIC. Y me toca dar un montón de clases, y de laboratorios, a chicos, eso, de la ESO, de Bachillerato. Y... y les veo como que hay cuatro o cinco, como que les cuesta decir que les gusta la física. Y los demás: "Bwah, tío, el WhatsApp... No sé qué... El Comunion..." Lo que sea. Y les veo que están realmente interesados en lo que les estoy explicando. Y digo: "Hay esperanza." O sea, a mí cuando me dicen la generalidad de: "Las nuevas juventudes, pff..." "A mí me sabe fatal..."

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Por otro lado, la rebeldía. Estando instalados e instaladas en el descreimiento y la desafección, y con amplia desconfianza respecto a la política tradicional y las instituciones, un valor como la rebeldía se enfrenta a un contexto poco propicio para su desarrollo. Situación que se puede entender paradójica atendiendo a los discursos que señalan, que actualmente, y especialmente tras la crisis, no se respetan muchos valores esenciales; pero entendida desde la perspectiva que indica que la resignación ha ganado la batalla.

—Hay muchas cosas con las que no estás de acuerdo, pero llega un momento en que ya te cansas porque no consigues nada.

Mixto, 16-17, taller Madrid

—Yo creo que las generaciones anteriores luchaban mucho más, salían a la calle, protestaban. A nosotros, menos los jubiletas, por llamarlos de alguna manera, que han estado casi un año el lunes frente al ayuntamiento de Bilbao, nosotros no luchamos nada.

—Eso es verdad.

—Porque parece que cuando suben las pensiones nosotros ya damos por hecho que no vamos a tener pensiones, aquí cada uno a firmar un contrato con el banco o con quien sea, un contrato privado, o nos interesa un huevo que nuestros abuelos luchen ahí todos los lunes. Sube el impuesto del diesel o la gasolina, pero sube para todos, nosotros somos todos consumidores de gasolina o de diesel. Y no hay ninguna puta protesta, pero ninguna. Yo creo que antes la gente luchaba más.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

La propia manera de definir el valor rebeldía resulta muy sintomática de cómo se entiende el mismo, y qué tipo de expectativas genera entre los y las jóvenes. Se habla de "desobediencia", de "no hacer caso, no seguir las normas" o de "cuando no estás conforme con algo y expresas tu opinión contraria, con un tono más violento" (Mixto, 16-17, taller Valencia); también de "actos contra el sistema", "oposición", "sublevarse", o de algo "parecido a anarquía" (Mixto, 16-17, taller Madrid). Es decir, percepción cargada de cierta connotación negativa por cuanto implica ejercer cierta hostilidad (incluso violencia) contra el orden establecido (y aceptado), y no implica tener razón, algo que sí se atribuye a valores como la lucha (se lucha por causas justas, pero la rebelión puede ser por motivos espurios, así lo entienden). Por ello, cuando ejemplifican sus posibles actos de rebeldía lo hacen con pequeñas rebeliones cotidianas contra padres/madres o profesores/as (horarios, control del teléfono móvil, etc.), o incluso con algunas infracciones más o menos leves (beber alcohol en la calle, superar el límite de velocidad con vehículos...).

—La rebeldía ahora está en los niños.

—Qué va.

—Eso sigue presente en todo.

—Moderador: ¿Sois rebeldes?

—Sí.

—Sí, yo creo que sí.

—A veces.

—Como no, hecha la ley hecha la trampa, de siempre. [...]

—Sobre todo con el trabajo.

—Sobre todo cuando te prohíben algo te dan más ganas de hacerlo...

—Pero yo no creo que eso sea en las juventudes, todo el mundo. O sea, vas con el coche y vas por la ciudad a 70, ponen un radar y te pones a 40 para que no te pille. Entonces, yo creo que todo el mundo sí, en ese aspecto sí es rebelde y en cosas así... [...]

—Claro, en eso estaba pensando yo. Porque igual rebelde sería directamente que te dé igual que ponga 40 y te vas a 70...

- Sí, pero te multan.
- Sí, te multan, pero eres rebelde... Y no cumples.
- Coño, pero la inteligencia tiene que sobrepasar la rebeldía.
- Moderador: ¿Es importante ser rebelde?
- Sí, yo creo que sí.
- A veces sí que es importante...
- Sí, y rebelarse.
- Claro.
- Porque cuando tú vas a por un puesto de trabajo, por ejemplo, y te están dando unas malas condiciones, si te callas no estás consiguiendo nada. Tienes que defender tus derechos...
- Pero ahí no estás siendo rebelde. Estás luchando por tus derechos...
- Hay mucha gente que se calla por tenerlo. Y hay otros que se... pues que se rebotan y defienden lo suyo.
- Muchos cambios sociales empiezan por eso, por rebeldía. [...]
- Moderador: ¿Quién es la gente más rebelde en la sociedad?
- Los políticos.
- ¿Por qué?
- Porque hacen lo que les sale de los huevos.
- Sí, pfff...
- Bueno... Eso no es ser rebelde, ¿no?
- No, eso no es ser rebelde.
- O sea, eso es... hacer lo que te dé la gana...
- Yo es que para mí la rebeldía es como una adrenalina, ¿sabéis? Como ir al contrario del resto...
- Claro.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Esta circunstancia se explicaba en Megías (2014; pág. 78) de la siguiente manera:

“En una coyuntura en la que se hace evidente que hay mucho por lo que protestar, la mayoría de jóvenes asume que el valor rebeldía es más necesario que nunca (al tiempo que muchos parecen resignarse a que el miedo lo convierta en impracticable). En la lectura de bastantes de ellos y ellas, la concepción resultadista, la percepción de que nuestra sociedad muestra una incapacidad casi cultural para la rebeldía, convierte al valor en algo deseable pero poco probable por inoperante. Frente a esto la crisis ha provocado que haya movimientos sociales emergentes, que manejan una nueva percepción de la ciudadanía, fundamentada en la conciencia crítica y en una predisposición transformadora activa. Movimientos que se constituyen

en el espejo en el que se refleja el conjunto de la sociedad, y que en muchos casos, y de forma generalizadora y tendente a la simplificación y el estereotipo, desde el discurso mayoritario se perciben a los márgenes de la normalidad, encarnados por grupúsculos extremistas y radicales. Siguen siendo minorías; desde posturas mayoritarias se cree que los y las jóvenes trasladan esa rebeldía a contextos cercanos e inocuos (familia, escuela, ocio), y que la protesta colectiva y el disenso quedan sobre todo en el ámbito de las intenciones."

Desde la atribución de la rebeldía como algo característico de los años de juventud, se tiende a asociar más a las ganas por conseguir mayores cotas de autonomía en relación a la familia ("época en la que estás eufórico y quieres vivir solo", decían en el taller de Valencia) que a otro tipo de cuestiones. Es más, se entiende que trazar adecuadamente el camino hacia la vida adulta (en los términos explicados en el capítulo anterior) no es excesivamente compatible con la rebeldía, atrincherada ante las responsabilidades formativas y la preocupación por no perder comba en la lucha competitiva por encontrar un sitio en la sociedad. A partir de esta percepción, se llega a señalar que lo realmente rebelde a su edad (los actos de rebeldía que perciben entre personas de sus edad) es no socializar ni relacionarse, en un contexto que prima el exceso de relaciones sociales y comunicación, tanto *offline* como *online*. En cualquier caso, rebeldía, a partir de esas concepciones, que se entiende que se va apagando con la edad, perspectiva que refuerza el estereotipo juvenil (refuerza un estereotipo que los argumentos despojan de contenido de peso, pero sirve para diferenciar universos simbólicos).

—Se ven ahora más frikis que rebeldes.

—Nuestros padres eran más rebeldes, igual porque les dejaban salir menos. En nuestra edad es más gente que no van a socializar. Por ejemplo, tengo primos pequeños que lo único que quieren es estar en su cuarto y jugar a la Play.

—Ahora creo que no podemos ser rebeldes ante muchas cosas, porque creo que somos bastante libres.

—Son más rebeldes los que son más pequeños que nosotros, porque tienen más limitaciones.

—También es que somos estudiantes, que han hecho la eso, van a hacer Bachillerato y seguramente una carrera... Es lo que se trata desde pequeño, que lo estamos siguiendo al pie de la letra...

Mixto, 16-17, taller Valencia

—Yo creo que cambia más con el tiempo que con la generación. Los jóvenes tenemos unas inquietudes, la lucha, nos queremos rebelar. Pero

luego va pasando el tiempo y ya es como, la familia, van cambiando con el tiempo

—Y al final lo que has dicho tú, las manifestaciones del 8 de marzo y demás, yo creo que ves más jóvenes que personas mayores, por lo que has dicho, al final los mayores se centran en la familia, el trabajo. Ahora, al final, en los estudios te juntas con gente que piensa igual que tú, como nosotras, te centras en otros valores. Ahora la lucha, cambiar la mentalidad, luchas por tus valores. En unos años igual no pensamos igual. Hay gente que sí, lógicamente. No hay que generalizar, pero los valores cambian con el tiempo.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Los datos disponibles también señalan que, a pesar de ser uno de los valores teóricamente atribuidos a los y las jóvenes, la autoidentificación con el mismo es muy tibia. En González-Anleo y López-Ruiz (2017; pág. 173) se señala que no llega a la mitad (47,85%) la proporción de jóvenes que se reconoce "rebelde", porcentaje que supone tres puntos menos que en 2010, y seis menos que en 2005 (aunque algo más que en 1999). Mientras, en Elzo y Megías (2014; pág. 57) la autoidentificación como "rebelde" alcanza un 5,88 en una escala de 1 a 10.

Los discursos más críticos y con mayor carga política atribuyen este tipo de acomodamiento a lo que entienden es una tendencia social a desmontar la conciencia de clase, que implica desmovilizar el pensamiento crítico, y circunscribir las expectativas vitales al ámbito de lo individual y lo propio. Circunstancia que se entiende como el triunfo de un sistema que no vela por las personas, sino por la propia supervivencia del sistema. En ese contexto, algunos valores salen claramente perjudicados, desde la perspectiva de lo que resulta operativo y lo que no, lo que ayuda a mantener el sistema y lo que supone una piedra en el camino.

—Yo soy también muy peleón, pero sí que es verdad que tú muchas veces sólo contra el sistema no puedes hacer nada. Entonces al final ¿qué vas a hacer? Te coges un megáfono y pareces el imbécil de turno gritando consignas. Tampoco puedes hacer eso.

—Yo creo que también somos una generación a la que se le ha desmontado la conciencia de clase, no sé. Como que se ha perdido un poco el ser consciente, nos han hecho pensar que somos de clase media y en realidad somos uno proletarios de mierda y no nos damos cuenta.

—Vivimos mucho mejor que los proletarios de cuando...

—De hace 40 años.

—¿Cuánto trabajaban antes?

—Trabajaban dos, tres trabajos.

—Es lo peor, nosotros somos ahora lo que serían gente rica.

—Realmente tenemos muchísimas cosas, aunque digamos, vale somos proletarios.

—Nos resulta difícil ser becarios y estar un año y pico cobrando 300 euros al mes. Sí, qué se le va a hacer.

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

Perspectivas como ésta aportan una manera de entender el individualismo distinta a la que lo asimila con el egoísmo. Es la que lo aborda desde el plano de la personalidad y el pensamiento crítico, frente al adocenamiento, el conformismo y la resignación. Pensamiento individual, reflexión y cuestionamiento como bienes escasos y necesarios, desde una perspectiva que incide en la necesidad de cambiar uno mismo o una misma, como paso previo a intentar cambiar las cosas. Ejercicio de madurez que no tiene que ver con el relativismo, sino con la reflexión y la asimilación. Predisposición que en lo práctico, por ejemplo, ilustran en torno a la necesidad y responsabilidad de informarse, cribar y discernir, en tiempos en los que la facilidad y comodidad a la hora de acceder a casi cualquier cosa suele derivar en acomodamiento, camino más directo a la ausencia de espíritu crítico o la indiferencia.

—Moderador: *Estáis todas de acuerdo en que es muy importante la educación, pero ¿qué son las cosas que hay que educar, qué es lo que hay que educar para que seamos mejores?*

—Lo primero, el pensamiento individual, lo segundo el fomentar las fuerzas de cada uno y que se puedan redirigir para ayudar a la comunidad.

—Moderador: *¿Pensamiento individual también como pensamiento crítico?*

—Sí, claro. Crítico y autocrítico.

—Hombre, a mí me parece un poco... Lo he visto hace poco, pero hasta primero de carrera no hemos tenido una asignatura en concreto, en enfermería, para desarrollar el pensamiento crítico. Y hay muchas personas que encima no tienen pensamiento crítico con 18 años y dices, no sé, a mí me sorprende [...]

—Es que si no te lo enseñan... Yo por ejemplo tuve una charla, no sé si la has tenido en la uni de antirracismo y era antirrumores, de todos los rumores que se generan; que si los gitanos nos quitan todas las ayudas sociales, que si no sé qué. Mucha gente cree que realmente es verdad y cree que inmigrantes que entran en el país no ayudan económicamente y más allá. No sé, que estamos en una sociedad envejeciendo cada vez más. Todo eso lo he hablado con gente de mi cuadrilla y todo el mundo piensa que los inmigrantes, que los traigan aquí es malo.

—*Que nos quitan el trabajo.*

—*El pensamiento crítico que decíamos antes, pues eso es.*

—*Otra vez falta de pensamiento crítico.*

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—*Tienes que empezar a cambiar tú para poder cambiar el resto.*

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

En tiempos en los que prima la inmediatez, cuando no la prisa, la reflexión queda arrinconada, toda vez que requiere de un tiempo que no parece tenerse, o no se considera que se esté "ganando", desde el momento en que no propicia "resultados" palpables a corto plazo. Por ello se reconoce que la reflexión (como la contemplación o la pausa) no encuentra excesivo espacio en sus vidas, o al menos parten desde tal lugar común (al que resulta sencillo y cómodo apuntarse). Sólo cuando la vida te pone en tesituras difíciles, o cuando un agente externo propicia esa reflexión, se asume su ejercicio, incluso desde la satisfacción¹. Para romper esta dinámica (algo que tampoco podemos decir que consideren necesario), se demandan estrategias educativas en valores y en promoción del pensamiento crítico, que no visualizan en las sistemas educativos formales, ni explican que tengan lugar en el seno familiar.

—*Cuando te pasa algo importante, en momentos clave de tu vida te paras a pensar en ciertas cosas, en el día a día.*

—*Eso es.*

—*En el día a día no llegas y te sientas en el sofá y piensas, a ver si lo estoy haciendo bien con la sociedad, no.*

—*Yo qué sé, pero pasan cosas en el día a día, se pone tu padre enfermo y te paras a pensar, ostia ¿estoy aprovechando el tiempo con mis padres, estoy involucrado con mi familia?*

—*Cuando te pasa algo sí, si no, en el día a día normalmente nos absorbe el día a día.*

—*Sí.*

—*Yo creo que también, la rutina.*

—*Y con prisa, yo voy con prisa a todos los lados. Y es una mierda, me jode mogollón, priorizo mazo lo personal y me jode a mí mismo.*

Hombres, 25-29, clase media, Bilbao

1. Resultaba interesante comprobar cómo en algunas ocasiones las dinámicas grupales terminaban con la explicitación, por parte de las y los participantes, de lo útil e interesante de haber conversado sobre este tipo de cosas, procurando una reflexión que no se genera en la mayoría de contextos cotidianos.

—Yo creo que todo el mundo hace introspecciones. En plan en su casa, por la noche, cuando no puedes dormir [dice riendo]... Te pones a pensar y dices: "Pues buah... Mañana voy a cambiar esto, voy a hacer otra cosa. No voy a hacer siempre lo mismo."

—Es difícil, a veces.

—A ver, cuesta, pero si de verdad lo quieres...

—Lo haces.

—Puedes hacerlo.

—Sí. [...]

—Yo era una persona que cero deporte, siempre los porros, siempre fumando, siempre que... Y dije: "Buah, esto hay que cambiarlo." Y dejé de fumar muchísimo. O sea, ahora de vez en cuando me fumo un cigarro, y tal, pero ni de lejos. Y me puse a hacer deporte y estás que yo antes hacía deporte. Nada, y pues voy con agujetas 24/7 pero...

—Moderador: ¿Cuál fue la motivación?

—Fue la motivación mm... mm... Que yo quería, no sé... En plan, sentirme bien conmigo mismo...

—Claro, porque te ves acabado.

—Sí.

—Claro, es como: "¿Hacia dónde estoy encaminando mi vida?"; ¿sabes?

—Sí.

—Pero ya te ha salido algo que es lo que te ha hecho hacer eso, ¿sabes?

—Que es lo que no... no nos enseñan, pienso yo.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

En este contexto tecnologizado en el que abundan los estímulos y se demanda inmediatez, se entiende que la soledad casi deja de tener sentido, entendida como la capacidad de encontrar la pausa, la tranquilidad, el recogimiento y la mencionada capacidad de reflexión y profundización. Se interpreta que "no hay práctica de estar en silencio, ni espacio para hacerlo" y se señala como un problema el "no saber aburrirse", pues para evitar esa circunstancia se buscarían estímulos muchas veces no sólo innecesarios, sino también perjudiciales. Asumiendo, como hace la generalidad, que lo "normal" es relacionarse, y que actualmente hay capacidad para estar conectado y relacionado en cualquier momento y circunstancia, la soledad será algo que habrá que buscar de forma explícita y planificada, y eso es algo que no muchos ni muchas jóvenes parezcan tener entre sus necesidades, aunque sea ocasionalmente.

Por un lado porque no se espera de ellos y ellas, ni se entiende en el mencionado contexto, que prima la hiperconexión. Por otro lado, porque el sistema persigue esa sobreestimulación como medio para generar un clima propicio a sus

intereses (comerciales, anestesiadores, inmunizadores...), del cual no pueden abstraerse los y las jóvenes.

—Es que hay gente que puede... que puede estar perfectamente sola. O sea, que sus... Las cosas que le gustan las tiene en su casa a lo mejor, y no sale, no contacta con nadie y tal, porque está bien así, ¿sabes? Yo tengo, por ejemplo, yo tengo un tío que tiene su familia y está muy ato... O sea, con la familia pues perfecto. Pero es un tío que hace su vida diferente, o sea, muy diferente a la de los demás, pero que hace su vida. Y... y pues... pues mira, tampoco necesita a nadie para... para que le acompañe...

—No sé, cada uno...

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Otra de las consecuencias de tal clima, según explican, será la dificultad para valorar y apreciar las cosas, sobre todo las pequeñas circunstancias cotidianas que se dan por hechas, desde la burbuja de sobreprotección familiar, y la fantasía de hiper-conexión, hiper-relación, hiper-consumo y capacidad de acceso universal a casi todo. Dificultad que se puede tornar en inconveniente a la hora de poder desarrollar empatía o capacidad de aceptación de la diversidad, y que dinamita buena parte de los puentes que establecen lo social como aspiración (como se desarrolló en el capítulo 4), desde el momento en que se desprecian o se dejan de considerar derechos humanos esenciales, o necesidades básicas que no toda la población puede tener cubiertas.

—Yo he aprendido a... a valorar más lo que tengo. Porque muchas veces puede que estemos contentos con la pareja, con el trabajo, con tal. Pero de repente, ostras, tenemos una gotera en casa: "Y es que de verdad, esa gotera, me está amargando." En serio, es algo tan pequeño, y lo... y como que te focalizas en eso, y luego estás de mal humor, y... Y eso, y luego te repercute en que no duermes bien. Pero al final, ¿por qué de diez cosas buenas que tienes te fijas en la única mala que tienes? Entonces yo esto lo estoy aprendiendo a nivel personal y terapéutico a... a valorarlo. A que al final... Ostras, hay muchas más cosas, seguro, en la vida de cada uno que son, o sea, a nivel cuantitativo mejores, que no las peores... ¿Por qué no nos enfocamos en eso?

—Pero yo creo que es una tendencia eso también un poco, lo que dices... de la sociedad. Porque es un poco como tu trabajo, tu jefe te va a decir cuándo haces algo mal, pero cuando tú haces tu trabajo y el de tu compañero de al lado, nadie te viene a decir: "Oye, eres una crack."

Mixto, 25-29, clase alta, universitarios/as, Madrid

Al tiempo que señalan que resulta complicado encontrar los momentos de pausa y silencio, reconocen que grupalmente no suelen mantenerse conversaciones en las que se reflexione sobre estos asuntos, y que en la mayoría de las ocasiones requieren de estímulos externos para ello (mencionan las horas de tutoría en el colegio, por ejemplo). En este sentido, se aprecian algunas diferencias entre chicas y chicos, desde algunos estereotipos o determinadas atribuciones de género, que en cualquier caso manejan y tienden a reconocer ambos sexos: las mujeres son más reflexivas y profundizan más respecto a temas que afectan a su identidad, sus valores, sus principios, y cómo todo ello influye en sus relaciones.

—Cuando hablas con amigas, a nosotras no gusta mogollón debatir, se pone un tema y empezamos a hablar y muchas veces piensas, sí, lo que piensas tú te hace también autocrítica. No sé, me gusta mucho [...]

—Cuando sacamos un tema de éstos [los chicos] están “¡Ya están las pesadas!”

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

8.2. EL MUNDO DE LAS EMOCIONES Y LOS AFECTOS

Finalmente, cabe señalar brevemente un aspecto que destaca precisamente por lo que se calla más que por lo que se dice, por su ausencia en los discursos más que por el peso específico que adquiere, y por las dudas, inseguridades y silencios que genera, más que por los argumentos que propicia. Y es que, frente a todas las cosas que resultan “palpables” (sobre todo desde la perspectiva más materialista y de consumo), que tienen que ver con el trazado de sus trayectorias vitales (estudios, trabajo...), o que se refieren a valores universales (aunque sean analizados en clave de pérdida o aspiración), lo que tiene que ver con el plano de las emociones y los afectos pasa de puntillas por las conversaciones, se apaga y desaparece, incluso ante preguntas explícitas y repetidas del moderador, haciendo evidente lo incómodo que resulta y la inseguridad que genera. La circunstancia se hace especialmente evidente en un escenario tecnológico que tanto influye y determina valores o maneras de entender las relaciones personales y la propia concepción del yo. En un contexto que propicia elevados niveles de gestión de la propia persona, de las relaciones, de la imagen, de la agenda y de las rutinas, lo único que no se puede gestionar, o al menos no se encuentra la clave para ello, son las emociones y los afectos. Cuando el terreno de juego está concebido para el mejor aprovechamiento de los recursos y las oportunidades, y para la producción y el consumo (de elementos materiales, pero también de relaciones), las emociones y los afectos resultan elementos disruptivos con los que, en ocasiones, no resulta fácil lidiar. Además porque en torno a las redes

sociales se genera la necesidad de un aprendizaje no reglado que forma parte de la auténtica educación sentimental de adolescentes y jóvenes, que a ello también añaden la realidad de un periodo vital de búsqueda y conocimiento de la propia persona.

—Moderador: *Oye, pero... Estáis hablando otra vez de dinero, quiero decir, eh... Os pregunto sobre afectos y tal, y acabáis hablando de dinero.*

—*Es que yo creo que es una cosa que cuesta...*

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

Mientras la gestión de la imagen y de las relaciones (los contactos) ocupa el primer plano de las preocupaciones y las conversaciones, nada se habla de la gestión de las emociones, o de la propia identificación de las mismas. Se intuye que el tema genera incomodidad, o al menos inseguridad, a pesar de que se percibe la certeza de estar ante cuestiones esenciales para el crecimiento personal y el conocimiento de uno mismo o una misma. Son pocas las voces de adolescentes o jóvenes que explicitan la necesidad de afrontar un aprendizaje en la identificación y gestión emocional, como parte de una concepción global de la educación, que no puede detenerse en la simple formación. O incluso como parte de una educación igualitaria e inclusiva, desde la convicción de que algunas de esas inseguridades y dudas tienen que ver con representaciones sociales o estereotipos sobre los que se sostienen algunas desigualdades de género, por ejemplo.

—*Entender lo que sientes y saber manejarlo para que no explote.*

—Moderador: *¿Eso cómo se aprende?*

—*Es que como nadie, es que no se sabe tampoco. Mira, con el simple hecho de no decirte cuando eres pequeña "no llores." Con ese simple hecho de que hay emociones malas y emociones buenas, la base de esos comentarios quitarlos. Porque tú te basas en una educación en la que llorar... yo me he tirado mogollón de años [...] en público porque no me gustaba que la gente me viese llorar. ¿Y por qué sí me gusta que la gente me vea reír? ¿Por qué? Eso nadie nos ha enseñado cómo gestionarlo. Pero aun así te han hecho comentarios que tú has ido interiorizando y eso.*

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

—*Eso es otro problema, no nos han enseñado nunca ni a gestionar nuestras emociones ni a expresarnos ni a saber cómo hacerlo, es como... tú ya con tu esto y si quieres, bien, y si no también. Y como que luego muy poca gente llega a hacer frente a eso. Es como una decisión propia, nadie te ha enseñado a hacerlo, entonces es tu yo de 18 años que de repente dice... como que de pequeño te dicen no llores, no se llorar. No.*

Sí se llora, estar triste no es un problema, estar triste es una emoción y nadie nos enseña a que eso es parte de nosotros y de nosotras también, y en parte también es un problema serio. Y estás en una edad mayor cuando no tienes ni idea ni de cómo expresarte ni de cómo sentirte ni cómo gestionar tus opiniones y tus expresiones.

—De hecho yo creo que eso es de las cosas más importantes.

—Y en ese sentido también la igualdad, yo creo que estás como las chicas tienen que ser dulces y no sé qué y un chico no puede llorar, eso no es de machos. Pues no. Tienen que enseñar también que todos podemos sentir emociones, cualquiera y que tenemos que ser todos iguales.

—Si lloras ya eres débil.

Mujeres, 18-22, clase media, Bilbao

Desde algunas personas que trabajan habitualmente con jóvenes se señala la contradicción que puede suponer el hecho de que, por un lado, a los y las jóvenes "les mueve lo que les roza, lo que les hace emocionarse", mientras, por otro lado, no son capaces de identificar y manejar sentimientos como el enfado, la angustia, o la frustración. Para entender tal circunstancia remiten a las dificultades que también tienen los padres y madres a la hora de gestionar sus emociones, y a un discurso perverso que, junto a la necesidad de resiliencia, apunta la necesidad de aguantar las emociones "cueste lo que cueste" (Expertos/as en juventud, Madrid). Desde la concepción más materialista y "funcional" de la vida en sociedad, las emociones (o determinadas emociones) serían puestas bajo sospecha como elementos que lastran la capacidad para ser competitivo/a, o para poder aprovechar al máximo todas las oportunidades².

—Yo no me muevo si a mí no me toca algo emocionalmente. Una de las dificultades que tenemos los jóvenes es que no sabemos identificar esas emociones, y por lo tanto no saben gestionarlas, no pueden contrastarlas con otras personas.

—Yo no creo que haya gran diferencia con los adultos; En un periodo como la adolescencia siempre será más complejo.

Expertos/as en juventud, Madrid

Por todo ello, los y las jóvenes reconocen que cuesta hablar de sentimientos (bien es cierto que ellas suelen hacerlo más), y que incluso quien se aventura a realizar

2. Punto de vista que es muy similar al que sustenta determinadas atribuciones de género, que dan lugar a estereotipos que pueden generar discriminación por sexo; como los que dicen que las mujeres son menos operativas y resolutivas, precisamente por estar lastradas por una excesiva carga emocional, y por ser más "sensibles" que los hombres (Rodríguez y Megías, 2015).

tal ejercicio puede ser observado u observada desde la extrañeza. Cuando la intimidad es compartida y moldeable, la última frontera de la misma está representada por lo que se instala en la cabeza y los corazones de las personas. Y si no resulta sencillo descifrar aquello que se instala en lo más íntimo, y además el contexto social no propicia que se aborde con naturalidad, asistir a la exposición de tal cosa por parte de otras personas se constituye en *rara avis*.

—A mí, por ejemplo, me cuesta expresar mis sentimientos.

—Ya.

—Cuesta más.

—Abrirte en general cuesta más.

—Sí, o sea, yo también soy más cerrado.

—Moderador: ¿Pensáis que es una cosa de la gente joven en general, o...?

—Yo creo que sí.

Mixto, 18-22, clase baja, no universitarios/as, Valencia

9. CONCLUSIONES

De igual manera que no se puede hablar de juventud en general, tampoco resulta posible realizar un acercamiento a sus valores, principios y prioridades, sin ser conscientes y consecuentes con el contexto social e histórico en el que viven. Las y los jóvenes son fruto de su tiempo (en el que también dejan una destacada impronta), y en él se desenvuelven, crecen, maduran y se relacionan, desde los condicionantes que propicia su edad. Muchas veces se espera de ellos y ellas que se comporten en base a determinado imaginario sobre lo que sería "ser joven", alimentando representaciones sociales plagadas de contradicciones: pretender que sean personas más maduras pero no dejar de sobreprotegerlas; quejarse por su falta de implicación y participación social pero negarles los espacios para que ello sea posible; señalar su falta de responsabilidad pero limitar sus responsabilidades al ámbito de los estudios, etc., etc. Escapar de tales representaciones sociales no resulta sencillo, y al calor de determinados estereotipos muchos y muchas jóvenes pueden vivir cómodamente, sin necesidad de dar mayores explicaciones.

En este contexto, existen determinadas ideas que recorren transversalmente los discursos generales de las y los jóvenes de hoy en día, y sobre las que se ha podido profundizar en base al acercamiento cualitativo realizado. Ideas que nos sitúan en mejor disposición para entender a las personas jóvenes en España, siempre teniendo en cuenta que su realidad es diversa y las circunstancias particulares han de considerar muchas otras variables de análisis.

TIEMPOS DE HÍPER

El valor consumismo forma parte esencial de la realidad social y la define de forma importante desde hace ya décadas. Este es un punto de partida unánime que los y las jóvenes, que llenan sus argumentos de referencias materialistas que encumbran al dinero como elemento icónico de nuestro tiempo, además con gran influencia sobre otros valores (egoísmo, ambición, éxito, poder, competitividad...). Pero resulta interesante observar cómo, tras años de una profunda crisis económica y social, la perspectiva del mismo no tiende tanto a fijar la atención en el lado y las consecuencias más perversas del mismo (que también, desde las

posturas más críticas), como en su superación, más allá de la absoluta normalización e integración, por la vía del exceso. Es decir, que se asume que del consumismo se ha pasado al *hiperconsumismo*, en un ejercicio que procura dos consecuencias.

Por un lado, que en una sociedad hiperconsumista, no preocupa ni culpabiliza en absoluto ser y significarse como consumista, pues es lo que se espera de una persona integrada en una cultura capitalista. Por otro lado, que se entiende que el (hiper)consumismo trasciende la mera adquisición de bienes y servicios, y afecta a muy diversas facetas de la vida y la personalidad: se consume identidad, posicionamiento social, adscripciones, experiencias, integración grupal, etc.

Todo ello amplificado y facilitado en un escenario tecnológico, que además propicia nuevas dimensiones *hiper* que caracterizan a nuestra sociedad, y a los y las jóvenes en particular: *hiper-conexión* (estar conectado constantemente, en tiempo real, en modo multipantalla, para no perder ninguna de las oportunidades que brindan las TIC) e *hiper-relación* (sublimar la importancia de tener muchas relaciones sociales, de muy diversas características, en múltiples vías *online* u *offline*).

Cuando la exageración y el sobredimensionamiento es la medida, el riesgo será no valorar las cosas que se tienen, pues todo queda en nada ante la dimensión *hiper*. Ello puede tener consecuencias (así lo entienden) en muchos valores, y provocar acomodamiento, falta de esfuerzo, falta de empatía...

En este escenario, que se entiende y se explica como marcadamente materialista, familia y amistad siguen siendo los dos pilares sobre los que edificar las certezas inmateriales. Asideros emocionales en tiempos de incertidumbre, con distintos matices. La familia representa lo eterno, el equilibrio y la estabilidad, aunque las circunstancias sociales pueden generar, según casos, cierto desapego: porque la frustración ante la dificultad para emanciparse (mercado laboral precario, vivienda inalcanzable) puede sobredimensionar la necesidad de marcar distancias; y porque la diferente perspectiva generacional en relación a temas como el machismo y la igualdad de género puede agrandar determinadas brechas.

Por su parte, la amistad se entiende como un valor eterno pero revisable, sujeto a los vaivenes de la vida, a los personales procesos de desarrollo y madurez, y que es tratado con gran exigencia y demanda, precisamente por la importancia que se concede al mismo. Bien que se entiende escaso por todo ello, pero en el que resulta necesario creer. Y valor que muchas veces se aborda desde una perspectiva utilitaria, práctica y prudente, como forma de minimizar las posibilidades de desengaño, y poder seguir creyendo en él.

LA PÉRDIDA Y LOS RECUERDOS DE OTRA ÉPOCA

Al hablar de valores, resulta clásica la alusión a los mismos en clave de pérdida, dibujando un escenario en el que "cualquier tiempo pasado fue mejor", y el desarrollo de las sociedades conduciría al predominio de valores "malos" (egoísmo, individualismo...) ante la pérdida de otros "buenos" (respeto, tolerancia, solidaridad...). Argumento que elude la mala conciencia y la responsabilidad, por entenderse que viene dado por el signo de los tiempos, y porque proyecta la representación de la auténtica pérdida en las personas más jóvenes (con independencia de la edad de quien lo diga), que serán quienes encarnen la peor versión del consumismo, la falta de respeto, el desprecio por la autoridad y las normas, etc.

En esta línea, la tecnología y su empleo encuentra un espacio desatacado, que encaja perfectamente en la estrategia de echar balones fuera y eludir las propias contradicciones: porque resulta imposible renunciar a ella, y por tanto no es necesario dar explicaciones por algunos usos no tan adecuados; y porque serán las personas (aún) más jóvenes las que teóricamente muestren la incapacidad para relacionarse "normalmente" *offline*, la deshumanización de la comunicación *online*, la dependencia inaceptable, o la mala gestión de los riesgos.

Siguiendo esta línea argumental, muchas veces se pasa por alto que sobre los hombros de las y los adolescentes se cargan pesos que deben ser analizados y vistos con el tamiz de años de desarrollo y descubrimiento, muchas veces complicados, y que presentan características en sí mismos, más allá de las propias del contexto social. Es decir, que se proyecta la pérdida sobre uno de los últimos eslabones de la cadena, que además se encuentra lidiando con sus propias contradicciones y dudas.

Un aspecto que resulta tremendamente curioso de este discurso en clave de pérdida es la manera en que buena parte de los y las jóvenes aluden, para ejemplificar y explicar la misma, a recuerdos que claramente no les corresponden, o al menos no corresponden al imaginario relativo a su generación.

Alusiones a infancias caracterizadas por juegos en las calles, tiempo alejado de las pantallas y la tecnología, clima de respeto a la autoridad que representaban los profesores y profesoras, etc. Escenas (más propias de la infancia de quienes serían sus padres y madres, si no sus abuelos y abuelas) que recrean la representación social del deber ser, y que describen mientras proyectan sobre quienes son más jóvenes la pérdida de los valores que representaban tales recuerdos, exactamente de la misma forma que hace diez años proyectaban sobre

ellos y ellas quienes ahora son sus hermanos y hermanas mayores, o son padres y madres primerizos. Rueda que sigue girando como estrategia para poder convivir con buena parte de las contradicciones que nos caracterizan como sociedad.

PRAGMATISMO COMO RESPUESTA

Es evidente que la crisis ha tenido profundas consecuencias en nuestra sociedad, que se perciben muy especialmente entre los y las jóvenes. La imposibilidad de asumir proyectos de largo plazo cala en las expectativas, que se rebajan a la baja, tanto en las consideraciones sobre el éxito y la estabilidad, como (y de manera preocupante) en la asunción de que se han perdido determinados derechos (laborales, sociales) que no se recuperarán. Época caracterizada por la incertidumbre, que destaca la importancia de valores como la flexibilidad, la capacidad de adaptación y el emprendimiento, que muchas veces se emplean como auténticas trampas o cebos para compensar la evidencia del desequilibrio: destacar lo necesario, útil y beneficioso para la sociedad de que los y las jóvenes sean así, cuando lo cierto es que tal cosa es consecuencia de que no les queda más remedio, pues son las únicas armas con las que cuentan para mantenerse a flote en una situación a la que han sido abocados por el camino que emprendieron generaciones anteriores a la propia. Es decir, que "a la fuerza ahorcan".

Presentismo obligatorio ante la incapacidad de proyectarse en el futuro (más allá del genérico "trabajo + familia + vivienda", vacío de mayor contenido), que potencia valores como el hedonismo, como elemento palpable en un mundo con pocas certezas, que además responde a lo que se espera de ellos y ellas. Pero presentismo que no implica un desprecio del futuro. Muy al contrario, son jóvenes que se forman y se preocupan por cumplir y adquirir las herramientas que la sociedad les propone para acceder al mismo en las mejores condiciones, y que van superando esas metas de corto plazo sin cuya conquista no se entiende el largo plazo.

Presentismo, por tanto, que se afronta desde el pragmatismo, desde la pretensión de encontrar un espacio en el presente primero, y desde la necesidad de minimizar las posibilidades de frustración o desengaño. En este contexto y desde esta perspectiva, la inestabilidad y la incertidumbre también relativizan los compromisos, que serán revisables y costará mantener, de la misma forma que cuesta mantener las conquistas cuando las metas son de corto plazo. Desde la perspectiva más pesimista, el miedo a poder estar aún peor desactiva la capacidad de movilización, que en muchos casos sólo se entiende cuando no se tiene nada que perder, porque nada se tiene.

GESTIÓN DEL YO EN EL ESCENARIO TECNOLÓGICO

La tecnología forma parte ya indisoluble de la comunicación entre las personas, y en base a esta realidad hay que realizar los análisis y el acercamiento a la misma. De igual forma que propicia nuevas y numerosas posibilidades y capacidades, se generan nuevas reglas, nuevos conflictos, nuevos riesgos. Todo ello requiere de enfoques educativos que consideren la complementariedad del yo *online* y el yo *offline*, como dos caras de una misma moneda; porque sólo asumiendo la complementariedad se observará el cuadro completo, más allá de los prejuicios que contiene un discurso muy anclado en el *deber ser* de las relaciones ("humanas", como sinónimo de "cara a cara"). Sin esta educación específica, o sin que la educación sentimental y emocional considere también el escenario *online*, adolescentes y jóvenes seguirán con la práctica del ensayo/error, además en años de asentamiento de la personalidad y de descubrimientos.

Lo cierto es que ellos y ellas no quieren injerencias en su libertad para aprender de forma autónoma. Desde el convencimiento de que nuestro tiempo se caracteriza por importantes pérdidas en la dimensión *offline* (la libertad de expresión, por ejemplo), se niega la legitimidad para que nadie dé lecciones sobre cómo comportarse y usar sus armas *online*. Esto ha de ser tenido en cuenta a la hora de afrontar las adecuadas estrategias cuando de prevención de riesgos se refiere.

Pero es responsabilidad de las personas adultas acompañar en el proceso, y no minimizar la importancia de determinada educación sentimental y tecnológica, que se tiende a abandonar porque se interpreta que la tecnología y las redes sociales "son cosa de jóvenes". Personas que, desde el falso mito de los nativos digitales (como si no tuvieran que afrontar también un proceso de aprendizaje), también pueden sufrir y sentir inseguridades, de la misma forma que disfrutar y divertirse.

La comunicación mediada por la tecnología propicia un nuevo paradigma en torno a cómo se interpreta el valor libertad, que alcanza una nueva dimensión. Libertad entendida desde la capacidad de gestión del yo, que ahora trasciende el espacio "físico", y ofrece nuevos escenarios, nuevas expectativas, nuevos elementos que considerar y gestionar: gestión del tiempo, de las imágenes, de la agenda, de los momentos, de los contactos, de las plataformas, etc.; en planos que se entrecruzan y dan lugar a un yo poliédrico, que sólo uno mismo o una misma controlará. Incluso asumiendo que esa capacidad de gestión supondrá determinadas pérdidas (de privacidad, por ejemplo), que no

preocupan por formar parte de un juego del cual se conocen las reglas: incluso participar de un juego que se entiende que implica renunciaciones, se señala como muestra de la libertad de la que disponen para gestionar su yo como quieren, sin injerencias externas.

Por otro lado, se percibe una importante paradoja en el hecho de que es ese medio que propicia tanta capacidad de expresión, tantas posibilidades de comunicación, y la mencionada gestión de la libertad, es el mismo que propicia nuevas posibilidades para ser controlado/a, monitorizado/a, invadido/a en la intimidad.

Precisamente es la intimidad uno de los valores que se insertan de manera más evidente en esa concepción de la libertad como capacidad de gestión del yo, y que adquiere un sentido propio de la época tecnológica y diferente al que tenía antes. Y lo primero que cabe señalar al respecto, pues resulta una evidencia incontestable desde hace aproximadamente un lustro, es que cualquier acercamiento al valor intimidad desde una perspectiva problematizadora, que centre la visión en la posible pérdida o degradación asociada a la comunicación y la exposición *online*, se realiza desde condicionantes, prejuicios, presunciones e interpretaciones adultas, entre las que la investigación sobre juventud (como la presente) también debe asumir su *mea culpa*. Es decir, empeñarse (empeñarnos) en ver un problema donde ellas y ellos no lo ven, desde la brecha de personas a quienes algunas características del medio aún pueden resultar extrañas, o incómodas.

Porque gestionar la intimidad también es parte del juego del que se participa voluntariamente, y porque elegir las propias renunciaciones (que se dan por hechas) se señala como prueba de la mencionada libertad, más aún cuando se realiza frente a personas adultas que pueden asistir atónitas a tal circunstancia y que, efectivamente, poco control pueden ejercer ante tal cosa. Para ser más exactos, en este sentido cabe decir que no se escoge tanto la renuncia a parte de la intimidad (pues poca renuncia supone algo que no se echa de menos), como la manera en que la intimidad se amplía, se comparte, se modula, se hace grupal, se difumina. Y ello desde el convencimiento de que supone la mejor y más adecuada manera de participar de las dinámicas, y aprovecharlas al máximo, a partir de las reglas que todos y todas aceptan. En este contexto, antiguas concepciones de la intimidad pierden sentido, y la última e inquebrantable frontera se situará en el pensamiento de cada cual. Así, los límites de la exposición se fijan más en lo que entienden como "pudor", que tiene que ver con la interpretación que se cree que pueden hacer otras personas de la propia exposición, más que con el hecho mismo de exponerse o no.

BUSCANDO EL ESPACIO ENTRE LO INDIVIDUAL Y LO COLECTIVO

La mencionada intimidad se sitúa en el espacio entre lo individual y lo colectivo, en este caso desde lo que se entiende es la propia capacidad para gestionar la manera en que se pone en práctica y modula. Pero existen otro tipo de cosas que ocupan ese espacio, que va desde la esfera de lo propio hasta la vida en sociedad, y que generan expectativas en torno al comportamiento de adolescentes y jóvenes, en base a las cuales muchas veces ajustan sus comportamientos.

En primer lugar, resulta evidente que existe una asunción general en torno a la idea de que su principal responsabilidad, si no la única (frente a un mundo adulto plagado de responsabilidades) son los estudios. Acuerdo de mínimos que marca el listón de lo que se espera de ellos y ellas, que a partir del cumplimiento con sus compromisos formativos (y laborales para quien los tenga), no encontrarán tantos problemas para justificar otro tipo de comportamientos o actitudes. Responsabilidad que limita su alcance a la esfera de lo personal (también se considera así atender algunas labores del hogar familiar), pero que deja fuera casi cualquier atisbo de atención a la esfera de lo colectivo y la vida en sociedad, más allá de cumplimientos obvios de las mínimas normas de convivencia.

En este sentido, se asume que la responsabilidad implica hacer cosas que no gusta pero es necesario hacer, mientras en el plano de lo colectivo se habla de "compromiso", que se entiende voluntario y sujeto a necesidades y posibilidades, desde una perspectiva pragmática que interpreta que el mismo supone un vínculo mucho más débil y revisable.

Además, el compromiso es un valor muy marcado por su asimilación con las relaciones sentimentales y de pareja, y en ese punto se entiende que los y las jóvenes de hoy en día representan unos principios distintos a los de generaciones anteriores. Así, resulta un lugar común hablar del "miedo al compromiso" y la "alergia al compromiso" de adolescentes y jóvenes, que, desde la manera de entender las relaciones, se extendería a muchas otras facetas de su vida: no querer afrontar los problemas ni las dificultades, ser poco constantes, entender que los compromisos son revisables y flexibles, no comprometerse a largo plazo... Porque entienden que no es necesario "aguantar", con la pretensión de evitar desengaños y ajustar expectativas, como signo de un tiempo plagado de adscripciones efímeras en el que prima la inmediatez y la velocidad, o con la simple pretensión de divertirse y aprovechar al máximo todas las oportunidades; además cuando tal actitud se espera de ellos y ellas y, por tanto, no necesita ser justificada.

Por todo ello parece pertinente ampliar el valor responsabilidad a la esfera de lo colectivo, y educar la curiosidad, la inquietud, la conciencia y la preocupación por lo común y lo social, pues en el marco de las enormes posibilidades que ofrece la gestión del yo, se tiende a olvidar que hay cuestiones que afectan a todas las personas, a la convivencia y al mantenimiento del planeta, y que también es necesario *gestionar*. Además en un contexto en el que prima la desafección y el desapego por lo público desde la perspectiva más institucional, y en el que es necesario procurar que los y las jóvenes no se desenganchen completamente de las cosas comunes, de las causas justas y de la posibilidad de contribuir a las soluciones.

EL DISCURSO DEL DESCREIMIENTO

Los discursos por lo general se muestran mucho más severos y críticos de lo que señalan los datos, y al hablar de valores esto se muestra de forma muy evidente. El punto de partida siempre incide en las pérdidas, y ofrece una visión negativa de la sociedad, de la que no escapan los y las jóvenes. En este sentido, prácticamente se considera que valores como la solidaridad, la tolerancia, o el compromiso, están en peligro de extinción, de tal modo que las posturas más vehementes y extremistas ofrecen una visión descreída y negacionista, que se fundamenta en la sospecha permanente sobre los motivos y las motivaciones de los actos. Así, incluso los ejercicios de solidaridad, generosidad o compromiso, son puestos en duda por ocultar motivaciones egoístas, como puede ser la simple satisfacción personal.

Planteamiento que apunta a la necesidad de que la solidaridad o el compromiso sea sufriente, o implique un esfuerzo y unas renuncias palpables, como única manera de contrastar su autenticidad. En base a esa perspectiva, por la que casi todo es relativo, resulta sencillo eludir la propia responsabilidad, o la propia capacidad para tomar partido: "si a otras personas no les cuesta esfuerzo (si les cuesta, no lo harán), por qué lo voy a hacer yo". Por acudir al dicho popular: "uno por otro, la casa sin barrer".

Frente a quienes señalan que los y las jóvenes de ahora son más solidarios y tolerantes, el discurso más crítico apunta que más que solidaridad se tiene empatía, también desde la cercanía que procura las situaciones de dificultad que ha provocado la crisis en muchas familias; y que la tolerancia tiende a circunscribirse al ámbito de lo propio, de lo cercano, de lo que ya está integrado y, por tanto, no cuesta esfuerzo integrar. También se señala que la resignación ha ganado la batalla, y que el acomodamiento neutraliza la capacidad de rebeldía, que quedaría limitada a espacios intrascendentes (casa, centro de estudios).

En cualquier caso, se adopte una visión más o menos autocrítica, lo cierto es que se considera necesario apostar por educar en el desarrollo del pensamiento crítico, bien considerado escaso en época de inmediatez, velocidad y avalancha de estímulos, que dificultan la criba y la reflexión. Pensamiento crítico que se interpreta como la mejor manera de entender el individualismo, con vocación de crecimiento personal y social.

NUEVAS BANDERAS, NUEVAS ESPERANZAS

Frente a los argumentos más críticos y descreídos, tres son los espacios en los que se considera que se han producido avances y conquistas, en relación directa con los valores, y con especial protagonismo de los y las jóvenes.

En primer lugar, en la igualdad de género y la lucha contra la discriminación por sexo y contra el machismo. Cuestiones en las que queda aún un largo camino por recorrer, que aún se enfrentan a patrones culturales de gran calado, pero que los y las jóvenes entienden que constituyen una de sus principales banderas, fundamentalmente respecto a generaciones anteriores.

En segundo lugar, el ecologismo y la preocupación por el medio ambiente, conciencia que rompe con la concepción de la solidaridad de corto plazo, pues supone asumir compromisos de futuro, y la pretensión de influir en lo global desde lo personal, pensando en el bien común.

Finalmente, la aceptación de la diversidad, fundamentalmente en lo que se refiere a la diversidad sexual y cultural. Mientras la aceptación de las diferentes opciones sexuales y de convivencia (también en relación a los matrimonios de personas del mismo sexo, o al hecho de que parejas del mismo sexo tengan hijos o hijas) es un camino que consideran que no tiene vuelta atrás, el asunto de la inmigración sigue despertando debates encendidos, seguramente menores entre jóvenes que crecen en entornos educativos caracterizados por el mestizaje. En cualquier caso, circunstancias que asumen que les hace ser más tolerantes, y que proyecta sobre las actitudes individuales la carga de la culpa en relación a la ruptura de la convivencia, en una sociedad que, entienden, debe caracterizarse por la tolerancia con la diversidad.

COGIENDO LAS RIENDAS DE LA VIDA

En el camino hacia la vida adulta, muchos y muchas jóvenes tienen la percepción de tener que seguir un "manual" que les viene dado, y que pasa por cumplir con sus actuales responsabilidades formativas, por integrarse en el mercado laboral,

acceder a una vivienda y plantearse formar una familia propia. Elementos principales que en conjunto componen el tipo ideal de la vida adulta para la representación social y que, en sí mismo, no genera dudas y tiende a componer la base de sus aspiraciones.

El conflicto puede surgir si en el manual hay escritas más páginas de las que consideran necesarias, y se ven abocados o abocadas a caminos por los que no quieren transitar, que escogen por influencia familiar ante sus propias dudas, o realizan en un momento, a un ritmo o con unos plazos que consideran que no les corresponden. En este sentido llegan a reconocer que pueden sentir cierta presión por cumplir con las expectativas que se depositan sobre ellos y ellas, y esto puede provocar que en ocasiones no encuentren la pausa para sopesar algunas decisiones que afectan a su trayectoria vital, o reconozcan cierta inercia a la hora de encarar ese camino trazado.

A partir de estas consideraciones, existe una clara demanda desde los y las jóvenes para que se respete su derecho a equivocarse, a tomar decisiones y a aprender de los errores, sobre todo respecto a las cosas que afectan a su vida de forma esencial. Cuestión que se enfrenta a dos escollos principales. Por un lado, y desde la propia actitud de los y las jóvenes, que el clima de incertidumbre y la precariedad de los proyectos vitales generaliza un miedo a equivocarse que procura que se aplacen decisiones, o se deleguen en otras personas; además, en un clima social en el que la duda tiene mala prensa y se encumbra a quienes parecen tener todo claro, en todos los aspectos, en todos los momentos.

Por otro lado, desde la actitud de la sociedad en su conjunto, porque genera un clima contradictorio por el que se exige responsabilidad y capacidad a los y las jóvenes, al tiempo que se les niega y se les aleja de los espacios en los que se toman las decisiones y se adquieren las responsabilidades, también respecto a las cuestiones que les afectan directamente. Desde esta perspectiva, algunas personas jóvenes hacen especial hincapié en la importancia que tiene saber que las decisiones son propias, y por ello las equivocaciones que pueden afectar a la propia vida son causadas por uno mismo o una misma. De otro modo, entienden que culpar y responsabilizar a terceras personas, ante la certeza de que las decisiones han sido ajenas, genera una frustración mucho menos soportable.

LA GESTIÓN DE LAS EMOCIONES

Finalmente, cabe señalar el difícil acomodo que encuentran las emociones y los sentimientos en el contexto de un análisis sobre valores sociales en el que se tiende a primar lo material y lo palpable (si bien los valores que se entienden como

deseables son aquéllos que precisamente representan lo contrario). Perspectiva desde lo que se interpreta operativo y funcional, dada la jerarquía de valores que se entiende que caracteriza a la sociedad, y que deriva en la consideración de que determinados sentimientos pueden debilitar a la persona. Además, generando y reproduciendo estereotipos muy basados en atribuciones de género, que sitúan a la mujer en el lado "débil" (por entender que son excesivamente "sensibles" y "sentimentales"), y dejan fuera de juego a los hombres que no se comportan como marca el rol de la masculinidad más estereotipada.

Precisamente cuando la gestión de la persona alcanza su máxima expresión y sus mayores posibilidades, una dimensión esencial de la misma parece quedar descuidada, además en años de aprendizaje y crecimiento que marcarán de forma esencial la manera en que serán las personas adultas de mañana. Junto a la minuciosa y detallada gestión de la imagen, las relaciones, los tiempos, la agenda, y los medios de comunicación y relación, convive la evidencia de tener dificultades a la hora de identificar y manejarse con las emociones, los afectos y los sentimientos; circunstancia que algunas y algunos jóvenes explicitan, además, desde la convicción de estar hablando de un asunto clave para su desarrollo.

Ballesteros, J.C. y Picazo, L. (2019). *Las TIC y su influencia en la socialización de adolescentes*. Madrid: CRS/FAD.

Ballesteros, J.C.; Rodríguez, E. y Sanmartín, A. (2015). *Política e Internet: una lectura desde los jóvenes (y desde la red)*. Madrid: CRS/FAD.

Ballesteros, J.C.; Megías, I. y Rodríguez, E. (2012). *Jóvenes y emancipación en España*. Madrid: FAD/Obra social Caja Madrid. Madrid.

Conde, F. y Rodríguez, E. (2001). Crisis del modelo de pacto social. "Revista Estudios de Juventud", núm. 54. Madrid: INJUVE.

Equipo IGOINet (Subirats, Fuster, Martínez, Berlinguer, Salcedo) (2015). *Jóvenes, Internet y política*. Madrid: CRS/FAD.

Elzo, J. y Megías, E. (coords.) (2014). *Jóvenes y valores I. Un ensayo de tipología*. Madrid: CRS/FAD.

Fundación Encuentro (2013). *Informe España 2013. Una interpretación de su realidad social*. Madrid: Fundación Encuentro.

Gentile, A.; Sanmartín, A. y Hernández, A. (2013). *La sombra de la crisis. La sociedad española en el horizonte de 2018*. Madrid: FAD.

González-Anleo, J.M. y López-Ruiz, J. (2017). *Jóvenes españoles entre dos siglos. 1984-2017*. Madrid: Fundación SM / Observatorio de la Juventud en Iberoamérica.

Gordo, A. y Megías, I. (2006). *Jóvenes y cultura Messenger. Tecnología de la información y la comunicación en la sociedad interactiva*. Madrid: FAD.

Lasén, A. (2010). "Mediaciones tecnológicas y transformaciones de la intimidad entre jóvenes". Ponencia presentada en el congreso *Jóvenes construyendo Mundos. Capacidades y límites de una Acción Transformadora*, 14-15 octubre, 2010. Círculo de Bellas Artes. Madrid: INJUVE/UNED.

Martín Carretero, J.M. y Suso Araico, A. (dirs.) (2019). *Sociedad Digital en España 2018*. Madrid: Fundación Telefónica.

Megías, E. (coord.) (2010). *Valores sociales y drogas 2010*. Madrid: FAD/Caja de Madrid.

Megías, E. (coord.) (2005). *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*. Madrid: FAD.

Megías, E. y Elzo, J. (coords.) (2006). *Jóvenes, valores y drogas*. Madrid: FAD.

Megías, E. (coord.) (2001). *Valores sociales y drogas*. Madrid: FAD.

Megías, I. y Rodríguez, E. (2013). *Jóvenes y comunicación. La impronta de lo virtual*. Madrid: FAD.

Megías, I. (2014a). *Jóvenes y valores II. Los discursos*. Madrid: CRS/FAD.

Megías, I. (2014b). "Jóvenes, redes sociales y nuevas estrategias y expectativas en torno a las relaciones personales y el ocio". En *El papel del ocio en la construcción social del joven*, Colección de Documentos de estudio de Ocio, nº 52. Bilbao: Ociogune.

Megías, I. y Ballesteros, J.C. (2016). *Jóvenes y empleo, desde su propia mirada*. Madrid: CRS/FAD.

Megías, I. y Rodríguez, E. (2018). *Jóvenes en el mundo virtual; usos, prácticas y riesgos*. Madrid: FAD/Fundación Mapfre.

Rodríguez, E. y Ballesteros, J.C. (2013). *Crisis y contrato social. Los jóvenes en la sociedad del futuro*. Madrid: CRS/FAD.

Rodríguez, E. y Ballesteros, J.C. (2019). *I Informe jóvenes y género. La (in)consciencia de equidad de la población joven en España*. Madrid: CRS/FAD.

Rodríguez, E.; Ballesteros, J. C. y Megías, I. (2011). *Bienestar en España: ideas de futuro desde el discurso de padres y madres*. Madrid: FAD/Obra Social Caja Madrid.

Rodríguez, E. y Megías, I. (2015). *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia*. Madrid: CRS/FAD.

Rodríguez, E.; Megías, I. y Martínez, P. (2019). *Distintas miradas y actitudes, distintos riesgos. Ellas y ellos frente a los consumos de drogas*. Madrid: CRS/FAD.

Rodríguez, E.; Megías, I. y Sánchez, E. (2002). *Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio*. Madrid: FAD.

Subirats, J. (dir.) (2015). *Ya nada será lo mismo. Los efectos del cambio tecnológico en la política, los partidos y el activismo juvenil*. Madrid: CRS/FAD.

Toharia, J.J. (dir.) (2010). *Pulso de España 2010*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón.

ANEXOS

ANEXO 1. GUÍA PARA LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN

A. INTERESES GENERALES

- ¿Cuáles son las cosas más importantes, las que priorizan en sus vidas?
- ¿Se ha producido algún tipo de cambio en las cosas que "importan"? ¿Personalmente? ¿Socialmente? ¿Existen nuevas prioridades?
- ¿Y qué cosas son las que no cambian? Cosas que no fallan.
- ¿Qué cosas motivan, ilusionan y "mueven"? ¿Dónde se encuentra la motivación?
- ¿Qué sentimientos/sensaciones se tiene en relación a lo que creen que se espera de ellos/ellas en el presente: desde la familia, el entorno, la sociedad en general?

B. REFERENTES

- ¿Dónde aprenden las cosas importantes de la vida?
- ¿Quiénes son sus referentes vitales y de comportamiento? ¿Por qué?
- ¿Cómo se construyen los referentes sobre lo que es bueno y lo que es malo?
- ¿Qué pilares consideran que componen su identidad? ¿Sienten clara su identidad?
- ¿Qué cosas generan confianza? ¿Y desconfianza?
- ¿Qué cosas generan seguridad? ¿E inseguridad?

C. ACTITUDES ANTE LA VIDA EN SOCIEDAD

- ¿Existe interés por lo colectivo? ¿En qué cosas se concreta?
- ¿Qué es el compromiso? ¿Qué genera compromiso? ¿Con qué se comprometen?
- ¿Por qué cosas están dispuestos/as a luchar? ¿En qué se implican?
- ¿Cuál es su responsabilidad como personas y ciudadanos/as? ¿Cómo viven la responsabilidad? ¿En qué facetas?

- ¿Cómo se actúa ante lo diferente? Actitud ante la diversidad (sexual, funcional, ideológica, religiosa, generacional...).
- ¿Se reflexiona sobre todas estas cosas? Interioridad, espiritualidad (no necesariamente religiosa).

D. VALORES OPERATIVOS, VALORES EMERGENTES, VALORES DESEABLES

- ¿Existen nuevos valores que caractericen a nuestro tiempo? ¿Qué nos mueve como sociedad? Valores emergentes.
- ¿Cuáles son los valores deseables? ¿Qué valores hacen más falta?
- ¿Cambió la crisis los valores sociales? ¿En qué sentido?
- ¿Vivimos en una sociedad libre? Libertad de expresión.
- ¿Hay valores "negativos" que son necesarios?
- Si no salen: solidaridad, tolerancia, esfuerzo, rebeldía, justicia...

E. VALORES DIFERENCIALES

- ¿Importan cosas distintas si eres joven? ¿Qué cosas?
- ¿Juventud como valor? ¿Diferencias generacionales? ¿Qué define a los y las jóvenes en España?
- ¿Hay valores "de jóvenes"? ¿Y "de adultos"?
- ¿Qué cosas importan más si eres adulto?
- ¿Priorizan las mismas cosas hombres que mujeres? ¿Qué no y por qué?
- ¿Hay valores de clase? ¿Sentimiento de clase? ¿En qué sentido? ¿Cuáles?
- Perspectiva diferencial (o no) desde lo "nacional" (¿valores distintos a otros países?)

F. ESCENARIO TECNOLÓGICO

- ¿El escenario tecnológico provoca cambios en valores? ¿En qué sentido?
- ¿Hay diferencias en la manera en que se entienden y manejan valores como la autonomía, la privacidad, la sinceridad, la confianza, la lealtad, la libertad... en el espacio virtual y en el presencial?

- Los límites de la intimidad. ¿Hay o debe haber un límite a la manera en que cada cual se expone en redes sociales? ¿Qué cosas se pueden mostrar en redes sociales y cuáles no? ¿Estás renunciando a parte de tu privacidad? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Es inevitable? ¿Compensa? ¿Cómo se debe gestionar la exposición de uno/a mismo/a?
- ¿De qué manera influyen internet y las redes sociales en la manera en que nos relacionamos? Cuándo os relacionáis *online*, ¿sois distintos/as? ¿En qué? ¿Por qué? ¿Hay partes de uno/a que se muestran *online* y otras *offline*? ¿Cuáles? ¿Por qué?
- Nuevas formas de compromiso social y activismo en torno a las redes sociales.
- ¿Las TIC y las redes sociales provocan acomodamiento o espíritu crítico?

G. EXPECTATIVAS DE FUTURO, PERSONALES Y SOCIALES

- ¿Hacia dónde va la sociedad?
- ¿Cómo encaran el futuro? ¿Existe un camino marcado?
- ¿Cuáles son sus aspiraciones? ¿Existen espacios y/o circunstancias en los que se produce una quiebra en sus aspiraciones vitales?
- ¿Cuáles son sus certidumbres de cara al futuro?
- ¿Han cambiado tus expectativas personales en los últimos años? ¿Por qué?
- ¿Ha cambiado el tipo de vida que imaginaban para sí mismos/as? ¿En qué cosas? ¿Por qué?
- ¿Sienten necesidad de cambio? Lo que cambiarían y lo que no.
- ¿Se sienten satisfechos/as con sus vidas?

ANEXO 2. DINÁMICAS Y RECURSOS PARA LOS TALLERES

1. LA PALABRA ESCONDIDA

OBJETIVO: Analizar valores concretos, asociación de conceptos, estereotipos y prejuicios.

DESARROLLO: El aula se divide en varios grupos (según participantes), que van participando por turnos. Cada grupo se dispone sentado frente a una persona, que tendrá una pizarra a su espalda. En ella, se anotará una palabra (valor/principio). La persona que tiene la palabra a su espalda tiene que averiguarla a partir de las intervenciones del grupo. Cada miembro, respetando un turno de palabra, podrá dar una pista que consistirá en otra palabra o frase corta. Habrá palabras/conceptos prohibidos (y las que sean de la misma familia). Gana el grupo que adivine más conceptos en menos tiempo.

DURACIÓN: 25 minutos.

MATERIAL: Rotafolios, rotuladores.

CUADRO 1. LA PALABRA ESCONDIDA

PALABRA	PALABRAS PROHIBIDAS
INTIMIDAD	Privacidad, Internet, vida privada
RESPONSABILIDAD	Trabajo, Estudios
ESFUERZO	Trabajo, estudios, deporte
TOLERANCIA	Respeto, Aceptar
REBELDÍA	Lucha, Juventud
JUSTICIA	Igualdad, Derecho
COMPROMISO	Responsabilidad, Pareja, Matrimonio
SOLIDARIDAD	Ayuda, inmigrante, cooperación
ESPIRITUALIDAD	Religión, secta, iglesia
LEALTAD	Fidelidad, amistades

2. VALORES GRUPALES

OBJETIVO: Confrontar la expectativa de valores grupales.

CUADRO 2. ¿HASTA QUÉ PUNTO CARACTERIZAN ESTOS RASGOS A LOS Y LAS JÓVENES EN ESPAÑA?

EN UNA ESCALA DONDE 1 SIGNIFICA QUE NO REPRESENTAN NADA, Y 10 QUE MUCHÍSIMO

	EN GENERAL (1 - 10)
Trabajador/a	
Solidario/a	
Independiente	
Comprometido/a	
Consumista	
Honrado/a	
Dependiente de la familia	
Pensando sólo en el presente	
Responsable	
Tolerante	
Rebelde	
Fiestero	
Egoísta	
Familiar	
Con poco sentido de deber	
Con poco sentido del sacrificio	
Generoso/a	
Leal	

DESARROLLO: Aula dividida en 3 grupos.

- Primero: cada grupo puntúa en un panel cómo sitúan a los y las jóvenes en España en relación a determinados valores (el grupo tendrá que llegar a un acuerdo y apuntar la posición media).
- Segundo: Puesta en común donde explican si les ha costado llegar a un acuerdo y por qué, y se confrontan los resultados, además con los resultados que tenemos por nuestros estudios. Debate (diferencias, similitudes, razones...).

DURACIÓN: 20 minutos + 25 minutos.

MATERIAL: Rotafolios, rotuladores, cuadro 2 (3 copias), bolígrafos.

3. POSICIONES ENFRENTADAS (JUSTIFICACIÓN COMPORTAMIENTOS)

OBJETIVO: Analizar valores asociados a conductas.

DESARROLLO: El dinamizador/a expondrá una serie de conductas.

En relación a una línea que representará la posición neutra, los alumnos y alumnas se distanciarán físicamente de la línea hacia un lado u otro según consideren que esa conducta es más o menos admisible (se coloca una marca en el suelo hacia +/- admisible).

Quienes se sitúen en las posiciones más enfrentadas debatirán sobre las razones.

DURACIÓN: 25 minutos.

MATERIAL: Rótulos con las conductas.

En qué medida te parece admisible...

- Romper señales de tráfico, farolas, cabinas telefónicas, etc.
- Maltratar a una persona detenida para conseguir información.
- Enfrentarse a la policía con violencia.
- Copiar o hacer trampas en exámenes.
- Robar en supermercados o grandes almacenes.
- Pagar menos a personas extranjeras por el mismo trabajo.
- Aplicar la pena de muerte a personas con delitos muy graves.
- Hacer ruido las noches de los fines de semana impidiendo el descanso de los vecinos.
- Conducir después de haber bebido alcohol.
- Participar en acciones violentas de protesta ciudadana.
- La adopción de hijos/as por homosexuales/lesbianas.
- Conseguir discos, películas o videojuegos "pirateados".

- Provocar daños en el medioambiente para buscar algún desarrollo económico.
- Que exista libertad total para abortar.
- Que se ayude a morir a las personas con enfermedades graves que lo pidan.
- Que una persona se suicide.

4. CIERRE Y DEBATE GENERAL

OBJETIVO: Priorizar valores y reflexionar sobre los que permanecen y los que cambian.

DESARROLLO: El grupo debate sobre los valores que son más importantes para la vida personal y la vida en sociedad.

Se dinamizará la charla en torno a algunas preguntas básicas:

- ¿Cuáles son las cosas más importantes, las que priorizan en sus vidas, las que nunca cambian?
- ¿Cómo les gusta que sea la gente? ¿Cómo es la gente que les gusta?
- ¿Cómo les gustaría ser?
- ¿Cómo son usando internet y redes sociales? ¿Cómo se muestran en redes sociales?
- ¿Qué es lo que más disfrutan haciendo y por qué? ¿Qué sensaciones buscan/les provocan?

DURACIÓN: 20 minutos.

ANEXO 3. GUÍA PARA LOS GRUPOS TRIANGULARES

A. PERCEPCIONES GENERALES SOBRE LOS Y LAS JÓVENES

- ¿Cómo definirían a los y las jóvenes de hoy? ¿Qué cosas caracterizan a los y las jóvenes? En relación a otras generaciones de jóvenes, y a las personas adultas.
- ¿Qué cosas priorizan los y las jóvenes en sus vidas? ¿Existen nuevas prioridades?
- ¿Qué cosas motivan, ilusionan y "mueven" a los y las jóvenes? ¿Dónde encuentran la motivación?
- ¿Dónde aprenden las cosas importantes de la vida?
- ¿Quiénes/cuáles son sus referentes vitales y de comportamiento?
- ¿Cómo construyen los referentes sobre lo que es bueno y lo que es malo?

B. CONTEXTO SOCIAL

- ¿Encarna la juventud nuevos valores que caracterizan a nuestro tiempo?
- Valores emergentes.
- ¿Cambió la crisis los valores sociales? ¿Y los de los y las jóvenes? ¿En qué sentido?

C. VALORES DIFERENCIALES

- ¿Importan cosas distintas si eres joven? ¿Qué cosas?
- ¿Juventud como valor? ¿Diferencias generacionales?
- ¿Hay valores "de jóvenes"? ¿Y "de adultos"?
- ¿Qué cosas importan más si eres adulto?
- ¿Priorizan las mismas cosas hombres jóvenes que mujeres jóvenes? ¿Qué no y por qué?
- ¿Hay valores de clase? ¿Sentimiento de clase? ¿En qué sentido? ¿Cuáles?
- Perspectiva diferencial (o no) desde lo "nacional" (¿valores distintos a otros países?)

D. ACTITUDES JUVENILES ANTE LA VIDA EN SOCIEDAD

- ¿Existe interés por lo colectivo? ¿En qué cosas se concreta?
- ¿Qué genera compromiso? ¿Con qué se comprometen?
- ¿Por qué cosas están dispuestos/as los y las jóvenes a luchar? ¿En qué se implican?
- ¿Cómo viven la responsabilidad? ¿En qué facetas?
- ¿Cómo actúan ante lo diferente? Actitud ante la diversidad (sexual, funcional, ideológica, religiosa...).

E. ESTEREOTIPOS EN TORNO A LA JUVENTUD

- Rebelde/acomodada.
- Solidaria/insolidaria.
- Tolerante/intolerante.
- Hedonista, presentista...
- Independiente/dependiente.
- Corre más riesgos.

F. ESCENARIO TECNOLÓGICO

- ¿El escenario tecnológico provoca cambios en valores? ¿En qué sentido? ¿Distinto entre los y las jóvenes?
- ¿Hay diferencias en la manera en que se entienden y manejan valores como la intimidad, la autonomía, la privacidad, la sinceridad, la confianza, la lealtad, la libertad... en el espacio virtual y en el presencial?
- Nuevas formas de compromiso social y activismo en torno a las redes sociales.
- ¿Las TIC y las redes sociales provocan acomodamiento o espíritu crítico?

G. EXPECTATIVAS DE FUTURO

- ¿Hacia dónde va la sociedad? ¿Y los y las jóvenes?
- ¿Qué se espera de los y las jóvenes?

Centro
Reina Sofía
sobre adolescencia
y juventud

fad



fundación sm

